



DESEO

HARLEQUIN™

Los herederos Kane

CYNTHIA
ST. AUBIN

UN AMOR EMBRIAGADOR

El chico malo del que tu madre siempre te previno

Para expandir el negocio que Law Renaud tenía con sus hermanos debía impresionar a Marlowe Kane, una rica heredera. Necesitaba que convenciera a su padre para que invirtiera, algo que no parecía difícil. La destilería 4 Thieves era el orgullo y la alegría de Law, tanto como su pasión por el lanzamiento de hachas. Pero cuando una tormenta dejó a Marlowe allí atrapada, entre ellos surgió el juego de la seducción. Marlowe era un capricho irresistible, pero seguía siendo la hija del magnate al que tenía que ganarse. Y guardaba un secreto que iba a poner patas arriba el mundo de Law.

Capítulo Uno

Marlowe Kane estaba en el descansillo de la segunda planta de Fair Weather Hall, su rostro tan caliente como fría la balaustrada bajo su mano. Ya de niña había descubierto que aquel era el mejor sitio para espiar las fiestas que sus padres solían organizar. Por entonces, era lo suficientemente pequeña como para meterse entre los huecos de las columnas a la espera de ver lo que pasaba abajo, ya fuera un beso robado o un buen baile.

Lo que veía en aquel momento le hacía hervir la sangre.

Neil Campbell, su exprometido, estaba deambulando entre los invitados, tomando champán y aperitivos en el hall antes de pasar al salón para el acto principal.

Era otro de los elegantes festejos que organizaba su padre para agasajar a clientes actuales y potenciales. Una más de las bacanales de caviar y canapés que se alargaban durante horas y que terminaban con whisky, puros y muchas palmaditas en la espalda.

Lo que le fastidiaba era que seguía siendo predominantemente una reunión de hombres.

No acababa de entender por qué estaba allí Neil.

Sus hermanos gemelos eran un año mayor que ella y siempre habían sido sus protectores, aunque sus formas eran muy diferentes: Samuel, que podía reducir a cualquiera con su oratoria y Mason, que solía actuar primero y arreglarlo después con un acuerdo extrajudicial.

Pero con Samuel ocupado con los preparativos de su inminente boda con su amor de juventud y Mason completamente entregado a su relación con la secretaria de su padre, no podía contar con ellos.

Lo cual era una lástima puesto que la aversión que sentían por su exnovio era algo en lo que todos estaban de acuerdo.

Soltó la balaustrada, respiró hondo y se dispuso a bajar la escalera. A cada peldaño que bajaba recordaba momentos en los que había hecho lo mismo, con diferentes grados de entusiasmo: las mañanas del día de Navidad, las citas en el instituto, los partidos de polo, el funeral de su madre, la fiesta de fin de año en la que hacía dos años había conocido a Neil Campbell...

Aquel día, Neil estaba muy guapo con su esmoquin y el brillante reflejo de la luna en su pelo oscuro. El tono rosado de sus mejillas y de la punta de su nariz aristocrática habían sido la prueba de que llevaba un buen rato fuera. Antes de que la noche acabara, habían compartido historias sobre sus padres, personas muy autoritarias, y que resultaba que eran viejos amigos.

Aquel primer encuentro dio paso a una primera cita, luego surgió el noviazgo, alentado por sus padres, y enseguida se comprometieron. Se había mostrado tan diferente aquellos primeros días... Espontáneo, romántico, intrépido e incluso elegante.

Algo había cambiado cuando su padre, presidente emérito del multimillonario imperio Kane Foods International, había tomado a Neil bajo su protección. Tampoco era algo que Marlowe le hubiera reprochado. Después de todo, había pasado la mayor parte de su vida persiguiendo lo que su prometido había conseguido: el beneplácito de su padre. Y eso se había convertido en una adicción para Neil. Sus jornadas en la oficina se volvieron interminables, siempre estaba de mal humor y sus besos eran fríos. Marlowe había dejado de soñar con la boda y no había dejado de preguntarse qué había sido de la pasión.

La gota que había colmado el vaso había sido descubrir que había estado mandando mensajes aterradores a la secretaria de su padre. Su padre había sido testigo de aquel giro de los acontecimientos, y hacía cuatro semanas que todo se había venido abajo.

Lo que la llevaba a su pregunta inicial: ¿qué demonios estaba haciendo Neil allí?

Al llegar al último escalón, Marlowe miró a su alrededor buscando la inconfundible cabellera grisácea de su padre.

Sin embargo, en lugar de fijarse en su padre o en Neil, fue a fijarse en él.

Alto, fuerte, vestido con un traje que, aunque no era de sastre, le sentaba a la perfección. Tenía el pelo oscuro y ladeaba la cabeza en una

posición algo arrogante. Sus ojos del color del café la recorrieron de arriba abajo.

Sintió que le ardían las mejillas. Los hombres solían mirarla de aquella manera. Era un hecho irrefutable que tenía comprobado después de años soportando miradas furtivas en las interminables reuniones y fiestas de la compañía.

¿Pero un hombre que ni siquiera se molestaba en fingir? Jamás.

La comisura de sus labios se curvó ligeramente, pero su expresión permaneció inalterable. Dudaba que algo pudiera suavizar aquel gesto.

Su rostro no se correspondía con los adjetivos que solían aplicarse a los hombres de su entorno.

¿Bien parecido? Apenas.

Con esa caída de párpados, aquel hombre tenía... mala pinta. La pinta de los que la llevaban a una al asiento trasero del coche. La pinta de los que te hacían llegar tarde a casa. La pinta de los que tu madre siempre te prevenía.

¿Guapo? Decididamente no.

Con un mentón marcado, unos pómulos afilados y una nariz aguileña desviada posiblemente por más de una pelea, sus facciones eran todo menos simétricas.

¿Atractivo?

Su ceño fruncido le daba un aspecto todo lo contrario. Su expresión, el equivalente a una señal de «No pasar».

El conjunto resultaba sugerente, y le resultó imposible apartar la vista de él.

Lo peor de todo era que él se estaba dando cuenta e incluso de que estaba disfrutando.

Sin dejar de mirarla, se llevó la copa a los labios y dio un sorbo. Más que la bebida, parecía que estuviera saboreándola a ella.

Marlowe trató de recuperar la compostura, levantó la barbilla y apartó bruscamente la mirada antes de mezclarse entre la multitud. Aceptó de buena gana la copa que le ofreció el primer camarero con el que se cruzó, y se deleitó con el frescor y la acidez del champán.

—Te he estado buscando —dijo una voz a sus espaldas.

Marlowe se puso rígida. No recordaba desde cuándo era esa su reacción hacia su exnovio, pero sabía que era anterior a todo aquel asunto con Charlotte.

—Hola, Neil.

Se volvió hacia él, sujetando con fuerza la copa de champán.

Siempre había estado muy guapo con traje y aquella noche no era una excepción. Esta vez era de color azul oscuro, corte perfecto y, sin duda alguna, caro. Pero la yuxtaposición de su antes prometido y la masculinidad arrogante y sin pretensiones del hombre que estaba al otro lado del salón hacía que Neil pareciese... vulgar en comparación. Llevaba el pelo excesivamente arreglado, las cejas demasiado cuidadas y la impecable camisa blanca le daba un aspecto anticuado.

—¿Sorprendida de verme?

Unas líneas se dibujaron en la comisura de sus ojos mientras se llevaba el martini a los labios y contenía una mueca.

—No sé si sorprendida es la palabra que habría elegido —contestó ella y dio otro sorbo a su champán.

—Bueno, últimamente no contestas mis llamadas, así que he tenido que buscar otras medidas más creativas.

Su sonrisa dejó a la vista una fila de dientes impecablemente blancos.

—¿Así que has decidido colarte en una reunión de clientes?

Marlowe echó a andar, segura de que se pondría a su lado.

—¿Quién habla de colarse? He venido invitado por mi padre.

Henry Campbell, nacido en Londres, insoportablemente esnob y socio mayoritario de Campbell Capital, había resultado ser un importante obstáculo para romper su compromiso. Aunque Parker Kane se había mostrado indiferente respecto al hijo de Campbell, su devoción por el banquero inversor y las importantes cantidades que controlaba permanecía invariable.

—Entonces, deberías ir a hacerle compañía —le sugirió dirigiendo la mirada hacia la barra, el sitio más probable en el que encontrar a Henry Campbell.

Neil dio un paso al frente y le bloqueó el camino.

—Necesito hablar contigo.

—No —dijo Marlowe, esquivándolo—. No hay nada de qué hablar.

—Por favor, Marlowe.

Fue aquel «por favor» lo que la ganó. Lo había dicho con una nota de urgencia y sinceridad que no le había conocido en mucho tiempo.

—Cinco minutos de tu tiempo —añadió con mirada suplicante—. Eso es todo lo que pido.

Se quedó pensativa mirando hacia donde había visto al hombre misterioso y se sintió decepcionada al comprobar que ya no estaba.

—De acuerdo.

Salieron del salón y recorrieron el pasillo lateral hasta una terraza situada junto al comedor privado de la familia. No era el sitio exacto donde se habían encontrado la primera vez, pero era evidente el intento de recrear el mismo ambiente.

Neil abrió las puertas dobles de cristal y esperó a que ella saliera para cerrarlas.

Marlowe se acercó al murete y apoyó los antebrazos en el antepecho de piedra. Seguía sujetando con fuerza la copa y se quedó mirando los jardines que se extendían abajo. La mansión de Fair Weather Hall había sido construida a finales del siglo XIX por su bisabuelo. Estaba ubicada en una propiedad de varias hectáreas de superficie y rodeada de un denso círculo de árboles frondosos, lo que la aislaba del resto del mundo.

—¿No es precioso?

Neil se quedó a cierta distancia de ella mirando las estrellas del cielo, como invitándola a hacer lo mismo.

—¿De qué querías hablar? —preguntó ella, en un intento por boicotear aquel ambiente romántico.

—De nosotros.

Marlowe dejó escapar un sonoro suspiro.

—No hay nosotros.

Él se acercó un poco más y se quedó mirando fijamente su mano.

—Si eso es así, ¿por qué sigues llevando el anillo?

Marlowe se había quedado tan sorprendida al verlo que se le había olvidado que lo llevaba. Siempre que tenía algún evento social se lo dejaba puesto para espantar a posibles pretendientes.

—Ten —dijo dejando la copa a un lado y quitándose el anillo—. Aquí lo tienes de vuelta.

Neil le apartó un mechón de pelo de la mejilla.

—No, lo que quiero recuperar no es el anillo, lo que quiero recuperar es a ti.

Marlowe se apartó, sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo se te ocurre que estoy dispuesta a volver contigo después de lo que has hecho?

—¿Vas a tirar por la borda todo lo que teníamos solo porque le mandé unos cuantos anónimos sobre Mason a la secretaria de tu padre?

Se rio como si aquello fuera algo insignificante.

—Te recuerdo que uno de esos mensajes se lo mandaste desde la puerta de su casa, que está a más de una hora de la ciudad.

Neil apuró su martini y dejó la copa en el antepecho.

—No digo que lo que hice estuviera bien. Lo que pretendía era cuidar de alguien que estaba en una posición vulnerable.

Marlowe se contuvo para no poner caras.

—Tal vez te sorprenda saber que estoy familiarizada con los sabelotodo, así que si pretendes comerme la cabeza con esa táctica, te pido encarecidamente que lo dejes.

Neil se cruzó de brazos y se apoyó en el murete.

—¿No fuiste tú la que acudió a mí porque estabas preocupada por Mason?

Era cierto. Siempre había estado más unida a Mason que a Samuel, y su repentino distanciamiento de Mason había hecho que las alarmas saltaran. Había empezado a preocuparse al verlo ir a trabajar con moretones mal disimulados. Cuando se enteró de que había estado sacando fuertes sumas de su cuenta bancaria, se preocupó aún más.

—El que te contara que estaba preocupada por mi hermano no te da derecho a acceder a información confidencial sobre las finanzas de la familia, ni siquiera para advertir a Charlotte de que no se acercara a él.

—Lo sé —dijo poniéndole la mano en la muñeca—. Lo que hice fue una estupidez. Me impliqué demasiado.

Ella estiró los dedos, ofreciéndole una vez más el anillo.

—Yo también.

—Marlowe, vivamos nuestro sueño —dijo desesperado, y frunció el ceño—. Una dinastía familiar, la unión de los Kane y los Campbell, lo que siempre quisimos.

—Lo que siempre quisiste tú.

Y durante una temporada le había seguido la corriente cada vez que le hablaba de la vida que construirían juntos: una boda de ensueño, viajes y, con el tiempo, hijos. Todo eso en cuanto ascendiera en Kane Foods con la ayuda de las inversiones de su propio padre.

Solo que la fecha de la boda no hacía más que alejarse cada vez más, y con ella sus esperanzas. Ahora, con la boda inminente de su hermano, Marlowe se había dado cuenta de lo tonta que había sido al esperar tanto tiempo.

—Tómalo.

Neil bajó la vista al anillo de diamantes que le ofrecía en la palma de la mano. El brillo esperanzado de sus ojos dio paso a algo frío.

—¿Qué te parece un beso de despedida? Por poner un punto final.

De repente se asustó al darse cuenta de que estaban solos en aquella parte de la casa. Con el salón principal lleno de gente, por mucho que gritara nadie la oiría.

—No, Neil —dijo dado un paso atrás.

—Recuerdo cuando me decías que esto te excitaba.

La tomó por la nuca y la sujetó. Marlowe sintió un hormigueo en el cuero cabelludo, puso las manos en su pecho y lo empujó todo lo fuerte que pudo.

—Neil, he dicho...

El beso fue tan breve como brutal. Apretó con tanta fuerza su boca a la suya que sintió sus dientes contra los labios unos segundos antes de que Neil se doblara bruscamente hacia delante.

Con el retumbar de sus latidos en los oídos, Marlowe se llevó la mano a los labios esperando encontrar sangre. Cuando comprobó que estaban limpios, miró más allá y vio lo que había pasado.

Era él, el hombre que había estado mirándola. Estaba allí, en la terraza, sujetando a Neil por el frente de la camisa mientras lo miraba desde su altura.

—Ha dicho que no —bramó—. ¿Es que no lo ha entendido? —añadió, levantando a su exprometido hasta que solo la punta de sus zapatos tocaba el suelo.

Neil lo miró con desprecio.

—Sí.

—Bien —dijo aflojando la fuerza—. ¿Qué va a hacer ahora, irse o prefiere que le saque de esta terraza de una patada en el trasero?

—Ya me voy —farfulló con voz aguda.

El hombre abrió el puño y Neil se tambaleó antes de recuperar su porte engreído. Se tomó su tiempo para alisarse la camisa y luego dirigió una larga mirada significativa a Marlowe antes de salir por las puertas correderas de cristal.

Cuando se hubo ido, el hombre se volvió hacia ella y la miró de arriba abajo con el mismo descaro que antes, pero también con preocupación.

—¿Está bien?

Marlowe se pasó una mano temblorosa por el pelo. Una mezcla de adrenalina, furia y miedo invadía su cuerpo.

—Estoy bien.

El desconocido se acercó un paso, como si fuera a llevar a cabo una exploración física.

—¿Está segura?

—Sí —contestó—. Puede irse.

Su mentón se tensó mientras arqueaba una ceja.

—¿Va todo bien?

Una suave brisa atravesó la columnata, trayendo consigo un olor a rosas y a lluvia.

—Sí —contestó y se volvió para recoger su copa de champán—. Dejando a un lado el hecho evidente de que no forma parte del grupo de mi padre, asumo que tiene alguna razón para asistir a este evento, aparte de andar merodeando por los balcones y comerme con la mirada.

Nada más pronunciar aquellas palabras, Marlowe se arrepintió. Siempre que se sentía humillada se le afilaba la lengua y nunca era capaz de controlarse.

—Se le olvida que la he salvado del impresentable de su prometido.

Aquello desencadenó un arrebato de ira en lo más profundo de su ser.

—¿Salvarme? Me ha estado desnudando con la mirada, nos ha seguido desde el salón como un mirón y luego ha irrumpido como si fuera Rambo sin que nadie le haya pedido ayuda. ¿Qué quiere que haga, que me desmaye o que dé saltos de alegría? Tengo bastante experiencia tratando con multimillonarios egocéntricos, pero muy poca con fisgones.

Las mangas de la camisa se le tensaron al cruzarse de brazos, una postura que parecía más defensiva que desafiante.

—En primer lugar, si cree que no me he dado cuenta de cómo me ha estado mirando es que está ciega o colocada. En segundo lugar, ¿me está diciendo que habría preferido que la hubiera dejado sola con Neil? —dijo pronunciando aquel nombre como si le amargara la boca.

—Lo que digo es que hay hombres que se congratulan de tener que rescatarme —replicó ignorando la primera pregunta.

Mientras se esforzaba en contener su indignación, trató de ignorar los detalles que le ofrecía su cercanía: la cicatriz de su ceja izquierda, el surco de su pómulos, la longitud de sus pestañas oscuras... La proximidad a aquel físico imponente despertó en ella su instinto básico de autoconservación.

El calor que irradiaba a través del tejido de su camisa acarició su brazo desnudo.

—Sé que aislar a una mujer del resto del grupo es una táctica clásica de depredador. Sé que la soberbia es un rasgo habitual en los tipos narcisistas. Sé que un hombre que se atreve a ponerle la mano encima a una mujer se merece que le saquen el hígado. No hay nada que justifique el comportamiento de un elitista engreído.

Marlowe lo miró perpleja. Antes de que pudiera decir nada, el hombre se agachó y recogió la sortija de compromiso del suelo.

Luego tomó su mano, se la volvió hacia arriba y le puso la sortija en el centro de la palma. Sus dedos largos y cálidos le cerraron el puño, y sintió que se le clavaba el anillo. Siguió apretándole la mano un momento más de lo necesario, sin apartar los ojos de ella.

Un cosquilleo subió por su brazo y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se fueron despertando hasta que sintió los latidos de su corazón en los labios, la piel y el vientre.

Cuando la soltó, la repentina pérdida de su calidez y presión le produjo una repentina sensación de abandono y frío a pesar del calor del final del verano.

—Disfrute del resto de la noche.

Aquellas palabras ásperas perduraron después de que se fuera y la dejara.

Marlowe no sabía qué le había sorprendido más, si dejar que tuviera la última palabra o quedarse con ganas de más, de más de él.

Capítulo Dos

Marlowe Kane.

Laurent «Law» Renaud estaba sentado en la mesa del granero reconvertido en oficina después de que su hermano y él decidieran establecer allí la primera sede de la destilería 4 Thieves. Ante él, en la pantalla del ordenador, estaban los resultados de la búsqueda en Google en el modo de imágenes.

Marlowe con un traje de chaqueta posando con su padre y sus hermanos en las oficinas de Kane Foods. Marlowe con un vestido largo en una gala a beneficio de la investigación contra el cáncer. Marlowe bronceándose en la cubierta de un yate, boca abajo, con los tirantes del biquini sueltos.

Esa última imagen había sido captada por el objetivo de un paparazi. Por aquel entonces, según se leía en el artículo, la relacionaban con un importante magnate europeo de los medios de comunicación.

Fue la foto en la que más tiempo se detuvo, recorriendo mentalmente su espalda, la elegante curva de su cuello y aquellos hombros que se adivinaban tensos a pesar de que debía de estar relajándose.

Un silbido lo sobresaltó y rápidamente cerró la tapa del ordenador. Volvió la cabeza y vio a su hermano sonriendo sibilinamente desde el rellano de la escalera, con un puñado de órdenes de envíos en la mano.

—¿Quién es esa que finges no estar espiando? —le preguntó dejando los papeles en una esquina de la mesa de Law.

Remy, el tercero de los hijos de Charles «Zap» Renaud, había heredado el pelo oscuro de su padre y sus penetrantes ojos grises. Aunque era un poco más bajo que Law, su metro ochenta de altura tenía una complexión musculosa gracias al esfuerzo físico que requería su trabajo. Un hecho del que le gustaba presumir vistiendo casi exclusivamente vaqueros y camisetas.

—Nadie importante —farfulló Law.

—Entonces, no te importará enseñarme lo que estás viendo.

Remy se inclinó y abrió el ordenador. Al ver el rostro de Marlowe, levantó las cejas en un gesto de agradable sorpresa.

El deseo hizo mella en la entrepierna de Law al igual que la primera vez que la había visto bajar la escalera de Fair Weather Hall. Su gesto insolente, la ligera inclinación de su cabeza, el azul gélido de sus ojos, su melena recta como una cortina de color platino a la altura del mentón, las elegantes curvas de su cuerpo bajo el tejido del vestido... Aquel día su aspecto había sido el de una valquiria, una diosa guerrera.

Law se había quedado de piedra, incapaz de apartar la vista de ella. La forma en que lo había retado con la mirada solo había servido para enardecerlo aún más.

—No es tu tipo —aseveró Remy mirando la pantalla—, pero tiene ese aire de princesa... Cielo santo —dijo su hermano irguiéndose bruscamente—. ¿Es una Kane?

—Sí —contestó Law.

—Cielo santo —repitió Remy.

Se volvió a inclinar y con el ratón se desplazó por las imágenes que Law había pasado la mayor parte de la mañana mirando en vez de trabajar.

—¿Está soltera?

Law retiró la mano de su hermano.

—No es asunto tuyo.

Lo cierto era que ni él mismo conocía la respuesta después de lo que había presenciado la noche anterior. La ira lo asaltó al recordarlo. Los había visto desde el primer momento en que se habían encontrado. El desagrado de Marlowe había sido evidente: su gesto, su postura, su lenguaje corporal... Cuando vio cómo se la había llevado fuera, los había seguido y los había observado desde el otro extremo de la terraza, a una distancia prudencial.

Había tenido que contenerse para no arrancarle el brazo con el que su prometido la había agarrado.

—¿Qué tal te fue anoche?

Remy se sentó en la silla del escritorio que miraba hacia las hileras de alambiques de cobre que su hermano había construido con madera de

una vieja iglesia que había en la finca. Después de largas temporadas trabajando en una plataforma petrolífera en alta mar, Remy y él habían dedicado todo el dinero ganado a hacer realidad su sueño, una propiedad de ocho hectáreas que se había convertido en su primera inversión para construir la destilería. Para ello, habían empleado todos los restos de madera y metal que habían encontrado en la propiedad.

Su padre siempre decía que quien guarda, halla. Nunca había entendido el significado de aquel dicho, puesto que Zap Renaud era consciente de que no podía aplicarse ni a él ni a sus cuatro hijos. Habían carecido de muchas cosas, empezando por su madre, que los había abandonado cuando Law tenía doce años. Por suerte, no les había faltado para comer, puesto que su padre había encontrado formas... creativas de adquirir comida.

Esa creatividad no la había empleado solo en comida y había afectado muy negativamente a su vida y a la de sus hermanos en muchos aspectos.

Law, el menor de los hermanos, tenía el mérito de ser el único de los Renaud que no había pasado nunca por la cárcel. Después de diez años del fallecimiento de su padre y, con la destilería finalmente dando beneficios, la suerte de los Renaud parecía haber cambiando.

Hasta hacía poco.

Law se encogió de hombros, estiró las piernas y se volvió hacia su hermano.

—Quiere mandar a alguien para que audite nuestra contabilidad.

La conversación había sido tan breve como predecible. Cansado por la confrontación y el tiempo que había pasado con aquellos imbéciles adinerados, Law se había topado con Parker Kane mientras se dirigía hacia la puerta. Kane había lamentado la marcha anticipada de Law y le había mencionado como por casualidad que alianzas como la suya solían traer beneficios adicionales. Un comentario hecho para recordarle la suerte que había tenido 4 Thieves por el simple hecho de haber sido considerado para asociarse con Kane.

—Pensaba que ya les habíamos mandado todo lo que necesitaban — afirmó Remy.

—Y así es —dijo Law.

—Entonces, ¿por qué demonios tiene que mandarnos a alguien?

Law se levantó de su asiento y se acercó a la barandilla, disfrutando tanto del tacto sólido y suave de la madera como del hervidero de actividad que había abajo.

—Lo hace para que sepamos que puede venir a husmear siempre que quiera.

—No será que se está replanteando su decisión, ¿verdad?

El tono de preocupación de su hermano le provocó un nudo en el estómago.

Habían trabajado mucho para sacar adelante 4 Thieves. Los cuatro hermanos Renaud habían dedicado sudor, sangre y todos los recursos con los que contaban al negocio, dejando atrás generaciones de sufrimiento y construyendo un legado próspero. Por esa razón había elegido aquel nombre, para reconocer su pasado accidentado y convertirlo en un futuro legítimo.

Resultaba irónico que uno de sus hermanos no tuviera nada que ver con lo que quedaba de familia y otro hubiera puesto en peligro sus planes de expansión. Por ello necesitaban financiación para seguir adelante. Había sido un milagro que Parker Kane apareciera milagrosamente para ampliar la distribución en el momento adecuado.

Remy se había mostrado reacio a aceptar aquella oferta. Prefería una de las opciones más modestas, pero una vez que Law había empezado a pensar en lo que podrían hacer con todo aquel dinero, había decidido no dejarla pasar.

—Sé que quiere que 4 Thieves quede bajo el paraguas de Kane Foods, pero desconozco el porqué.

Esa había sido la causa principal de las dudas de Law, a pesar de lo mucho que deseaba el impulso que una inyección de dinero les daría. También, la razón por la que había decidido asistir a la reunión de multimillonarios de la noche anterior.

Necesitaba mirar a Parker Kane a la cara y tomar la medida a aquel hombre, como habría dicho su padre. Pero se había marchado con la sensación de no encajar allí. Lo que lo enfurecía a más no poder. Como si el dinero que uno ganaba con el sudor de su frente se gastara de manera diferente a los dólares que se heredaban de papá.

—¿Has aceptado la auditoría? —preguntó Remy.

—Sí —contestó Law—. Por eso estaba informándome sobre Marlowe Kane. Será ella la que haga los honores.

No era del todo mentira, pero tampoco la cruda realidad. Si alguien examinara su ordenador, descubriría que había estado buscando en el navegador el nombre de Marlowe una hora antes de haber recibido el correo electrónico de la secretaria de Parker Kane.

—¿Va a venir aquí? —preguntó Remy con el mismo entusiasmo de un niño en la mañana del día de Navidad.

Aunque las Navidades en casa de los Renaud nunca habían generado aquella clase de entusiasmo.

—El lunes que viene. Y bajo ninguna circunstancia tratarás de seducirla, ¿entendido? —le advirtió su hermano señalándolo con el dedo índice.

Remy se había ganado su reputación con las mujeres en el municipio de Terrebonne desde muy joven, y los había seguido hasta Fincastle, Virginia. Sus encuentros solían ser breves y se limitaban exclusivamente a mujeres que llamaban su atención mientras estaban de paso por la destilería. La idea de que Marlowe pudiera ser una de aquellas mujeres le produjo unos celos irracionales, algo que no entendía. Después de todo, no había sido Remy el que había seducido a la exnovia de Law.

Rápidamente apartó aquel pensamiento de la cabeza y se acercó a la cafetera para rellenar la taza que su sobrina le había regalado por su cumpleaños.

—Te juro solemnemente controlar mis ojos, mis manos y demás apéndices —dijo Remy levantando la mano como si estuviera testificando ante un juez.

—Bien.

Law se llevó la taza a los labios y dio un sorbo a aquel líquido amargo.

—¿De Emily? —preguntó Remy con una sonrisa significativa.

Aunque le resultaba divertido que su sobrina de ocho años se levantara temprano y se fuera a la oficina a hacer café, ni Remy ni él se habían atrevido a decirle que se suponía que fuera para masticar. Seguramente por no quitarle la ilusión a la niña que ambos estaban criando después de que la madre de Emily, la exesposa de Remy, se fuera al poco

de su nacimiento. Otro ejemplo más de la mala suerte de los Renaud en el terreno amoroso.

—¿Es que no puedes llegar a la oficina antes que ella?

—Lo intento —contestó Remy encogiéndose de hombros—. Pero me cambia la alarma.

—¿No usas el código de desbloqueo del teléfono?

—Claro que sí, pero se las arregla para descubrirlo.

—Es una niña prodigio —dijo Law y volvió a dar un sorbo al brebaje—. Por cierto, ¿crees que puedes dejarla al cuidado de alguien durante un par de horas este fin de semana?

—¿Para qué? —preguntó Remy.

Law dejó la taza en la mesa y volvió a fijarse en el rostro de Marlowe.

Al ser el más pequeño de los hermanos, a Law siempre le había asignado el papel de centinela en sus operaciones encubiertas. Su misión consistía en alertar a sus hermanos cuando el haz de una linterna o el brillo de unos faros se dirigían hacia ellos. La única vez que había fallado, Remy había pasado cinco años en un correccional.

Desde entonces, Law había estado atento a cualquier problema. O, al menos, eso había creído.

Porque en su intento por conseguir la inversión de Kane Foods y que los demás quedaran excluidos, se había metido directamente en la boca del lobo.

A pesar de que no podía impedir que Marlowe Kane fuera, podía conseguir que no estuviera más tiempo del necesario.

Teniendo en cuenta que no se la había podido quitar de la cabeza durante todo el camino de vuelta desde Filadelfia, probablemente era lo mejor para ambos.

Apartó los ojos de la pantalla y miró a Remy.

—Se me ocurren algunos preparativos especiales.

Capítulo Tres

«**T**iene que ser una broma», pensó boquiabierta, mirando más allá del parabrisas de su polvoriento BMW.

Un hombre, sin camisa, estaba balanceando un hacha. Aquello no sería un problema si no fuera porque se trataba de Laurent Renaud, propietario de la destilería 4 Thieves además del improvisado Batman que había aparecido en la terraza y que le había parado los pies a Neil para después herir su ego con un rifirrafe verbal.

Y no porque no se lo mereciera.

Al darse cuenta de eso, después de una copa más de champán, se había dirigido al salón, esperando encontrarlo y disculparse. Después de todo, había intentado ayudar, aunque la exhibición de su fuerza había sido vulgar, innecesaria... y, tal vez, algo erótica.

Al no encontrarlo por ninguna parte, se había ido de la fiesta pronto y había vuelto a su adosado en Rittenhouse Square, donde se había relajado después de darse un largo baño y ver un rato la televisión.

A la mañana siguiente, su padre la había llamado a su despacho para encargarle la auditoría de la destilería 4 Thieves y le había sugerido que descubriera algo que respaldara una valoración acorde con su nivel de compromiso.

Parker Kane era un hueso duro de roer en las negociaciones.

A pesar de su reticencia inicial, la idea de distanciarse de la sede de Kane Foods en el centro de Filadelfia le atraía. Después del mes que había pasado enterrada en el trabajo tras la ruptura de su compromiso con Neil, lo consideraba terapéutico.

Hasta que se había encontrado en mitad de un camino de tierra entre imponentes arcos y robles a un hombre desnudo de torso cortando leña cerca del ahumadero de la destilería.

Había observando fascinada cómo Renaud se agachaba para recoger otro bloque de madera, cómo los músculos de su espalda ancha y desnuda se marcaban con sus movimientos. Había balanceado los brazos por encima de la cabeza, el mango sujeto entre sus grandes manos, y lo había bajado emitiendo un sonido gutural hasta sonar un crac.

—Tiene que ser una broma —repitió en voz alta.

Sintió un escalofrío en los brazos mientras lo observaba trazar arcos al ritmo de la música clásica que emanaba de su equipo de música de última generación. Como solía hacer cada vez que se enfrentaba a una tarea desagradable, había ido escuchándola durante el viaje de cinco horas desde Filadelfia. Su padre había puesto a su disposición el avión privado de Kane Foods International, pero había preferido hacer el viaje en coche y aprovechar la oportunidad de aclarar sus ideas y calmar los nervios.

Y le había funcionado hasta que...

El leñador se había vuelto y estaba mirándola. Ya no podía pisar el acelerador y volverse a casa.

Apagó el motor y, bajo su atenta mirada, comprobó discretamente su aspecto en el retrovisor. No quería que viera aquel pequeño pero característico gesto de coquetería. Se inclinó sobre el asiento del pasajero, recogió el maletín de piel en el que llevaba su ordenador y se echó el abrigo sobre el brazo antes de salir del coche y cerrar la puerta.

Echó los hombros hacia atrás, se puso muy derecha y comenzó a andar hacia él todo lo digna que pudo con aquellos zapatos de tacón tan inapropiados. Se detuvo a una distancia prudencial, temiendo acabar cayendo atraída por aquel magnetismo.

—Hola otra vez —dijo ella.

La grava crujió bajo sus botas al cambiar el peso de pierna y apoyar el lado romo del hacha entre el cuello y el hombro.

—Supongo que usted es Laurent Renaud, ¿es así?

Aspiró entre dientes y le tendió la mano libre.

—Law.

Su palma desapareció en su mano y sintió un estremecimiento en cuanto rozó su piel áspera. Era una sensación muy diferente a cuando saludaba a los hombres que empuñaban palos de golf y maletines de

marca, siempre tratándola con delicadeza, como si temieran que fuera a romperse.

—Escuche —dijo decidida a acabar con aquella situación incómoda—, respecto a lo de la noche en que nos conocimos...

—No recuerdo que me dijera su nombre ni que me preguntara el mío —dijo soltándole la mano.

—Tiene razón y fue una descortesía por mi parte. Estaba muy disgustada, pero no debería haberle hablado como lo hice.

—¿A qué se refiere?

Frunció sus cejas oscuras y curvó sus labios hacia abajo.

Marlowe no supo si realmente no se acordaba o si solo quería obligarla a contárselo. No sabía qué era peor.

—A cuando me estuvo observando y siguiendo en aquel cóctel, antes de convertirse en un justiciero.

—Creo que dijo que la estuve desnudando con la mirada —la corrigió—. Y tenía razón —dijo y esperó unos segundos antes de seguir—. ¿Adónde quiere ir a parar?

Marlowe hizo acopio de toda la diplomacia que había aprendido en aquellas acaloradas discusiones durante las reuniones de ejecutivos.

—Me refiero a que ambos dijimos cosas llevados por la ira que quizá no habríamos dicho en circunstancias diferentes.

—¿Es eso una disculpa? Porque podía haber empezado por ahí y nos habría ahorrado tiempo.

Marlowe quiso gritar.

Una gota de sudor cayó sobre el cuello del hombre, se deslizó por el esternón hasta los abdominales y desapareció bajo la cinturilla de sus pantalones de trabajo color tabaco.

Se había dado cuenta de que lo estaba observando.

Su actitud taciturna y la forma en que la había evaluado con la mirada fueron la gota que colmó el vaso y que acabó por irritarla.

—¿Sabe una cosa? No importa. Dígame dónde está su despacho para acabar con esto cuanto antes.

Law apretó los labios y los nudillos se le pusieron blancos de tanto apretar. Con un movimiento rápido hundió el hacha en el tocón que había junto a ella, sobresaltándola.

—Sígame.

Se alejó doblando la esquina del edificio de paneles de madera. Del tejado de hojalata lleno de parches de óxido se elevaba una columna de humo que contrastaba con el intenso verde de la vegetación de finales del verano. El delicioso aroma a carne humada llenaba el ambiente.

Mientras lo seguía, Marlowe aprovechó para examinar disimuladamente los músculos bajo sus omóplatos, fijándose en cómo se recogían en su cintura. También reparó en la forma en que se adivinaban sus glúteos redondeados bajo los pantalones. Acostumbrada a estar rodeada de hombres trajeados, no recordaba ni un solo pantalón que favoreciera tanto a su dueño.

Caminaron en silencio, roto solo por el sonido de sus pasos y del silbido del viento entre los árboles. No había experimentado una calma así desde que se había escapado durante un viaje familiar de esquí a Aspen cuando tenía doce años.

Pasado el ahumadero, Marlowe se sorprendió al ver la exuberante vegetación que se extendía hacia la colina, en cuya cima había una vieja granja. Era de una belleza majestuosa y decadente. Más allá había un gran almacén construido con bloques de metal que supuso sería la destilería, dado el sinuoso camino de grava que serpenteaba hasta una zona llana en la que estaban aparcados varios camiones.

Desde allí hasta donde estaba había campos de lavanda, huertas valladas y un picadero en el que unos cuantos caballos estaban comiendo la hierba que crecía junto a los postes de la valla.

Era muy diferente al cuidado paisaje de Fair Weather Hall.

—¿Viene?

Law se había detenido en el camino, delante de ella. Su torso dejaba adivinar sus costillas bajo su ancho pecho.

Marlowe se aferró a su cartera. No quería alcanzarlo. Al darse cuenta de hacia dónde se dirigía, había saltado una alarma.

Conocía los quad. De hecho, se había montado en uno que su familia tenía en la bodega de Willow Creek en Napa. Pero ese no era un quad. El vehículo que estaba aparcado detrás del ahumadero era una mezcla de carrito de golf y buggy. Era un extraño conglomerado de piezas que debían de haber pertenecido a otras máquinas en su vida anterior, con unos neumáticos nuevos desproporcionadamente grandes.

Law se deslizó al asiento del conductor con una sorprendente facilidad, teniendo en cuenta su tamaño. Un humo negro salió de la parte trasera del coche cuando encendió el motor.

Al ver que no se unía a él, la miró arqueando una ceja.

—¿Adónde vamos? —gritó ella para hacerse oír por encima del rugido del motor.

—Allí —contestó él señalando con la barbilla hacia el almacén.

—Puedo ir en mi coche —dijo ella dando un paso atrás.

—No.

Aquello le molestó.

A pesar de su educación privilegiada, su MBA en Yale y su amplia experiencia como ejecutiva, era increíble la frecuencia con la que los hombres se empeñaban en decirle lo que tenía que hacer.

—Entiendo que no quiera tenerme aquí y, aunque no me crea, yo tampoco estoy especialmente entusiasmada. Pero lo menos que puede hacer es mostrar un poco de cortesía. Creo que es razonable que quiera conducir mi propio coche hasta el sitio donde voy a estar trabajando.

Le ardía la garganta por el esfuerzo de levantar la voz. Sentía una presión en el pecho, mezcla de la adrenalina y la rabia contenida.

—¿Ve aquel agujero en el camino?

Miró en la dirección que le indicaba hasta donde desaparecía la grava para volver a reaparecer al pie de la colina.

—Sí.

—Mi hermano perdió la mitad de la carga de chatarra camino al vertedero. A menos que ese coche suyo tenga llantas de titanio, le recomiendo que se suba.

—Si eso es cierto —dijo mirando hacia el pequeño aparcamiento—, ¿cómo ha llegado esa gente hasta allí arriba?

—Esa gente —replicó él imitando su tono—, vive allí.

Marlowe quiso que se la tragara la tierra en aquel preciso instante.

—Entiendo.

Se subió al vehículo y dejó las piernas recogidas al sentarse. El setenta y cinco por ciento del espacio lo ocupaba aquel imponente cuerpo. La brisa le trajo su olor, una mezcla de sudor, madera y jabón, lo que combinado con su cercanía, la hizo sentirse aturdida.

Se aclaró la voz con la esperanza de que también se le aclararan las ideas.

—Lista. Cuando...

El buggy se puso en marcha bruscamente y Marlowe buscó rápidamente dónde agarrarse. Una de sus manos acabó en el muslo de Law, a escasos centímetros de su entrepierna. Enseguida la apartó, como si la hubiera puesto sobre una estufa caliente, y vio un atisbo de sonrisa burlona en sus labios.

—Lo siento —dijo él—. El arranque es un poco brusco.

—Ya lo veo —replicó Marlowe agarrándose a un asa metálica.

Cada vez que Law accionaba la palanca de cambios, los músculos de su brazo se marcaban y sus nudillos casi rozaban su pierna.

—¿De quién demonios fue idea esta cosa? —preguntó ella.

—Mi hermano Remy.

Como si fuera una señal, levantó la mano y miró más allá de ella. Al volverse, Marlowe vio un hombre moreno vestido con vaqueros y camiseta blanca echando escombros en la parte trasera de una camioneta negra. Era de constitución robusta y, aunque no era tan alto como Law, el parecido era evidente.

Dieron un volantazo para evitar una vieja rueda de tractor y la fuerza la empujó contra él. Sintió su brazo sudoroso junto al suyo. La repulsión que siempre había sentido cuando Neil insistía en abrazarla con su ropa húmeda de sudor después de algún partido de tenis no se materializó.

Interesante.

—¿Remy es también la abreviatura de algo?

—Sí, de incordio —gruñó Law—, o lo que es lo mismo, de Rainier.

Marlowe borró rápidamente la sonrisa de sus labios. Sus hermanos habían dejado de ser un fastidio, sobre todo después de que se hubieran enamorado perdidamente y se olvidaran de ella. Le habían hecho las consabidas llamadas para transmitirle su apoyo después de su ruptura con Neil, pero la habían evitado como si su desengaño amoroso fuera contagioso.

Un hecho que la boda de su hermano Samuel con su novia, Arlie Banks, apenas un mes antes, había dejado en evidencia de manera un tanto dolorosa.

Otro bache estuvo a punto de lanzarla disparada de su asiento. Su trasero se quedó en el aire unos segundos antes de caer con tanta fuerza que sintió una sacudida de dolor en la espalda.

No pudo evitar una mueca de dolor y se sorprendió cuando el buggy se detuvo.

—¿Está bien? —preguntó.

—Sí —respondió asintiendo—. Es una antigua lesión.

—¿Haciendo de animadora?

Apretó el acelerador de nuevo, pero esta vez a una velocidad más reducida.

Marlowe puso los ojos en blanco.

—Siempre he sentido curiosidad —dijo inclinándose hacia él para que la oyera—. ¿Quién decide las bromas machistas? ¿Hay alguna clase de comunicado o...?

—¿Jugando a rugby?

—Al polo.

Law emitió un sonido que transmitía sorpresa y un respeto a regañadientes. Ya estaba acostumbrada. Las suposiciones eran dolorosamente predecibles y raramente variaban: voleibol, gimnasia, ballet o cualquiera de los deportes que los hombres devaluaban.

Por supuesto que el polo había sido por influencia de su padre. Teniendo en cuenta que el estudioso Samuel no tenía ningún interés en los deportes y que la única actividad física de Mason era perseguir mujeres, había caído en ella continuar el legado de los Kane, como su padre y el padre de su padre.

Lo había continuado hasta que, con diecisiete años, un terrible accidente había truncado su carrera y la de su caballo.

Law redujo la velocidad del buggy al pasar ante lo que parecía la entrada principal, a un lado del edificio donde estaban los coches aparcados, y enfiló otro camino de grava hacia el extremo sur. Unos escalones desvencijados llevaban hasta una puerta en mal estado, con lo que parecían agujeros de bala y manchas de huellas de botas en la parte inferior, probablemente porque solía ser cerrada de una patada. Y, al parecer, con bastante frecuencia.

En el pequeño rellano en la parte superior de los escalones, un chuchó marrón y blanco levantó la cabeza al verlos llegar, irguió las orejas y olisqueó en su dirección.

El miedo le aceleró el corazón y una sensación de fastidio la asaltó sin saber muy bien el motivo. Tal vez fuera porque su padre la había enviado allí. O por Law, que ya la había desquiciado. O por el perro y los recuerdos que había despertado. Todos aquellos eran factores sobre los que no tenía control.

Tampoco era que tuviera problemas de control, simplemente estaba convencida de que la vida se desarrollaba mejor cuando las cosas ocurrían conforme a sus planes.

Law apagó el motor y salió de su asiento.

Marlowe hizo lo propio y se sobresaltó al oír que silbaba al perro, que enseguida corrió a su lado meneando el rabo. En un acto reflejo se parapetó con la cartera, un movimiento que llamó la atención de Law.

—Layla, siéntate.

Todo rastro de energía desapareció cuando el animal se quedó quieto, sentado sobre sus ancas, mirándolo con adoración el otro azul. Si aquella sumisión era la que Laurent Renaud esperaba de todas las mujeres que se le acercaban, con ella se iba a llevar una gran decepción.

—Quieta —añadió.

Layla obedeció.

Marlowe esperó a que Law subiera los escalones para seguirlo, manteniendo las distancias con el perro.

Una corriente de aire fresco y olor a cereal la recibió nada más abrir la puerta. El edificio era espacioso, perfectamente organizado y estaba mucho más limpio de lo que había imaginado. Dos hileras de alambiques

se extendían ante ella, con una red de tuberías entre ellos. Más allá, había un laberinto de palés apilados con cajas de cartón ordenados en filas, y una carretilla elevadora emitía pitidos mientras pasaba sus grandes púas por debajo de uno de ellos.

—Vamos arriba.

Law se dirigió hacia una escalera que llevaba a un desván que tenía una brillante barandilla de madera. Ella lo siguió y se detuvo al llegar al rellano.

Marlowe trató de mantener un gesto neutro mientras observaba el caos que tenía delante. En el rincón más apartado había una mesa con una pila de papeles encima. En el suelo, un montón de carpetas desperdigadas. Frente a un destartado sofá de imitación de cuero con manchas grises había un televisor sobre una mesa convertida en centro de entretenimiento, aunque el término resultaba irónico en aquel contexto.

—Instálese donde quiera.

De pie, en el pequeño rincón que contenía un fregadero, una cafetera y una pequeña nevera, Law abrió el grifo.

—¿Aquí? —preguntó confusa—. Pensaba que iba a trabajar con el Departamento de Contabilidad.

—El Departamento de Contabilidad es mi hermano Remy y, como acaba de ver, ahora mismo está ocupado. Lo que puedo hacer es dejarle entrar en su ordenador.

Law se echó sobre la mesa más cercana a la escalera y tecleó algo. Luego se irguió y le permitió el acceso.

—Ahí lo tiene, a su disposición.

Marlowe desvió un momento la vista del ordenador a Law.

—Sé que 4 Thieves es una operación pequeña en comparación con las inversiones que Kane Foods suele llevar a cabo, pero dado que dirige un negocio rentable, estoy bastante segura de que sabe que no es así como esto funciona.

Law acortó la distancia que los separaba. Su cuerpo parecía más grande en aquel entorno que con el cielo de fondo. A pesar de que se sentía más segura con sus zapatos de tacón, su rostro pétreo y el hecho de que estuviera sin camisa la desconcertaban.

¿Pero por qué seguía sin camisa?

Había virutas desperdigadas por el vello oscuro que cubría sus pectorales y cuyo rastro se extendía más allá de la cinturilla de sus pantalones.

—Lo que sé es que la única razón para que tu padre mande a alguien a hacer una auditoría después de todo lo que hemos pasado es para seguir retrasando la operación o para recordarme que estoy a su merced. Sea como sea, sé que espera que en cuanto la vea, me dé la vuelta y me crea cualquier cosa —dijo y su mirada se oscureció—. Aunque reconozco que es un placer a la vista, ha de saber que no pienso pasar más tiempo ayudándola del que su padre me dedicó en esa reunión de aduladores.

Como si su cercanía no hubiera sido suficiente, aquella confesión la dejó sin respiración.

«Es un placer a la vista».

Era una manera de reconocer que se sentía atraído por ella a la vez que renegaba de aquella atracción.

—¿Cómo sugiere que me comporte, teniendo en cuenta esas condiciones?

—Creo que debería revisar la información de cualquiera de las tres empresas que han realizado las auditorías anteriores. Están archivadas en una carpeta que se llama «Auditoría» en el ordenador de mi hermano —dijo, destilando ironía en cada una de sus palabras.

Se quedaron mirándose fijamente durante unos minutos que se hicieron interminables.

—Vaya, lo siento. ¿Interrumpo?

Era una voz masculina y grave, seguramente por los efectos del tabaco.

Law fue el primero en retirar la mirada, para alivio de Marlowe.

—No pasa nada, Mike.

Mike, un hombre fortachón de pelo cano bajo la gorra roja y camisa con su nombre bordado en el bolsillo, se acercó a la impresora que había en la mesa de Remy.

—He venido a recoger los pedidos de compra para el envío a Kentucky. Estamos intentando que los camiones salgan antes de la tormenta.

—¿Tormenta? —preguntó Marlowe, y el estómago le dio un vuelco.

—Sí, señorita —asintió Mike con un movimiento de cabeza—. Se supone que empezará a caer con fuerza a eso de las cinco. Pero no se preocupe, aquí está a salvo. Esto se construyó como si fuera un refugio antibombas. Mañana por la mañana todo habrá pasado.

Vaya. No se había molestado en consultar la previsión del tiempo desde que se fue de Filadelfia. Ni siquiera había reservado habitación de hotel. Tampoco había muchas alternativas en Fincastle. Había pensado que estaría de vuelta a última hora de la tarde.

—Lo que me faltaba —farfulló.

Después de recoger las hojas de la impresora, Mike se despidió con una inclinación de cabeza y bajó la escalera.

Law caminó unos pasos hacia atrás, tomó la silla de la mesa de Remy y la apartó, ofreciéndosela.

—Será mejor empezar cuanto antes.

Y así, tal y como había hecho en el balcón de Fair Weather Hall, se dio media vuelta y desapareció.

—¿Eres una princesa?

Marlowe levantó la vista del ordenador. Sentía los hombros tensos, el cuello cargado y los ojos le escocían después de las horas que llevaba examinando información en la pantalla. Una niña morena de grandes ojos la estaba mirando desde lo alto de la escalera. En las manos llevaba una bandeja de plata.

—Soy auditora de empresas —dijo Marlowe y mantuvo la postura con la esperanza de que se diera cuenta de que no tenía interés en mantener una charla.

No es que le cayeran mal los niños. Simplemente, prefería no tenerlos cerca.

—Eso no suena tan divertido como ser princesa —dijo la pequeña frunciendo los labios.

Marlowe volvió la cabeza para mirarla.

—Las princesas no tienen plan de pensiones.

—¿Qué es un plan de pensiones?

La niña se acercó a la mesa. Llevaba unos tacones morados con luces en los talones.

Marlowe no pudo evitar detenerse a examinar los detalles de aquella pequeña y extraña criatura. Llevaba dos trenzas y vestía una camiseta grande sobre unas mallas de arcoíris.

—Un plan de pensiones es el dinero para tu yo del futuro.

La niña depositó la bandeja con mucho cuidado.

—¿Como con una máquina del tiempo?

—Algo así —dijo Marlowe sonriendo—. ¿Cómo te llamas?

—Emily —contestó y esbozó una amplia sonrisa, dejando al descubierto los huecos de los dientes que se le habían caído—. Pero el tío Law me llama Bicho.

—¿El tío Law?

La idea de que aquella dulce criatura tuviera algo que ver con ese bárbaro de pecho desnudo le resultaba incongruente.

La niña asintió.

—Es muy alto y dice muchas palabrotas, pero me está enseñando a usar el hacha.

—¿Te ha pedido tu tío Law que me traigas una ensalada?

—No, ha sido mi papá. Se llama Rainier, pero todo el mundo lo llama Remy. Está a cargo del restaurante.

—¿Hay un restaurante?

No había visto nada en la contabilidad que estaba revisando que indicara que había otra fuente de beneficios.

El sonido de unas botas subiendo la escalera la inquietó. Al ver aquella cabeza de pelo oscuro sintió un estremecimiento, pero enseguida se calmó al ver el rostro de aquel hombre.

Reconoció el parecido en sus facciones de la misma manera que reconocía las piezas de sus compositores conocidos.

—Ah, estás aquí —dijo Remy, censurando con la mirada a Emily—. ¿Qué te dije de molestar a la señorita Kane?

Emily plantó una mano en su cadera, con gesto de indignación en su pequeño rostro.

—No la estaba molestando. Le estaba hablando del restaurante.

—¿Le has contado que tenías que ayudar a Mira a preparar los cubiertos antes del turno de la cena?

—Iba a hacerlo, papá —afirmó y resopló dramáticamente.

El hombre tendió la mano y le dedicó una sonrisa a Marlowe.

—Soy Remy Renaud. Es un placer conocerla oficialmente.

—Marlowe Kane —replicó—. Gracias por mandarme la comida. No me había dado cuenta de lo tarde que se me ha hecho.

—No se preocupe —dijo Remy—. Supongo que saldrá de esta cueva y cenará con nosotros, ¿verdad?

Marlowe volvió la vista al ordenador y hundió los hombros.

—Iba a dedicar unas cuantas horas más y volver a la ciudad antes de que llegue la tormenta. He conseguido habitación en el Holiday Inn.

Había tenido suerte. Después de la brusca marcha de Law, había intentado hacer una reserva y había descubierto que casi todos los hoteles estaban llenos porque la gente que viajaba por carretera estaba buscando refugio.

—¿No va a quedarse aquí? —preguntó Remy.

—¿Dónde? ¿En la oficina? —dijo mirando con desagrado el sofá desvencijado.

—Tenemos una casa en la finca, además de varias cabañas para los empleados —dijo y ladeó la cabeza con gesto de sorpresa—. ¿Law no se lo ha dicho?

—Parece ser que no.

Remy suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Su punto fuerte nunca han sido los buenos modales.

—No se lo discuto —murmuró ella entre dientes.

—Le propongo una cosa. Baje a cenar cuando le apetezca y me aseguraré de que lo tenga todo preparado. ¿Trato hecho?

Se quedó pensativa unos segundos. La idea de conducir cuarenta y cinco minutos hasta Roanoke con aquel tiempo tan desapacible no le apetecía lo más mínimo.

—Trato hecho.

Emily dejó escapar un grito y luego se contuvo.

Remy sonrió.

—Venga, Emily. Dejemos que esta señora siga trabajando.

La niña recogió su bandeja vacía y se la puso bajo el brazo, en un gesto que parecía ensayado.

—Disfrute de la comida.

Cuando los perdió de vista bajando la escalera, Marlowe se dejó caer en la silla.

Estaba atrapada en la destilería 4 Thieves con Law Renaud y se acercaba una tormenta.

¿Qué podía salir mal?

Capítulo Cuatro

—¿**T**e das cuenta de que es la tercera vez que haces eso? — preguntó Grant Hutton con su irritante voz de ópera.

Law se detuvo con la bayeta en la mano y se quedó mirando la superficie impoluta de la barra de caoba antes de volverse al hombre que sujetaba una caja de plástico con jarras de cerveza recién lavadas.

Con su barba frondosa y su larga melena pelirroja suelta cuando no recogida en un moño, Grant siempre le había recordado a un vikingo. Un vikingo adaptado al siglo XXI, con sus camisas de franela y su jeep.

Law hizo un gurrño con la bayeta y la lanzó al fregadero de acero inoxidable, lleno de agua con detergente.

—¿Qué insinúas?

Grant metió la mano en la caja y empezó a colocar las jarras en el estante de la pared de ladrillo que había detrás de la barra.

—Es solo que pareces un poco... distraído.

Era cierto. Llevaba toda la mañana y buena parte de la tarde con la mirada perdida y la mente en el trabajo. Además, no podía quitarse a Marlowe Kane de la cabeza.

Podía verla avanzando desde su coche en un bucle interminable, sus piernas largas y torneadas tratando de caminar con dignidad por la grava. Más memorable aún, la mirada dura y ansiosa que no había conseguido ocultar antes de devolver a su rostro aquella máscara de calculada tranquilidad.

Cierto que había cargado las tintas. Se había asegurado de que cuando llegara lo encontrara cortando leña y sin camisa. Y aunque la idea podía ser un tanto retorcida, había resultado muy efectiva.

Al igual que la chatarra que Remy había dejado caer en la carretera de camino a la destilería. Su breve y ajetreado viaje en el quad había sido

el más trepidante en mucho tiempo. Horas más tarde, seguía sintiendo su mano en el muslo, a escasos centímetros de su entrepierna.

En su mente, no se quedaba allí.

—¿Cuándo vamos a conocerla?

Aquella nueva voz pertenecía a Mira Reyes. Algo más baja que Law y posiblemente tan enérgica como él, tenía el pelo corto y negro, además de un carácter muy fuerte. Un problema, teniendo en cuenta que a Remy y a él les traía sin cuidado.

Estaba a cargo del comedor de Blackpot la encargada después de pasar por varios puestos del almacén de la destilería. Buena prueba de ello eran sus bíceps.

Pasó al lado de Grant y dejó un cubo de hielo casi tan grande como ella en el congelador de la barra.

—Y no te molestes en decir: ¿conocer a quién? Remy nos ha contado todo sobre ella.

—Ha venido a hacer una auditoría —dijo Law y se acercó a la nevera para sacar una cerveza—, no a hacer de reina del baile —añadió dejando el tapón en el borde del mostrador.

Mira puso un brazo en jarras y clavó la vista en el tapón que su hermano había dejado caer al suelo.

Law resopló, se agachó a recogerlo y lo tiró a la basura.

—Va a venir a cenar.

La voz aguda de Emily resonó en el restaurante vacío. Corrió hasta la entrada y dio la vuelta, haciendo volar la falda de su disfraz favorito de princesa.

—¿De verdad? —preguntó Mira, colgándose el cubo del hombro.

—¡Sí! —le contestó su sobrina—. Papá la ha invitado. Es rubia y muy guapa. Y espera a que veas los zapatos que lleva.

Grant se acercó a Law mientras sacaba brillo a una de las jarras de cerveza.

—¿Qué era eso que estabas diciendo de la reina del baile? —preguntó lo suficientemente alto como para ser escuchado en todo el condado.

Law se llevó la cerveza a los labios y dio un sorbo.

—Baja la voz. ¿Todo listo en la cocina?

—¿Acaso no lo está siempre? —intervino Mira con una ceja arqueada—. Aunque no sé por qué nos molestamos. Con la tormenta que se avecina, no creo que esta noche lleguemos a diez comensales.

Tenía razón, pero Law no quería darle la satisfacción de reconocérselo. El restaurante había sido un añadido a la idea original. Al principio, los lugareños habían empezado a ir para comprarles directamente y, con el tiempo, habían acabado haciendo recorridos para enseñar la destilería. Los grupos de fuera de la ciudad habían acabado quedándose. Remy, tan obsesionado con perfeccionar el arte de ahumar las carnes como de destilar licores, ofrecía cenas y, en poco tiempo Blackpot se había convertido en una parada indispensable.

El variopinto personal de 4 Thieves se había formado también de manera espontánea. Se trataba de gente proveniente de diferentes entornos que se habían comprometido en cuerpo y alma con un sueño que no era de ellos. Lo que había empezado como un negocio se había convertido en una familia, aunque algo desorganizada en ocasiones.

—¡Está aquí!

Emily salió disparada desde su asiento y corrió hacia la entrada, donde Marlowe estaba inspeccionando el entorno. A pesar de que tenía el pelo revuelto y la blusa arrugada, se veía tan lozana y fresca como por la mañana, para disgusto de Law.

La llegada de Remy unos segundos más tarde no le ayudó a mejorar su humor taciturno. Aunque se había puesto una camisa elegante para la ocasión, era evidente por su pelo revuelto que se había dado una vuelta en su querida Harley.

La imagen de Marlowe agarrada a la cintura de su hermano mientras recorrían los caminos de tierra le irritó.

—¡Papá! —exclamó Emily dando saltos—. ¿Puedo hacerle un tour?

—Sí, si la señorita Kane quiere y a tu tío Law no le importa —contestó Remy.

Aliviado por dirigirse a ella de aquella manera, Law se volvió hacia su sobrina.

—Adelante.

—¡Bien! —dijo tomando a Marlowe de la mano y tirando de ella—. Por aquí. Voy a enseñarte la saca de cubas y la galería de las hachas y después...

Su voz se perdió al alejarse.

Mira y Grant recordaron las tareas que tenían pendientes y desaparecieron por la puerta de la cocina.

Remy se pasó una mano por el pelo antes de acercarse a la barra y servirse una cerveza.

—Se está poniendo muy feo ahí fuera.

—¿De dónde venís? —preguntó Law y dio un sorbo a su cerveza.

—¿Qué te hace pensar que venimos del mismo sitio?

—Porque los dos habéis llegado a la vez y ella parece que haya estado... montando.

—¿Pero de qué vas? —replicó Remy, y se secó el sudor de la frente—. No ha salido de la oficina en todo el día.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque veía la puerta desde la pila de chatarra que me has hecho tirar —contestó atusándose el pelo—. A menos que haya estado merodeando por el almacén o el muelle de carga, supongo que no se ha movido del sitio.

Algo avergonzado, Law jugueteó con la etiqueta de su cerveza.

—Ya que hablamos del asunto, ¿quieres decirme por qué era necesario? —preguntó su hermano—. Porque no veo qué necesidad había de que la trajeras en el quad.

Ahí era donde su hermano se equivocaba.

Quería tener a Marlowe lo más cerca posible sin que se adivinaran sus intenciones. Aquel vehículo todoterreno que su hermano había construido era la excusa perfecta. Si tenía que pasar por aquella farsa de la auditoría, iba a disfrutar lo máximo posible.

—Solo quiero que disfrute de la experiencia más completa de 4 Thieves —dijo Law y dio otro trago.

Remy sacudió la cabeza.

—Eso o le estás tirando de las coletas como si estuvieras en el colegio.

Tal vez hubiera una pizca de verdad en aquella acusación, pero era algo que Law no iba a admitir.

—Y aquí es donde la gente puede comprar botellas si quieren llevárselas directamente a casa. Hay de bourbon, de vodka y de ginebra —dijo Emily haciendo un gesto exagerado con la mano.

Habían dado la vuelta completa y en aquel momento estaban en la antigua oficina de clasificación de la correspondencia cuyas estanterías habían adaptado para exponer los licores que fabricaban.

—Yo te recomendaría el bourbon. El nuestro lo sometemos a una triple destilación y tiene aroma a arce y a nueces tostadas —añadió en tono solemne.

Marlowe miró hacia Law y Remy con expresión de desconcierto y preocupación.

—Por favor, díganme que esta niña no habla por experiencia.

Law dejó su cerveza y se acercó a ellas.

—Solo un sorbito para probarlo. Vamos a esperar a que cumpla doce para que tome chupitos.

—Tío Law —dijo volviéndose para mirar a Marlowe—. Lo dice en broma. Nunca lo he probado. Es lo que oigo que dice la gente. ¿Vas a quedarte a cenar, verdad?

—Depende —dijo Marlowe paseando la vista por el comedor vacío—. ¿Crees que nos darían una mesa?

La niña sonrió, captando la ironía de sus palabras.

Law la invitó a elegir una mesa, confiando en que se decantara por la que estaba en el centro con seis sillas para así tener espacio para estar cómodos.

Al parecer, carecía de poderes subliminales.

Emily se dirigió hacia un banco con vistas hacia las colinas mientras empezaba a dar órdenes.

—Papá, tío Law, sentaos aquí. Nosotras nos sentaremos enfrente.

—Las damas primero —dijo Law bloqueando el paso a Remy con el brazo para poder decidir dónde sentarse.

—Pasa primero —le pidió Emily a Marlowe—, porque tengo que ayudar en caso de que venga más gente.

—Se toma sus tareas como anfitriona muy en serio —explicó Remy, y le dio un apretón a la niña en el hombro.

—Ya lo veo.

Marlowe obedeció y se deslizó en el banco. Después de que Emily se sentara, Law precedió a su hermano e hizo todo lo posible por evitar rozar las rodillas de Marlowe bajo la mesa.

Al poco apareció Grant y les tomó nota de las bebidas.

Emily, algo preocupada porque Marlowe no iba a probar ninguno de los licores que se fabricaba allí, se tranquilizó cuando le prometió que se llevaría una botella a Filadelfia.

Lo que siguió probablemente fueron los cuarenta y siete minutos más angustiosos de la vida de Law.

Mira no se había equivocado. No hubo más clientes esa noche que aquel pequeño grupo.

Law observó a Marlowe tomar pequeños y delicados bocados de la pechuga de pavo asado y la ensalada que había pedido mientras contestaba cada una de las muchas preguntas que le hizo Emily. Se preguntó si aquella sería una habilidad exclusiva de los millonarios, la de dar cuenta de una comida con tanta discreción que la conversación parecía lo realmente importante.

Incluso se preguntó si saborearía la comida, si alguna vez habría comido algo solo por el placer de disfrutarlo.

Cuando un relámpago iluminó el oscuro paisaje, Remy llamó la atención de Law, dio un golpe en la mesa y se inclinó hacia su hija.

—Muy bien, hora de irse a la cama, jovencita —dijo saliendo del banco y ofreciendo su mano a su hija—. ¿Quieres decir a los de la cocina que hoy pueden irse temprano a casa?

La niña abrió los ojos entusiasmada ante la idea.

—Claro.

Emily se detuvo un momento para limpiarse los labios con la servilleta, un gesto que había aprendido de Marlowe.

Después de las despedidas, se quedaron solos.

Marlowe acarició el borde de su copa de vino, pensativa.

—¿Dónde está su madre?

Law dio un sorbo a su whisky, deleitándose con aquella sensación cálida bajando por su garganta.

—Remy y ella no llevaban demasiado tiempo juntos cuando se quedó embarazada. Decidieron seguir adelante y se casaron enseguida. No tardaron en divorciarse. A los seis meses del parto, dijo que se iba a ver a unos amigos y nunca volvió.

Marlowe levantó la vista del vino. Sus ojos azules reflejaban la luz de la lámpara que tenían sobre las cabezas.

—No entiendo cómo alguien puede hacer eso.

Law llevaba toda la vida intentándolo.

—Hay personas que no están preparadas para ser padres.

Teniendo un padre como el suyo, aquella era la única respuesta que se le ocurría.

El rostro de Marlowe se ensombreció.

—No puedo negar esa apreciación.

Nunca había sido dado a hacer preguntas personales, así que Law se quedó callado, a la espera de que siguiera hablando.

—¿Pregunta Emily por ella?

Al ver que la copa de Marlowe estaba vacía, Law tomó la botella que Grant había dejado en la mesa y la levantó con gesto interrogante. Ella asintió.

—Antes sí —dijo Law mientras servía el vino—. Incluso en una ocasión le escribió una carta. —¿Y su madre le respondió?

Law dejó la botella a un lado y dio un sorbo.

—Le vino devuelta, sin abrir.

Marlowe arrugó el entrecejo y abrió ligeramente los labios.

Lo que le produjo aquella mirada de dolor... Sintió el impulso de echarse sobre la mesa y borrar su tristeza con los labios, con las manos, con todo su cuerpo...

Entonces cambió de expresión y todavía se sintió más excitado.

La ira encendió sus mejillas y oscureció su mirada. Aquella expresión que había visto desde el otro lado de un salón abarrotado hizo mella en su entrepierna.

Tenía que descubrir las profundidades de aquel fuego bajo su apariencia gélida, dejar que lo invadiera y lo sedujera.

Deseaba aquello. La deseaba a ella.

—¿Cómo alguien haría algo tan cruel a una niña tan dulce?

Se acabó el vino de un trago y dejó la copa sobre la mesa con tanta fuerza que se rompió el tallo.

Y con él, aquella breve muestra de su temperamento.

—Cuánto lo siento.

—No se preocupe —dijo tomándola de la mano para evitar que recogiera los cristales rotos—. Ya me ocupo yo. No puede revisar toda esa información con cortes en los dedos.

Después de recoger los restos de la copa con una servilleta, los guardó en una caja de cartón que encontró en la cocina antes de tirarlos a la basura. Luego se metió detrás de la barra y tomó una botella de whisky y una segunda copa antes de volver a la mesa.

Se quedó mirándolo con recelo cuando se acercó.

—¿Puedo preguntar qué piensa hacer con eso?

—Hacer que se olvide de otros whiskys.

La lluvia empezó a golpear la ventana justo cuando Law abría el tapón. Luego sacó el corcho, sirvió dos copas y le ofreció una.

—No tengo por costumbre beber.

—No pretendo que lo beba, solo que lo saboree. Tome un sorbo y deje que el calor de su boca acentúe los sabores. Pero si es muy fuerte para usted...

—Mi hígado podría procesar combustible para cohetes.

Law sintió que el alcohol empezaba a producir sus efectos.

—A mi padre le caería muy bien.

—¿Era ingeniero espacial? —preguntó ella con una sonrisa sexy que hizo que el calor se acumulara en sus zonas más problemáticas.

—Digamos más bien que era especialista en la adquisición de chatarra y proveedor de licores artesanales, como el aguardiente casero.

—Pensaba que eso había dejado de hacerse con la Ley Seca.

Marlowe tomó su copa, se la acercó a la nariz e inspiró el aroma. Cuando se la llevó a los labios, no pudo evitar imaginarse mentalmente el camino que seguiría el líquido desde su boca hasta su estómago.

—Zap Renaud nunca dejaba que las leyes le impidieran una buena oportunidad de negocio. Era una leyenda en la zona de Terrebonne, y no en el buen sentido.

—¿Zap?

—Antes de que empezara a destacar, era un electricista bastante mediocre. Un desafortunado accidente lo obligó a cambiar de trabajo. Ahí fue que empezó a obligarnos a ir de misiones.

Law puso el corcho en la botella y se la levantó de la mesa.

—¿Está seguro de que no era ingeniero espacial?

—A menos que los ingenieros espaciales tengan por costumbre obligar a sus hijos adolescentes a robar chatarra y demás piezas para hacer un alambique. —Claro.

Por el brillo de sus ojos era evidente que pensaba que estaba bromeando. Cuando se dio cuenta de que no era así, se puso muy seria.

—¿De verdad les hizo hacer eso? —añadió.

—No nos dejaba otra opción.

—Lo siento —dijo Marlowe.

—No se preocupe —replicó Law—. Venga conmigo.

—¿Adónde? —preguntó ella con voz melosa por el whisky.

—Ya lo verá.

Law dio unos pasos hacia atrás y se complació cuando vio que se deslizaba en el banco y se levantaba.

—Se le olvida que ya me han dado el tour oficial. Ya he visto todo lo que había que ver.

Con una mano en la cadera, ladeó la cabeza con un gesto arrogante que lo irritaba tanto como lo excitaba.

—No es algo que quiera que vea —dijo consciente de que el deseo había agravado su tono—. Es algo que quiero que haga.

Capítulo Cinco

«**T**iene que ser broma».

Era increíble la cantidad de veces en el día que Marlowe había recurrido a aquella frase. Estaba ante una caseta rodeada por una cerca de tela metálica que iba desde el suelo hasta los tejadillos de cada lado. Al final de la improvisada galería había una gran tapa redonda de un viejo barril de whisky colgaba de la pared, con una diana pintada.

En el centro de la diana había un hacha.

—No parece que le gusten las bromas.

Los músculos de los hombros de Law se marcaron bajo su camisa al sacar el hacha de la madera. Caminó hasta ella con paso lento y dejó el hacha en una mesa junto a otras de diferentes tamaños y formas.

—¿Acaso le parece una buena idea andar lanzando herramientas peligrosas después de haber consumido alcohol? —preguntó señalando la botella de whisky que estaba junto a las hachas.

—Una herramienta solo es peligrosa en manos de quien no sabe usarla.

Marlowe levantó la mano libre.

—Sí, esa soy yo. No tengo ni idea de cómo se usa un hacha.

Law dejó su copa en la mesa, cerca de la botella.

—Por eso voy a enseñarla.

—¿Para qué iba a querer aprender algo que no tiene ninguna aplicación en mi día a día?

Los labios de Law se curvaron al tomar el hacha que tenía más cerca.

—Lo mismo dije en el instituto sobre funciones cuadráticas y aquí estamos, a punto de calcular unas trayectorias.

Marlowe parpadeó atónita. No imaginaba que le daría una razón así.

—Necesita desahogarse —continuó él al ver que no decía nada—, y tengo una cantidad limitada de copas.

Marlowe dio un sorbo a su whisky y dejó su copa a un lado, consciente de que era un intento dolorosamente obvio de refutar su evaluación.

—Por favor, maestro de las armas, enséñeme ese arte sagrado de las armas que hará desaparecer por arte de magia mi aparente tensión.

La forma en que miró sus labios al decir aquello le produjo una fina capa de sudor en la nuca.

Law rodeó la mesa y se quedó frente al poste, a unos tres metros y medio de la diana. Luego le hizo una seña para que se acercara. Aquella invitación hizo saltar en su interior un chisporroteo.

Suspiró y aceptó.

—Va a tener que quitarse los zapatos —dijo mirando sus tacones.

Aunque la idea de perder altura no le entusiasmaba, la perspectiva de sentir el frío suelo de cemento bajo sus pies no le resultaba especialmente desagradable.

Marlowe se los quitó y la parte superior de su cabeza quedó a la altura de la barbilla de Law, que no pudo contener una sonrisa.

—Ahora, adelante un pie.

Dio un paso al frente y esperó a que ella hiciera lo mismo. Sujetó el hacha por la cabeza y le ofreció la empuñadura.

—Supongo que habrá jugado al golf.

Marlowe tomó el hacha con su mano derecha como si de un palo de golf se tratara.

—Parece que da por hecho muchas cosas.

Sin decir palabra, se colocó detrás de ella con la agilidad de un depredador. Se sintió invadida por su cercanía.

—¿Puedo?

Aquella palabra, pronunciada con su voz profunda y resonante hizo que se le pusiera la piel de gallina. Ya fuera por el whisky, la tormenta o la sensación de libertad, se sintió lo suficientemente relajada como para contestar sin vacilar.

—Puede.

Sintió el muro de su pecho cerca y los músculos abdominales que había visto al llegar a escasos centímetros de su espalda.

Y lo sintió.

Le cubrió la mano derecha con la suya y la guio por la madera pulida. Luego le tomó la izquierda y se la hizo poner en la empuñadura, justo debajo de la derecha.

El corazón de Marlowe cabalgaba desbocado. Su sangre se estaba quedando sin oxígeno porque se había olvidado de respirar.

—Bien —dijo desde detrás—. No haga tanta fuerza. Recuerde que lo que quiere es lanzarla.

Con un gran esfuerzo consiguió relajar los dedos.

—Sí, así —añadió y Marlowe sintió su aliento en la nuca—. Ahora va a levantarla hasta que la cabeza del hacha supere su hombro.

Una vez más la tomó de las manos, sus brazos cálidos y fuertes rodeándola.

—Eche las caderas hacia delante, incline el torso y deje que el movimiento mueva sus brazos.

Las crestas de sus caderas rozaron la parte baja de su espalda al pegar su torso al de ella. Luego hizo que sus cuerpos dibujaran una ondulación lenta y sensual que le hizo sentir humedad en las bragas.

A pesar de que lo intentó, no pudo detectar el bulto que habría revelado que sentía la misma excitación que ella.

Tampoco se sintió ofendida.

Justo cuando pensaba que moriría o ardería en llamas, Law le hizo echar el hacha hacia atrás por encima de sus cabezas y se detuvo cuando estuvo al nivel de los ojos.

—Suéltele cuando la empuñadura esté delante de su cara.

Marlowe asintió, tratando de mantener la concentración a pesar de que en su mente se formó una forma muy diferente de liberación.

—¿Lista?

Por supuesto que lo estaba. La pregunta resonó desde su pecho hasta la espalda de ella, provocando que sus pezones se endurecieran contra su sujetador.

—Sí —contestó.

Law se hizo a un lado y ella levantó los brazos. Le sorprendía lo pesada que era el hacha sin que él la ayudara a sostenerla.

—Un último consejo —dijo y a continuación se oyó cómo rellenaba las copas—. Mantenga la vista fija hacia donde quiera que vaya el hacha. Le ayudará pensar en alguien que le enfurezca.

—¿Se refiere a alguien que no sea usted? —preguntó medio en broma.

—Marlowe Kane. Puede partirme por la mitad si le place.

En aquel preciso instante, lo que quería era lo contrario. Cerró los ojos, respiró hondo y recordó el rostro de todos los hombres que le habían hablado con desprecio, que se habían adueñado de sus ideas o que la habían tratado como a una mascota. Neil, su padre y muchos más. Dejó que la rabia la invadiera y se extendiera por todo su ser como una corriente eléctrica.

Su cuerpo tomó el control, se balanceó hacia atrás y luego hacia delante mientras sus brazos giraban. Vio cómo el hacha salía volando, dando vueltas en el aire hasta que la hoja se clavó en la tapa del barril con un golpe sordo, justo a la derecha de la diana.

La adrenalina se le disparó en las venas y, antes de saber lo que estaba haciendo, siguió tirando un hacha tras otra hasta que todas quedaron clavadas en la madera. Marlowe no fue consciente de los sonidos guturales que estaba emitiendo hasta que oyó su eco en las paredes acanaladas y en las vigas de madera.

Se volvió y se encontró a Law allí parado, llevándose la copa de whisky a su boca entreabierta. Su aspecto debía de ser un espectáculo, descalza y jadeando, con las mejillas encendidas y los pezones marcados como dardos bajo la fina tela de la blusa.

Law se aclaró la voz tratando de mantener la compostura, pero incapaz de apartar los ojos de sus pechos mientras se acercaba a él.

—Se supone que ha de recoger el hacha después de cada tiro.

Marlowe tomó su copa y dio un sorbo, deleitándose en el sabor ahumado de la bebida.

—Eso no me lo había dicho.

—Si da contra otro hacha, el metal podría romperse y soltar esquirlas. O las astillas del mango impactar a alguien.

Una vez más, su mirada oscura viajó en sentido descendente.

Marlowe volvió a fijarse en la diana y en el círculo de hachas.

—Por suerte, no ha pasado.

Los truenos resonaron contra las vigas mientras la lluvia de intensificaba sobre el tejado de la destilería. Aquel deseo primitivo que había acelerado sus latidos había despertado una dulce tensión.

Sin apartar la vista de los ojos de Law, mojó un dedo en el whisky y se lo pasó por los labios. Él bajó los párpados. Cuando habló, su voz sonó ronca y grave.

—¿No decía que el calor acentuaba los sabores?

Sus nudillos se blanquearon por la fuerza con la que sujetaba su copa.

—Creo que esta es una decisión de la que se va a arrepentir.

Marlowe enganchó un dedo a la hebilla metálica de su cinturón y tiró de sus caderas hacia su vientre, consciente de que podía decir lo que quisiera. Solo aquella noche, solo allí, solo con él.

—Me gusta observarte, Law. Me gustan tus manos, tu boca, y quiero sentirlos en mi cuerpo. Lo llevo deseando desde que te vi por primera vez en Fair Weather Hall. Prefiero arrepentirme de tenerte que de marcharme mañana y no saber cómo hubiera sido. Tal vez tú no pienses lo mismo, y lo acepto, pero ahora ya sabes qué terreno piso.

Solo que había dejado de pisar el suelo. Sin apenas esfuerzo, Law la tomó de las caderas y la dejó sobre la mesa en la que estaban la botella de whisky y las copas.

Se había quedado casi a su altura, hecho del que se dio cuenta porque nunca lo había tenido tan cerca. Podía distinguir las vetas cobrizas alrededor de sus pupilas.

—¿Dónde? —preguntó él.

Marlowe se contuvo para no apartar la mirada.

—¿Dónde qué?

Law se echó hacia delante para que sintiera la calidez de sus labios.

—¿Dónde quieres que ponga la boca? —Donde quieras.

—No. Aquella noche en la terraza, el imbécil de tu prometido habló de lo que te excitaba. O me lo dices tú o no vamos a pasar de aquí.

¿Cómo expresar con palabras lo que le excitaba? Su sola presencia la excitaba tanto que era como si su cerebro hubiera sufrido un cortocircuito que la hubiera dejado sin palabras.

Law se separó un poco al percibir su indecisión.

—¿Aquí? —preguntó, acariciándole con mucha delicadeza el labio inferior—. ¿Por eso te manchaste los labios de whisky? ¿Querías que lo probara en ti?

Ella asintió con la cabeza, feliz de que hubiera adivinado acertadamente, por una vez, sus intenciones.

Law estiró el brazo para levantar su copa y dio un sorbo. Luego tomó su rostro entre las manos y le dijo con los ojos lo que no podía decirle con palabras.

Marlowe redujo el poco espacio que los separaba con los labios ligeramente entreabiertos.

Law dejó que el licor pasara de su boca a la suya para volver a tomarlo de ella con movimientos envolventes de su lengua. Marlowe estaba tan aturdida que tardó segundos en darse cuenta de que podía devolverle el beso.

Al principio vaciló, pero enseguida se unió a aquella danza dejando que su lengua se deslizara y acariciara la de él. Animada por sus gemidos, hundió los dedos en los mechones ensortijados que caían en su nuca. Nunca en sus veintinueve años había estado Marlowe con un hombre cuyo pelo fuera tan largo como para hacer aquello.

—¿Dónde más? —murmuró con respiración entrecortada.

Con las manos aún en su pelo, le ofreció el cuello y tiró de él. Law no perdió el tiempo y enseguida dejó un rastro de besos por su mentón, deteniéndose para lamer rincones especialmente sensibles, como la barba incipiente de su barbilla. Cuando llegó al lóbulo de su oreja, Marlowe se estremeció, sorprendida al sentir que la tomaba de la nuca al echar la cabeza hacia atrás llevada por el placer.

Allí permaneció un buen rato, explorando cada rincón hasta que ella no pudo evitar retorcerse de impaciencia.

Law levantó la cabeza y enfocó la vista. Trazó con un dedo la línea de su clavícula hasta llegar a la base de su cuello y entonces bajó, deteniéndose al rozar la tela de su blusa.

—¿Lo siguiente?

Si Marlowe no se hubiera acordado de que no tenía muda, se habría arrancado la blusa haciendo saltar los botones. De hecho, no estaba segura de que el temblor de sus manos le permitiera desabrocharse los botones. Por suerte, Law rápidamente se ocupó con una mano.

Lo ayudó quitándose las mangas y se quedó con el sujetador, la falda y las medias.

—No tan rápido —dijo impidiendo que Marlowe se soltara el sujetador.

Laurent Renaud no era un hombre al que le gustaran las prisas.

Solo después de haber explorado la curva de su hombro le bajó los tirantes, buscó el cierre del sujetador y se lo quitó.

En ese momento hizo una pausa y la miró con detenimiento.

Marlowe sintió que el estómago se le encogía. Nunca se había sentido a gusto desnuda. Consideraba que tenía los pechos pequeños, los pezones grandes, las caderas angulosas y los hombros demasiado anchos. Esperaba superar aquella parte rápidamente como siempre había hecho con Neil, a quien nunca le había importado.

—¿Cómo estás de verdad?

Con mucha delicadeza fue deslizando los nudillos por su esternón y luego por un lado de sus costillas para volver por el otro. Su piel ardía bajo aquellas caricias hasta que, por fin, acercó la boca a uno de sus pezones rosados. Con la punta de la lengua dibujó un círculo alrededor antes de mordisquearlo con los dientes.

La sensación de placer se extendió desde su pecho hasta sus entrañas como si se tratara de uno de los rayos que en aquel momento rasgaba el cielo. Arqueó la espalda empujándose contra su boca glotona. Justo cuando pensaba que no podría soportarlo más, Law se concentró en el otro pecho, avivando un nuevo fuego.

No pudo contener los jadeos y Law volvió a moverse, tomando de nuevo su boca. Se devoraron mutuamente, batiéndose en duelo como llevaban haciendo desde el momento en que se habían conocido, provocándose mutuamente con una audacia mucho más embriagadora que el whisky al que sabían.

Marlowe tiró del borde de su camiseta y se la sacó por la cabeza antes de dejarla a un lado. Luego separó las rodillas y enganchó los tobillos alrededor de sus pantorrillas. Con sus manos ávidas le subió la falda hasta

las caderas, la tomó del trasero y la acercó al borde de la mesa, donde su entrepierna húmeda se encontró con su miembro erecto bajo la tela de sus pantalones.

Ella gimió en su boca y arqueó las caderas para intensificar aquella deliciosa fricción. Entonces sintió las primeras contracciones.

Con una sonrisa pícaro en los labios, la empujó suavemente hasta que la piel de su espalda entró en contacto con la fría superficie de madera.

—Me gustaría que pudieras verte —dijo poniéndola la mano sobre el corazón—. Estás preciosa así.

—¿Así cómo?

Levantó la mano de su pecho y alargó el brazo por encima del hombro de Marlowe para mojar un dedo en su copa. Con una gota del líquido dorado dibujó una línea desde su ombligo hasta sus bragas negras.

Se echó sobre ella y se aferró a sus caderas por encima del tejido de su falda, dejando un rastro de besos hasta deslizar la lengua bajo la cinturilla de sus bragas. Entonces volvió sobre sus pasos, frotando su mejilla contra su piel sensibilizada por sus labios y su lengua.

Se estremeció de la cabeza a los pies. Aquello pareció agrandar a Law, que se quedó mirándola con gesto atrevido.

Marlowe se incorporó apoyándose en los codos para ver cómo le bajaba las bragas por las piernas antes de caer de rodillas. Allí continuó con sus placenteras arremetidas, besando, lamiendo, chupando... Lo que no hizo con la boca lo hizo con las manos.

El contacto era constante. Necesitaba saborearla, respirarla, sentirla... Quería todo de ella.

Acostumbrada a vivir sola el noventa y nueve por ciento del tiempo, Marlowe nunca había dedicado demasiada atención a su cuerpo más allá de proporcionarle ejercicio, hidratación y una adecuada nutrición.

Allí estaba él, haciendo que su cuerpo cobrara vida de una forma que jamás había creído posible hasta esa noche, bajo sus manos.

Cuando sus labios alcanzaron su entrepierna, había llegado a un punto tan febril que se sentía al borde del precipicio.

A la vista de cómo se retorció, Law la miró arqueando una ceja.

—¿Tan pronto quieres que deje de divertirme?

—¿Divertirte?

Sus pechos desnudos subían y bajaban al ritmo de su respiración.

—No te equivoques —dijo besándole el lunar que tenía en el interior de un muslo—. Mi parte favorita es conseguir que te pongas húmeda.

Para confirmar que lo estaba consiguiendo, deslizó sus dedos arriba y debajo de sus pliegues resbaladizos.

—Oh, preciosa —susurró profundizando aún más.

No hizo falta nada más. Apenas rozó su clítoris, todo su cuerpo se convulsionó. Sacudida tras sacudida renunció a toda muestra de decoro o autocontrol y aulló mientras se retorció.

Law sostuvo sus piernas temblorosas. Su rostro se transformó cuando las sacudidas cesaron.

—No ha estado mal, pero creo que puedo hacerlo mejor.

—¿Hacerlo mejor?

Aunque Marlowe se sentía como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos, se las arregló para levantar la cabeza.

—¿Acaso pensabas que había terminado?

Sus manos encontraron el punto donde sus muslos se encontraban con sus caderas. De nuevo, volvía a sentir aquel hormigueo en la piel.

—Sí —contestó ella demasiado rápido—. Quiero decir no. Me refiero a que pensaba que íbamos a...

—Y claro que lo haremos —replicó deslizando las manos por sus piernas hasta llegar a las rodillas.

Luego, con la mirada puesta en sus ojos, se las separó a la misma anchura de los hombros.

—Pero no hasta que haga que te corras siete veces.

—¿Siete?

—Una por cada hacha que has lanzado. Además, el siete es mi número de la suerte.

Se echó hacia delante, tomó sus pezones entre los dedos y empezó a pellizcarlos suavemente.

Marlowe abrió la boca para protestar, pero entonces su lengua se encontró con la suya y sus manos empezaron a moverse. Por mucho que lo intentó no pudo recordar por qué aquello le había parecido una mala idea.

Capítulo Seis

Law se maldijo a sí mismo por ser un completo idiota.

Cada vez que veía a Marlowe Kane correrse, mayor era su deseo de hundirse en ella. Ya llevaban cinco veces y no soportaba la tensión en los pantalones.

Hizo una pausa para desabrocharse el cinturón, pero se le adelantó Marlowe, que rápidamente se sentó, desabrochó el botón y tiró de la cremallera con manos temblorosas.

Era lo más cerca que la había visto de expresar sus ansias.

Después de haber observado la forma tan comedida con la que se comportaba, se había preguntado si alguna vez había permitido que alguien le diera placer.

A juzgar por cómo estaba reaccionado hasta el momento, sospechaba que sabía la respuesta. Reacción. Había estado con muchas mujeres, pero no recordaba a ninguna tan receptiva al contacto físico.

Si no estuviera tan inmerso en aquella tormenta de lujuria, se habría subido a su camioneta y habría conducido las cinco horas hasta Filadelfia solo por tener una pequeña conversación con Neil.

Dejar insatisfecha a una mujer tan hermosa y apasionada era, a su modo de entender, un pecado imperdonable.

Claro que él también estaba necesitado de placer. Hacía más de un año que Jessica lo había dejado y ya antes de eso su relación se había enfriado.

Law apartó aquellos pensamientos de su cabeza, decidido a saborear del momento. Tenía que disfrutar de aquello mientras durara.

O mientras él durara.

Al sentir su mano recorriendo la longitud de su miembro, supo que estaba en riesgo inminente de correrse tan rápido como ella. Echó las

caderas hacia atrás, conmovido por la expresión de Marlowe. Parecía decepcionada por haberle quitado aquello que tanto lo interesaba.

—¿Así que tú puedes tocarme todo lo que quieras y tu herramienta está fuera de mi alcance? —preguntó.

—¿Herramienta? ¿Acaso tienes aversión a emplear términos de la anatomía?

Law se apoyó en la mesa, se quitó una bota, después la otra y por último los calcetines.

Ella se sentó más erguida. Su porte digno a pesar de estar semidesnuda y con la falda subida hasta las caderas lo estaba volviendo loco.

—No tengo aversión a nada, solo quería destacar que no estamos en igualdad de condiciones.

La parte fría y calculadora de su cerebro parecía estarse recuperando después de los orgasmos y volvía a funcionar a todo gas.

—Me vuelve loco cuando hablas así.

Se bajó los pantalones hasta los tobillos y los hizo a un lado. Los calzoncillos apenas ocultaban su potente erección.

Marlowe bajó la vista y se quedó boquiabierto unos segundos antes de unirse en una línea.

—¿Quieres quitármelo? —preguntó él dando un paso hacia delante.

Ella se cruzó de brazos sobre sus pechos desnudos.

—¿Es lo justo, no?

Algo en su actitud cambió. Sus pupilas se dilataron y su mirada se suavizó.

—No —añadió—. Prefiero mirar.

Su tono sensual avivó el calor que sentía en la entrepierna. Law se llevó los dedos a la cinturilla de sus calzoncillos y se los bajó lentamente hasta quedarse completamente desnuda ante ella.

Marlowe fijó la mirada en aquella parte de él que tanto llamaba su atención mientras se mordía el labio inferior. Entonces su expresión volvió a cambiar y ladeó la cabeza, observándolo.

—¿Vas a hacer algo al respecto? —preguntó ella deslizando los dedos por la pequeña mancha de vello de su entrepierna.

La combinación de aquella imagen con su voz grave y sensual dinamitó su autocontrol. En dos pasos acortó la distancia que los separaba, la tomó por la parte de atrás de las rodillas y tiró de ella hasta el borde de la mesa.

—Siéntate derecha —le ordenó—. Si prefieres mirar, vas a mirar.

Se empujó con las manos para erguirse. Tenía las mejillas encendidas y clavó los ojos en su rostro. Estaba nerviosa.

—Lo cierto es que no.

Law echó las caderas hacia delante, arrancándole un gemido al acercar su miembro a su sexo. Repitió el movimiento una vez y otra hasta que ella empezó a mover sus caderas al unísono.

—Eso es lo que pasa cuando uno está excitado —dijo él—. Si un hombre no te hace esto, no se merece el honor de disfrutar de tu cuerpo.

—Por favor —susurró con voz entrecortada.

—He dicho siete y van a ser siete.

Marlowe se aferró al borde de la mesa y empezó a retorcerse. Los jadeos dieron paso a gemidos de placer. Mientras continuaba con aquel movimiento de lado a lado, Law advirtió que su vientre empezaba a temblar.

—Eso es, preciosa.

Un estremecimiento la sacudió y se agarró a sus antebrazos mientras un fluido cálido lo bañaba.

Las mejillas de Marlowe se sonrojaron aún más.

—Yo no... Yo nunca...

—Ahora sí —dijo inclinándose para besarla en los labios—. Y permíteme que te diga que no va a ser la última vez.

El beso se volvió apasionado, exigente. Sus manos estaban por todas partes, hundidas en su pelo, recorriendo sus hombros, su pecho, su abdomen...

—Por favor —repitió y acercó los labios a su oreja—. Quiero sentirte.

—No he traído protección —dijo lamentándolo.

De hecho, hacía tanto que no le había hecho falta que ni siquiera sabía si seguía quedándole algún preservativo en el cajón de los calcetines.

Marlowe palmeó su trasero y arqueó las caderas para sentir su erección.

—Tomo la píldora.

Law sintió alivio hasta que recordó por quién había estado usando métodos anticonceptivos.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Lo miró con los ojos entornados y sus labios hinchados esbozaron una sonrisa sensual. Lo rodeó con su pierna y plantó el pie en su gemelo.

Aquel pequeño gesto de ternura desencadenó una sensación cálida en su pecho. No recordaba la última vez que se había sentido así.

Pero ¿deseado por una mujer como Marlowe Kane? Jamás en sus treinta y cuatro años.

Le acarició el muslo desde la cadera a la rodilla y entonces le levantó la pierna y se la llevó al hueco del codo. Lentamente se inclinó hacia delante hasta poner esa mano en la mesa. La otra, la dejó libre para explorar.

Y eso fue lo que hizo.

Comenzando por su mentón, fue memorizando las líneas de su cuerpo como lo haría una persona ciega, deslizando la mano por su cuello, rodeando la curva de su pecho, las crestas de sus caderas, el montículo de su sexo... En ese punto, empujó con el talón de la mano y se ganó una mirada interrogante.

—Confía en mí —le dijo.

Era una extraña petición teniendo en cuenta el momento.

Law suspiró mientras se hundía lentamente en sus pliegues aterciopelados y se detuvo bruscamente al ver que sus labios se torcían en una mueca.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió y esbozó una sonrisa.

A pesar de que estaba mojada, Law supuso que aquella resistencia era fruto de la tensión acumulada.

—Inspira hondo.

Vio cómo su caja torácica se expandía y retenía la respiración.

—Un poco más —dijo y esperó a que lo hiciera—. Muy bien. Ahora suelta el aire.

Su pecho se desinfló y las paredes de terciopelo que lo flanqueaban se relajaron.

—¿Mejor? —preguntó él.

—Mucho mejor.

—¿Sigues conmigo?

Lo preguntaba tanto para confirmar su deseo de continuar como para valorar si había abandonado su cuerpo para entregarse al implacable motor de su mente.

Marlowe levantó la mano y le apartó de la frente un rizo húmedo.

—Sí.

Entonces Law empezó a moverse de nuevo, sorprendiéndola cuando su miembro se hundió allí donde había estado su mano. Se quedó inmóvil y luego echó las caderas hacia atrás y volvió a empujar para repetir la sensación.

Esta vez, ella ahogó un grito de sorpresa.

—¿Todo bien?

La espalda se le llenó de gotas de sudor. Tenía todos los músculos tensos por el esfuerzo de contenerse.

Marlowe enroscó su pierna alrededor de la de él y lo fulminó con la mirada.

—Más.

Era toda la provocación que necesitaba.

Salió completamente y volvió a hundirse de nuevo buscando el ángulo para hacerlo más profundamente. Con cada embestida, el placer aumentaba, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera.

Si tenía alguna duda sobre su capacidad para tomar todo lo que tenía que ofrecerle, enseguida desapareció con los sonidos casi musicales que emitía cada vez que la embestía. Deseaba oír aquel sonido una y otra vez.

Marlowe ancló los tobillos en la zona baja de su espalda y tiró de un mechón de su pelo. Aquella punzada de dolor solo sirvió para que el placer aumentara.

Él respondió de la misma manera, enroscando un dedo en su pelo sedoso, a la altura de la nuca y tirando de ella hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros.

Se aferraron el uno al otro, incitándose mutuamente hacia la conclusión de la batalla que había comenzado la primera vez que se habían mirado a los ojos. Sintió que se contraía alrededor de él mientras le clavaba las uñas y le mordía en el hombro. La sensación recorrió todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo, llevándole al borde del abismo.

Law rugió mientras se derramaba dentro de ella con unas intensas palpitaciones. Se desplomó sobre ella y el sudor pegó sus torsos. Sus corazones latían desbocados.

Cuando recuperó el control de sus extremidades, se levantó lo suficiente como para ver su rostro, temiendo lo que podía encontrarse: arrepentimiento, disgusto, desilusión o, lo que era incluso peor, tristeza.

Sin embargo, lo que se encontró le sorprendió tanto como le maravilló: diversión.

—Parece que esto no le ha venido muy bien a tu cristalería — comentó Marlowe mirando el borde de la mesa.

Solo quedaban la botella de whisky y una copa. La otra se había caído al suelo de cemento y había trozos de hielo en un pequeño charco de líquido ámbar.

—Te perdono.

Law se irguió lentamente, localizó sus pantalones y se los puso.

—No recuerdo habértelo pedido.

Marlowe se bajó la falda y se deslizó hasta el borde de la mesa con la vista puesta en su sujetador y su blusa entre la maraña de ropa.

—No te muevas —dijo poniéndole una mano en el pecho para detener su impulso—. Voy a barrer los fragmentos.

—Primero, no me llamo Layla y segundo, no sé si te has dado cuenta de que tú tampoco llevas zapatos.

—Tal vez —admitió—. Pero estoy seguro de que he pasado mucho más tiempo descalzo que tú.

Se agachó a recoger la ropa y los zapatos, y se los entregó en un gurrño.

—Buena apreciación —dijo mientras se ponía el sujetador y la blusa—. Fair Weather Hall fue construido sobre una antigua granja y mi madre siempre nos advertía de que podíamos contraer el tétanos con los clavos oxidados.

Law metió los pies en sus botas de trabajo y se acercó al rincón donde había una escoba y un recogedor.

—¿Lo has contraído alguna vez? —preguntó ella.

—No, pero dos de mis hermanos sí.

Una vez calzada, Marlowe se bajó de la mesa.

—¿Cuántos hermanos sois?

—Cuatro —contestó mientras recogía los fragmentos de cristal.

—¿Remy es el mayor?

—Prácticamente sí.

Desde su posición de cuclillas, Law se fijó en sus piernas finas y torneadas moviéndose alrededor de la mesa. Al reparar en sus zapatos negros de piel, se arrepintió de no haber insistido antes en que se los dejara puestos.

—A efectos prácticos, sí.

Los zapatos se detuvieron a su lado. Su aspecto impecable contrastaba con el caos de cristal y alcohol esparcidos por el suelo.

—¿Qué quieres decir?

—Bastien acondicionó un contenedor de carga y está viviendo en algún rincón de los bosques de Maine. A Augustin llevamos sin verlo desde el verano pasado.

Marlowe se acuclilló a su lado y le sujetó el recogedor para que pudiera sujetar mejor la escoba.

—¿Se perdió?

—Digamos más bien que no quiere que lo encuentren.

Law barrió los últimos trozos y se levantó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, ayudándose de la mesa para ponerse de pie.

Law confiaba en que perdiera el interés y cambiara de tema. Pero se equivocaba.

Llevaba toda su vida haciendo aquel ejercicio, decidiendo cuánto contar y a quién.

—Porque probablemente tenga miedo de lo que le haría si lo encuentro.

—¿Por qué? ¿Qué hizo?

Law se acercó a la papelera y tiró los restos de cristal antes de volver a la mesa. Descorchó la botella y dio un trago.

—Muchas cosas.

—¿Podrías ser más específico?

Law suspiró.

—Robar en la destilería, por ejemplo.

Ella frunció el entrecejo, sorprendida.

—¿En serio?

—Tardé tiempo en darme cuenta. Augustin mentía mejor de lo que imaginaba. O eso, o soy un blanco fácil. No sé qué es peor.

Dio otro sorbo de whisky y sintió el ardor del líquido bajando por su garganta.

No tenía por costumbre paladear con tanto entusiasmo sus propios productos, y menos en una noche entre semana, pero aquella no era una conversación para mantener totalmente sobrio.

—¿Cómo te enteraste?

Law sonrió con amargura.

—Nada más poner en marcha la destilería, Augustin se encargaba de todo lo relacionado con las ventas. Siempre fue un granuja al que se le daba muy bien tratar con la gente.

—Una habilidad que heredó de tu padre, ¿no? —se aventuró a preguntar.

Luego, en lo que parecía un acto conciliatorio, se sirvió whisky en la única copa que había sobrevivido.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Law, sorprendido.

—Imagino que la capacidad de adivinar lo que piensa la gente y de actuar en consecuencia ha tenido que ser una gran ventaja para tu padre a la hora de invertir en los negocios.

Con la mirada perdida, dio un sorbo al líquido rojizo, lo que llevó a Law a pensar que los patriarcas de los Kane y de los Renaud tenían mucho más en común de lo que pensaba.

—Tienes razón. En junio pasado, Augustin viajó a Washington a reunirse con unos posibles clientes. No dio señales de vida durante días, algo habitual en él, así que no me preocupé. Hasta que al cuarto día sin saber de él, al llegar a casa, descubrí que Jessica, mi novia, se había marchado.

—¿Como que marchado?

—Sí, marchado. Había vaciado armarios, cajones... Llevaba recorrida media casa cuando vi una carta en la encimera de la cocina.

Law se sentó al borde de la mesa, a su lado.

Si esperaba que la combinación de tiempo y whisky limara las asperezas de aquel día, se había equivocado totalmente. Todavía recordaba cómo sus manos se habían abierto involuntariamente cuando había entrado en el dormitorio que compartían y no había encontrado ninguna de sus cosas. La botella de Dom Pérignon había caído al suelo y había explotado, regando el ramo de peonías rosas.

—¿Qué decía?

Aquella pregunta de Marlowe lo devolvió al presente.

—Que lo sentía, que en los últimos dos años nos habíamos distanciado. Se había enamorado de Augustin sin pretenderlo y sentía que tenían que construir una vida juntos.

Marlowe se acercó y su cadera quedó junto a la cara externa de su muslo.

—Lo irónico es que yo pensaba que era lo que había estado haciendo —dijo y señaló el almacén que los rodeaba—. Construir una vida con la destilería, la casa, el terreno...

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Seis años —dijo Law—. Cuatro de ellos muy buenos.

Marlowe sacudió la cabeza.

—No puedo creer que no te lo dijera a la cara.

—Creo que lo intentó —dijo Law, dándole la botella de whisky—. Llevaba un tiempo diciéndome que teníamos que hablar más, que trabajaba

demasiado. Pero estaba tan concentrado en 4 Thieves que no me daba cuenta de lo que estaba pasando delante de mis narices.

—¿De qué se trataba?

Le puso una mano en la espalda y Law se sintió conmovido por aquel sutil intento de reconfortarlo, así que continuó.

—Al parecer, necesitaban mucho dinero para esa nueva vida que estaban construyendo. Augustin había pedido una segunda línea de crédito, ofreciendo como garantía el negocio, y no atendió los pagos.

—Cielo santo —exclamó Marlowe—. Casi me da miedo preguntar cuánto.

—Cincuenta mil dólares.

Al decir la cantidad en voz alta se reavivó el fantasma de aquel temor que había sentido a altas horas de la noche mientras revisaba el papeleo y se devanaba los sesos para saber cómo iban a conseguir el dinero.

Lo había conseguido, pero a costa de emplear los fondos que tenían reservados para la siguiente fase de su expansión. Ya habían contactado con contratistas, encargado equipos y contratado a consultoras de gestión de proyectos. Había tenido que llamarles para decirles que todo se posponía.

Durante todo el tiempo, Law había recordado la humillación que de niño había sentido cuando su padre lo mandaba al mercado sin dinero suficiente para comprar todo lo de la lista. Se ponía rojo como un tomate mientras el resto de clientes de la fila empezaba a suspirar y a hacer comentarios mientras él decidía qué dejar.

—¿Qué hiciste? —preguntó ella.

Law se encogió de hombros.

—¿Qué podía hacer?

—¿Llamar a la policía? ¿Contratar un abogado?

—Augustin era titular de la cuenta y uno de los socios de 4 Thieves, así que lo que hizo no fue ilegal.

Marlowe se puso de pie.

—Tu hermano te engaña, tiene una aventura con su novia, te roba dinero del negocio ¿y vas a permitir que se salga con la suya?

—¿Qué alternativa tengo? ¿Demandar a mi hermano, pagar una fortuna a un abogado? ¿Y para qué? ¿Para dejarlo en la quiebra?

—Law, te robó.

Alargó el brazo para tocarlo, pero él la esquivó.

—Como le enseñaron. Como nos enseñaron a todos.

Se levantó de la mesa y se volvió hacia la destilería.

—No estoy diciendo que lo perdone ni que vaya a olvidar lo que pasó, pero entiendo por qué lo hizo. Haré lo que haga falta para que 4 Thieves crezca, pero no a costa de añadir más sufrimiento al balance de Renaud. Ya hay suficiente para varias vidas.

Marlowe se colocó a su lado. Sentía la calidez de su brazo.

—Por eso estás interesado en asociarte con Kane Foods.

Law la miró y se sorprendió al ver aquella expresión de dolor en sus ojos.

—Sí.

—Entiendo —asintió Marlowe y su expresión se suavizó.

Law se acercó a la mesa y apuró la copa antes de levantarla en un brindis.

—Et voilà. Ahora ya conoces toda la historia y tienes todos los datos que necesitas para ayudar a tu padre a dar el siguiente paso. Haz con ello lo que quieras —dijo y después de tapar la botella de whisky, la tomó y se volvió hacia ella—. ¿Vamos? Ha dejado de llover.

Apagó la luz y la zona de tiro de hachas quedó en la misma penumbra que el almacén y el restaurante. Se dirigieron a la puerta y Law puso la alarma. Después de que emitiera un pitido, Law le sujetó la puerta.

—No creo que tengamos problemas para llegar a la casa.

—¿Está cerca de las cabañas de los empleados? —preguntó mientras se metía la blusa por la falda al salir—. Remy me ha preparado una de las cabañas.

Tras la lluvia, el ambiente nocturno anunciaba la llegada del otoño. La humedad, el frío, el olor a tierra, la caída de las hojas... A lo lejos, más allá de los árboles, los relámpagos seguían iluminando el cielo.

—No está lejos —respondió Law—, si eso es lo que quieres.

—¿Y qué es lo que tú prefieres? —preguntó ella.

No era algo que solieran preguntarle, pero rápidamente respondió.

—Tenerte en mi cama.

Marlowe vaciló un instante antes de meterse en el asiento del pasajero y lo atravesó con una mirada de deseo que se estaba convirtiendo en algo habitual.

—Allons-y, Laurent Renaud.

Su tono sensual lo hizo lanzarse al asiento del piloto. La tormenta de fuera amainaba, pero la tempestad de su interior no había hecho más que empezar.

Capítulo Siete

«¿Qué demonios he hecho?».

Marlowe se despertó con un martilleo en la cabeza y una extraña pesadez en piernas y brazos. El martilleo era solo culpa suya. Había bebido demasiado whisky, y con avidez.

La pesadez tenía dos causas. Por un lado, a lo profundamente que había dormido y por otro, al hombre con el que se había acostado.

Sentía presión en la coronilla, allí donde apoyaba Law la barbilla. Tenía los brazos aprisionados sobre los pechos desnudos por el antebrazo de él. Su pierna entrelazaba las suyas y su espalda descansaba contra su pecho y estómago.

Y, tal y como acababa de descubrir, algo duro y creciente se apretaba contra la curva de su trasero.

Si no encontraba la manera de liberarse pronto, seguramente irían a por la siguiente ronda. ¿La cuarta? ¿La décimo séptima? En algún momento entre el anochecer y el amanecer había perdido la cuenta.

Marlowe Kane no tenía ni idea de cuántas veces había tenido sexo con el hombre dueño de la destilería que tenía que auditar.

Aquella idea le provocó un sentimiento de culpabilidad y pánico.

Todavía adormilada, recorrió con la vista la habitación en busca de algún dispositivo para saber la hora. Sus ojos se posaron en una radio despertador de las que solo quedaban en los hoteles.

Al principio no podía creer lo que veía. Las diez y diez.

Contuvo el impulso de incorporarse.

Cualquier otro martes estaría en la reunión del comité ejecutivo. La imagen de su padre presidiendo la gran mesa de juntas de la que ella estaba ausente resultó ser el estímulo que necesitaba. Debía ir a la oficina de la destilería, acabar de revisar la documentación y largarse de allí.

Con el sol bañando sus piernas entrelazadas y las sábanas revueltas, Marlowe comenzó a deslizarse fuera de la cama. Primero las manos, luego los brazos y después las piernas en una serie de movimientos que apenas alteraron la respiración profunda y pesada de Law. Cuando por fin fue capaz de apartar la pelvis de la única parte de él que parecía despierta y llegar al borde de la cama, suspiró.

El alivio duró poco.

Nada más poner los pies en el suelo, su cuerpo le recordó todo lo que había hecho. El cansancio de sus muslos, el dolor en el punto donde se habían encontrado, la sensibilidad de sus pezones...

Se alejó de puntillas de la cama y se puso a buscar su ropa. Las bragas colgaban de una esquina del cabecero de caoba, la falda estaba tirada en un banco que había a los pies, la blusa había llegado hasta una butaca de cuero que había en un rincón. Al recogerla, reparó en los libros que había apilados en la pequeña mesa de al lado y leyó los títulos: Deconstruyendo la masculinidad tóxica; Lloro como un hombre; El cuerpo recuerda: mente y cuerpo en la superación de los traumas.

Sorprendida, volvió la atención al hombre que estaba en la cama y cuya erección era evidente bajo las sábanas.

Enseguida se le humedecieron las bragas, dejando claro un hecho que entendió con claridad. Si no salía de allí inmediatamente, la libido se le dispararía y no se separaría de Law en una semana.

Le dirigió una última mirada antes de salir de la habitación y dirigirse hacia la escalera. Por suerte, a pesar de lo viejos que eran los tablones de madera del suelo, no crujieron al entrar en el salón a por sus zapatos.

Uno estaba al lado de la puerta y el otro entre las fauces de Layla, la perra de Law.

Se miraron con desconfianza. Layla bajó la cabeza sobre su trofeo. Marlowe apretó los puños con determinación. Por un momento consideró la posibilidad de marcharse descalza, pero recordó el precio que había pagado por aquellos zapatos y su conversación sobre el tétanos y se lo pensó mejor.

Decidida, se acercó a la puerta con pasos lentos sin perder contacto visual. Una vez recogió el zapato que estaba junto a la puerta, se lo metió debajo del brazo y avanzó hacia el animal, mostrándole las palmas de las manos.

—Buena chica —susurró.

Layla se pasó la lengua por el hocico y empezó a olfatear. Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

Marlowe se agachó para recoger una pelota de tenis, tratando de mantener un gesto neutral.

—Mira lo que tengo —dijo moviendo la pelota—. ¿No te gusta más esto?

La perra resopló, bajó la cabeza y empezó a mordisquear la puntera del Louboutin de Marlowe.

—¡No! —exclamó agitando las manos—. ¡Mala chica!

Layla cubrió su trofeo de saliva y continuó mordiendo el zapato.

—Ya está bien.

La ira se impuso al miedo, y Marlowe acortó la distancia y se agachó al lado de la perra.

—Sé que estoy en tu territorio, pero en cuanto me des lo que quiero, me iré. Tú me das mi zapato, te quedas con tu dueño y todo el mundo feliz. ¿Trato hecho?

—Suéltalo.

Aquella voz profunda desorientó a Marlowe hasta el punto de que soltó la pelota de tenis.

Por suerte, Layla también se sobresaltó y Marlowe le arrebató el zapato antes de que saliera de su asombro. Después de intercambiar una mirada con su oponente de cuatro patas, Marlowe se puso de pie y se volvió lentamente hacia él.

Law estaba al pie de la escalera, descalzo y vestido tan solo con unos calzoncillos. Su expresión era seria.

—No sé qué me resulta más alarmante, si que te hayas escabullido sin despertarme o que estés negociando con mi perra.

—No me estaba escabullendo —dijo—. Es solo que no quería despertarte.

Él la miró arqueando una ceja y dejó caer los brazos a los lados.

—¿Por qué?

La lengua se le había pegado al paladar por efecto de la deshidratación de la resaca y tuvo que hacer un esfuerzo para poder hablar.

—Porque tengo que trabajar esta mañana antes de...

—¿Volver a la ciudad? —la interrumpió.

Sintió alivio de que la hubiera liberado de la carga de ser ella la que lo dijera. Ambos sabían que su marcha era inevitable. Esa noche había sido el final, no el principio.

—Sí.

—¿Acaso pensaba que si me despertaba te iba a impedir que te fueras? —preguntó avanzando hacia ella por la alfombra.

El sudor había empezado a humedecer sus axilas.

—Pensé que sería más fácil.

—¿Más fácil el qué? ¿Enfrentarte al hombre con el que te has acostado y al que solo habías visto una vez? ¿El hombre cuya contabilidad has estado auditando por orden de tu padre?

Marlowe se sonrojó.

—Eso no es lo que iba a decir.

Law se sentó en el brazo de una butaca reclinable.

—Pero es lo que querías decir.

—No me conoces tan bien como para saber qué quería decir.

Se acercó al sofá, tomó la camiseta que él se había quitado en algún momento de la noche y empezó a limpiar el zapato.

Law se quedó mirándola cruzado de brazos.

—Sé que sueñas como una tetera cuando estás excitada.

Su rubor aumentó.

—Eso no es aplicable en esta situación.

—Sé que no quieres ser dama de honor en la boda de tu hermano porque piensas que el vestido te hace parecer una mantis religiosa.

Marlowe se quedó de piedra al imaginarse el vestido verde claro.

Si sabía eso, ¿qué más le habría dicho en pleno arrebató pasional? ¿Su número de la seguridad social? ¿El código identificador del fondo de la familia Kane? ¿La contraseña para acceder a su cuenta bancaria en Suiza?

—Eso no tiene nada que ver.

Dejó los zapatos en el suelo y se los puso.

—Mais non, cher —dijo levantándose, y se acercó a ella—. Yo creo que sí tiene que ver.

Su olor se había vuelto más intenso durante la noche y Marlowe sintió que las piernas le flaqueaban.

—¿Y cómo es eso?

Law la rodeó como si estuviera evaluando una escultura en una galería antes de comprarla.

—Según lo veo yo, ponerte un vestido que no te gusta es como venir aquí por orden tu padre. En ambos casos, estás actuando contra tu verdadera naturaleza. Antes o después acabarás... —dijo y le pasó un dedo por la nuca mientras le acercaba los labios a la oreja—, explotando.

Y lo había hecho, una y otra vez.

—Supongo que pasará en un futuro inmediato.

A pesar de su tono gélido, sintió que el calor aumentaba entre ellos, si es que alguna vez se había apagado.

—Quédate.

A lo lejos se oyó un gallo cantar.

—Quédate —repitió—. Una noche, una semana, lo que quieras.

—¿Para qué iba a hacerlo?

—Porque quiero.

La franqueza de su respuesta la hizo replegarse.

—No sé por qué. Estoy segura de que no faltan mujeres dispuestas a... calentar tu cama.

—Eso es —dijo rodeándola por la cadera desde atrás—. Una cama caliente no es lo que necesito.

—Entonces ¿qué necesitas?

Se mordió el labio, feliz de que no pudiera verle la cara. ¿Tanto había diezmado Neil su autoestima que se entusiasmaba por unas palabras amables?

—Sacarte de mi cabeza —respondió deslizando los dedos por sus costillas.

Marlowe tragó saliva. Pensaba que diría algo así como que lo había pasado bien con ella y quería repetir. Practicidad y conveniencia, factores plenamente comprensibles, ¿pero aquello?

Le sorprendía aquel reconocimiento en un hombre que apenas veinticuatro horas antes no emitía más que monosílabos.

—No sabía que te interesara.

—Así es —replicó y le llevó la mano a su miembro erecto por encima de sus pantalones—. No he podido dejar de pensar en ti desde que te vi bajando la escalera como un ángel vengador.

Ella esbozó una sonrisa incrédula. No era así como recordaba su entrada.

—El caso es que no he dado pie con bola desde entonces y es cuestión de tiempo que la gente se dé cuenta. Ahí es donde empiezan los verdaderos problemas.

Marlowe se dio cuenta de que le había soltado la mano, pero ella seguía aferrada a su erección. De hecho, había aumentado el ritmo de sus movimientos.

—Son problemas que a mí no me afectan.

—Ahí es donde... —dijo y jadeó al sentir que le acariciaba la punta del pene con la palma—, te equivocas.

—No lo creo posible. Con las estadísticas en la mano, solo me equivoco un tres por ciento de las veces.

Con dedos temblorosos encontró la apertura de sus calzoncillos y deslizó la mano dentro.

—Esas matemáticas no me resultan muy creíbles.

Buscó la apertura de su falda y hundió el puño en la tela, pero Marlowe apretó los muslos antes de que pudiera continuar su exploración.

—Pues te aseguro que el dato es correcto.

—Tendré que hacerte una visita para que puedas explicármelo. Tal vez me pase a saludar por tu oficina —dijo y contuvo la respiración al sentir que cerraba los dedos alrededor de su miembro.

—No te atreverías.

—¿Estás segura?

Lo cierto era que no.

La imagen de él apareciendo en la puerta de su despacho la devolvió a la realidad. No importaba cómo reaccionara la gente del piso veinticinco a su presencia. Una situación que podía evocar con muy poco esfuerzo.

—¿Una noche más? —preguntó ella—. ¿Eso es todo?

—Ajá.

Aquella vibración de su voz le puso el vello de punta.

Una vez asimilada la idea, Marlowe tenía que admitir que la idea de pasar otra noche en la cama de Law no le resultaba desagradable. Con una simple llamada podía excusar su ausencia, alegar que necesitaba más tiempo para hacer la auditoría.

—De acuerdo, pero con una condición.

—Te escucho —dijo él.

—Mañana por la mañana, cada uno seguirá con su vida. Nada de llamadas a medianoche ni de mensajitos ni de fotos desnudos. Una vez pase esta noche, lo nuestro habrá acabado, ¿de acuerdo?

—Depende.

La soltó y se apartó. Rápidamente se ajustó los calzoncillos.

—¿De qué?

—De la frecuencia con la que pidas los desnudos. Si es menos de tres veces en semana, podré cumplirlo.

Law se agachó para recoger sus pantalones del sofá y se los puso. Marlowe trató de fijar la vista en cualquier parte que no fuera la cinturilla que atravesaba el valle entre sus caderas.

—Ya sabes que no es eso a lo que me refería —dijo ella.

Law se pasó la mano por el pelo revuelto y sacudió la cabeza.

—Si no hubiera conocido a tu prometido, te preguntaría con qué clase de hombres has salido.

—Exprometido, y no salgo con cualquiera —explicó—. Ese no es el tema.

Respiró hondo, levantó los brazos por encima de la cabeza y estiró cada músculo desde el cuello hasta la cintura.

—En primer lugar, es un poco atrevido por tu parte pensar que estoy dispuesto a salir contigo. Lo segundo, si lo hiciera, seguro que no sería de esa forma.

Maldito fuera por despertar su curiosidad acerca de cómo seduciría a una mujer con la que quisiera algo más que una aventura.

—Entonces, estamos de acuerdo —insistió ella.

Los rayos de sol se filtraban desde la ventana, bañando su torso de oro. Acortó la distancia que había entre ellos, pero no la tocó.

—No estoy tan seguro. Mañana, una vez salgas de mi finca con tu coche, me resignaré a que tu padre me tome el pelo, y esto no será más que un lejano y agradable recuerdo.

El resentimiento hizo que se pusiera rígida.

¿Habría preferido que no estuviera de acuerdo con ella, que sugiriera que se había precipitado en su demanda?

—De acuerdo —dijo ella—. Me quedaré.

—Bien.

Bostezó y se dirigió hacia la escalera.

—¿Adónde vas? —preguntó, decepcionada con el escaso entusiasmo que había demostrado con lo que para ella había sido una importante declaración.

—¿Vas a necesitar ropa, verdad?

Marlowe se miró la blusa y la falda, arrugadas, dudando si quedarse con ellas. No estaba segura de qué le elegiría.

—Tal vez —admitió—. Si tienes algo que me quede bien...

—Puedo conseguirte algo —dijo sonriéndole.

Marlowe reparó en que estaba empleando su tono de voz seductor, aquel que anunciaba problemas.

Hablando de problemas, se había puesto a buscar su teléfono mientras esperaba a que volviera. Por fin lo encontró en un cuenco de cerámica de forma extraña y colores llamativos que había en la mesa de la entrada.

Con el pecho comprimido, tomó el pequeño dispositivo que contenía toda su vida con el mismo cuidado que si fuera una bomba de relojería.

Esperaba lo peor y eso fue lo que encontró.

Apenas eran las diez de la mañana y ya tenía cuarenta correos electrónicos y dieciséis llamadas perdidas. Con la adrenalina disparada, decidió devolver una de ellas.

Por suerte, el destinatario contestó al tercer timbre.

—El papel de oveja negra ya está ocupado, lo sabes, ¿no? —dijo Mason a modo de saludo.

El antes director de marketing había dejado el cargo hacía dos meses después de enamorarse perdidamente de la secretaria de su padre, Charlotte Westbrook. Desde entonces dedicaba todas sus energías a La Liga, antes a un club de lucha clandestino que había convertido en una organización sin ánimo de lucro dedicada a recaudar fondos a través de eventos de artes marciales. Aunque se había contratado a un nuevo directivo para sustituirlo, Mason seguía yendo a la oficina varios días en semana para hacer la transición más sencilla.

—No tengo ni las ganas ni la capacidad de quitarte el puesto —dijo Marlowe—, pero necesito tu ayuda.

—Estoy intrigado.

—Estoy de viaje haciendo una auditoría y anoche me quedé atrapada en una tormenta. Tal vez... —dijo e hizo una pausa buscando las palabras adecuadas—, se me fue la mano un poco con el alcohol.

—¿Tú?

Su tono de incredulidad le molestó.

—Lo dices como si fuera la mayor de las abstemias.

Al decir aquello vio su reflejo en el espejo de cuerpo entero que había detrás de la puerta. Se había recogido la melena enmarañada en un moño, llevaba la blusa abotonada hasta el cuello y la falda negra le llegaba hasta las rodillas. Parecía una estricta maestra de escuela.

—Eso puede ser porque la última vez que te vi desenfundada fue... déjame pensar... —dijo e hizo una pausa exagerada—. ¿Nunca?

—Tal vez sea porque no te has preocupado por mí desde que Neil y yo rompimos nuestro compromiso.

Era un golpe bajo y lo sabía. Pero cuando estaba molesta, nunca sabía por dónde iba a salir. Un mecanismo de defensa del que era consciente y que no podía evitar.

—Supongo que me lo merezco —admitió con tono suave.

—Supongo que sí.

—Entre la boda y La Liga, Samuel y yo hemos estado a lo nuestro, justo cuando más falta te hacía un poco de apoyo fraternal.

Apoyo fraternal. Aquellas dos palabras humedecieron sus ojos y parpadeó para contener las lágrimas.

—Estoy bien, Mason. Solo me refería a que muchas cosas han cambiado últimamente.

Se quedó callado unos segundos antes de hablar.

—Lo siento, Lo. Debería haber estado a tu lado.

Su disculpa la reconfortó.

—Está bien. Supongo que yo también estuve abstraída cuando empecé a salir con Neil.

—No —dijo Mason—, no lo estuviste.

Esta vez fue ella la que se quedó en silencio. Con Mason al otro lado de la línea no duró mucho.

—¿Por qué no cenamos juntos esta noche? Solos los dos. Bueno, si te da tiempo a llegar.

Marlowe vaciló.

—El caso es que... creo que no. No estaré de vuelta hasta mañana por la tarde.

Esperó lo que le pareció una eternidad a que su hermano llegara a la evidente conclusión.

Por fin lo hizo.

—Philomena Marlowe Kane.

Al oír su nombre completo se cubrió la cara recordando cómo de niña insistía a los profesores para que la llamaran Marlowe.

—¿Laurent Renaud? —preguntó su hermano.

—Law —le corrigió—. Cenamos todos juntos y luego me enseñó cómo lanzar un hacha, y una cosa llevó a otra y...

—¿Quién es usted y qué le ha hecho a mi hermana?

—Iba a llamar a papá para decirle que necesito un día más, pero ya sabes cómo le gusta esperar al final de la llamada para hacer una pregunta y saber si dices la verdad. Siempre me pilla.

—Así que quieres que hable con él.

—Dicho en pocas palabras, sí.

—No sé si recuerdas, pero dejé de ser su hijo favorito cuando le dije que no tenía ningún interés en continuar en el puesto que me había dado.

—Sigues siendo su favorito aunque finja que no. Además, eres mejor mentiroso que yo.

—Me siento honrado a la vez que insultado de que pienses así.

—Por favor...

Al oír el tono de súplica en su propia voz, Marlowe se dio cuenta de lo mucho que deseaba un día de libertad.

Mason suspiró con gran dramatismo.

—De acuerdo. Qué mala suerte que el tornado empujara esa vaca contra tu X6. Menos mal que pudiste llamarme antes de que tu teléfono se quedara sin batería.

—Mason...

—Tranquila, Lo, no te preocupes de nada.

—Te estaré eternamente agradecida —dijo ella.

—Ya que estamos, ¿por qué solo una noche? Aprovecha toda la semana.

—Una noche es todo lo que necesito —afirmó, infundiendo en su voz la seguridad que necesitaba para convencerse.

—¿Estás segura?

Su hermano estaba siendo muy atento. Tal vez por la influencia de Charlotte en su vida, Mason por fin estaba aprendiendo a ser cariñoso.

Marlowe alzó la vista y vio a Law bajando la escalera con un montón de ropa en su brazo musculoso y bronceado.

Desvió la mirada, decidida.

—Completamente.

Capítulo Ocho

—¿**A**dónde vamos?

Law miró a Marlowe, que caminaba torpemente con las botas de goma que había elegido de las pocas opciones disponibles en el armario del vestíbulo. No había querido decirle que eran lo único que había dejado Jessica tras su marcha. Iba vestida con una camisa grande de franela y un vestido de tirantes, regalos que había hecho a Emily y que le habían quedado grandes. El atuendo parecía idea de un diseñador de moda neoyorquino para una parodia sobre el campo.

—Ya lo verás —respondió Law y se colocó la correa de la mochila en el hombro.

—Si no recuerdo mal, esa frase me metió en líos anoche.

Sí, líos para ambos.

Era alarmante la decepción que había sentido al despertarse y encontrarse solo en la cama. Más preocupante había sido el alivio que había sentido cuando la había encontrado de rodillas en el salón, hablando con desesperación a Layla.

Tan solo habían pasado una noche juntos y su presencia ya tenía el poder de inflarlo y desinflarlo como un globo. Todavía estaba por ver si un día entero con ella sería una buena o mala idea.

—Es curioso —dijo él—. No recuerdo que pusieras ninguna objeción cuando llegamos a la casa.

De hecho, había sido ella la que había iniciado el segundo encuentro. Apenas había cerrado la puerta cuando se le había echado encima.

Se quedó inmóvil a su lado y todo su cuerpo se puso rígido. Fue tan repentino, tan inesperado, que Law continuó unos pasos sin ella.

Siguió la dirección de su mirada y vio que se había fijado en dos caballos ensillados y atados a la cerca del picadero.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó volviendo sobre sus pasos.

—No puedo —dijo sacudiendo la cabeza—. No me siento cómoda cerca de caballos.

—Pero me contaste que jugabas al polo.

—Sí, jugaba, en pasado. No me he acercado a un caballo desde que tenía diecisiete años.

—Es solo que has perdido práctica. En cuanto te subas a la silla, te acordarás.

—No —insistió ella—. Y no me digas que es como montar en bicicleta porque las bicicletas no asustan ni molestan.

El miedo le quitó años de encima y por unos momentos vio bajo la máscara de su rostro a la niña que había sido.

Law permaneció inmóvil.

—¿Es eso lo que pasó?

Marlowe se rodeó con sus brazos.

—Un perro se cruzó en el camino y asustó a Gatsby, mi caballo, durante las semifinales y salí despedida. Me rompí tres costillas y a punto estuve de que me pisotearan. A la semana siguiente, mi padre vendió a Gatsby. ¿Contento?

Le dedicó una sonrisa triste y parpadeó para contener las lágrimas.

A Law le dolía la mandíbula de apretar los dientes para evitar abrir la boca y que un torrente de insultos hacia Parker Kane saliera de ella.

—Lo siento —fue todo lo que dijo—. Déjame que te hable de estos caballos y si después sigues sin querer saber nada de ellos, te dejaré conducir el Varmint.

—¿Ese extraño vehículo tiene nombre? —preguntó incrédula.

Él ignoró la pregunta.

—El que tiene la mancha blanca en la nariz es una yegua y se llama Rosemary. Tiraba de un carruaje en Filadelfia hasta que desarrolló artritis. El grande es Coriander. Vivía en una comunidad amish al norte del estado y aquí está disfrutando de su jubilación. A los dos los compré en una subasta.

—¿Así que, además de dar de comer a gente que no tiene para comer, frecuentas subastas para rescatar caballos?

—Yo no diría tanto como frecuentar.

—Estás empeñado en echar abajo mis ideas preconcebidas, ¿verdad?

Marlowe suspiró, enderezó los hombros y subió la barbilla. Law se quedó un paso atrás, dándole espacio por si quería retirarse.

Se acercó lentamente a Rosemary desde el ángulo izquierdo, costumbre que tenía inconscientemente arraigada.

—Buenos días —le dijo suavemente a la yegua para alertarla de su posición.

Rosemary echó hacia atrás sus orejas marrones mientras ladeaba la cabeza para fijarse en aquella desconocida.

Marlowe se acercó un poco más y extendió la mano.

—Le gusta que le acaricien las orejas —dijo Law.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó varios caramelos de menta y se los ofreció a Marlowe.

—Y alguna chuchería de vez en cuando.

Rosemary golpeó a Marlowe en el hombro con mucha más delicadeza de la que solía emplear con Emily. Era increíble la sensibilidad que podían tener los animales.

—¿Sabes que son muy malos para tus dientes? —dijo Marlowe en tono de reprimenda.

Desenvolvió uno de los caramelos y se lo ofreció en la palma de la mano. La yegua replegó los belfos y tomó el caramelo.

Coriander levantó la cabeza y miró a Law por encima del lomo de Rosemary, no muy contento con el reparto de golosinas.

—¿Estarás bien si me acerco a Coriander?

—Sí —contestó Marlowe sin dejar de acariciar las orejas de la yegua—. Creo que sí.

Law pasó la mano por el lomo y los cuartos traseros de Rosemary y la rodeó para darle unos caramelos a Coriander. Al mirar de reojo, Law vio que Marlowe se había colocado delante de Rosemary y le estaba acariciando la línea blanca que se extendía desde la frente a los ollares.

Entonces la yegua hizo algo que nunca le había visto hacer. Levantó la cabeza, la apoyó en el hombro de Marlowe y giró el hocico hasta dejar presionada la cara contra su espalda.

Permanecieron así en silencio hasta que el trinar de los pájaros y el silbido del viento entre los árboles lo rompió. Law se quedó tan embelesado que casi se sobresaltó cuando Marlowe habló.

—Quiero intentarlo.

—¿Estás segura?

Ella asintió. Law se acercó al poste, desató a Rosemary y colocó las riendas en la base de las sillas antes de ajustar los estribos.

—¿Necesitas ayuda?

Se agarró al cuerno de la silla, metió una bota en el estribo y montó con un movimiento grácil propio de los guerreros elfos de las novelas que leía de niño.

—Supongo que eso es un no —afirmó.

Soltó a Coriander y lo montó.

—¿Es un Clydesdale? —preguntó Marlowe—. ¿Qué mide, casi un metro ochenta?

—Apenas llega al uno setenta —dijo y fingió cubrirle las orejas al equino—. Pero no lo menciones no vaya a ser que afecte su autoestima.

Ella puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Machos y su obsesión por las medidas.

—Lo dice la mujer que se pasa el día entre números.

Law tomó las riendas con una mano y se echó hacia delante para acariciar el cuello del caballo.

—Touché. ¿Puedo saber hacia dónde nos dirigimos ahora?

—¿Cómo te sientes? —preguntó sin contestar a su pregunta—. ¿Te parece bien si damos un paseo? Podemos tomarlo con calma.

—Ese no parece que sea nuestro fuerte —dijo ella sonriendo con picardía—. Adelante, guíanos.

Una vez más, lo que Law había pensado que sería una buena idea resultó ser un fracaso.

El camino se había estrechado y habían dejado de cabalgar en paralelo para hacerlo uno detrás de otro. Desde su posición en la retaguardia no podía dejar de observar el movimiento de las caderas de Marlowe al compás del paso de Rosemary.

Adelante, atrás. Adelante, atrás.

Bajo el algodón blanco, una tanga parecía estar burlándose de él.

Marlowe se volvió con gesto interrogante y entonces se dio cuenta de que no se había enterado de la pregunta que le había hecho.

—¿Cómo dices?

—Te preguntaba si tienes pensado construir algo más en este terreno.

Durante unos segundos, solo se oyó el sonido de los cascos.

—Hemos hablado de ampliar la destilería. A Remy se le ha metido en la cabeza que elaboremos cerveza artesanal e hidromiel, pero espero que sea la última de sus grandes ideas.

—¿Como el ahumadero y ese extraño vehículo? —preguntó ella.

—Alégrate de no haber estado aquí cuando se le ocurrió hacer pergamino de los árboles caídos. No sabes cómo olía.

—De todas formas, eres muy amable apoyando sus iniciativas.

La senda se ensanchó y Coriander se puso al lado de Rosemary.

—¿Por qué no iba a serlo? —preguntó Law—. Él estuvo de mi lado cuando la destilería no era más que un sueño. Es lo que se hace por la familia.

La expresión de Marlowe se ensombreció.

—No todos los hermanos se apoyan mutuamente.

Se oyó el graznido de un cuervo en la lejanía.

—¿Lo dices en general o te refieres a los hermanos Kane?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que intentamos apoyarnos lo mejor sabemos.

—¿Quiere eso decir que vuestro padres no os apoyaban?

Marlowe se puso seria.

—No he dicho eso.

—No dices mucho —dijo, ganándose una mirada gélida.

—Porque si quisiera hablar de esto contrataría a uno de los mejores psicólogos de Filadelfia.

Law volvió el torso hacia ella.

—¿Por qué no lo has hecho?

Marlowe suspiró.

—Porque estoy bien. Me gusta lo que hago y me pagan bien. Llevo un estilo de vida cómodo, en mi círculo social hay gente muy interesante y exitosa y tengo acceso a lo mejor de la cultura y el entretenimiento. ¿Hay algo que te sugiera que necesite ayuda de un profesional de la salud mental?

Law dejó que el silencio del bosque reinara unos segundos antes de contestar.

—El hecho de que no pareces muy feliz.

Rosemary se detuvo en seco cuando Marlowe tiró de las riendas.

—¿Qué te da derecho a hacer suposiciones de una vida de la que llevas formando parte menos de una semana?

—Así que ahora formo parte de tu vida, ¿no? —bromeó.

Sabía que estaba siendo un imbécil, pero estaba disfrutando viendo el rubor de sus mejillas. —Sabes a lo que me refiero.

—Ya veo —dijo él—. No soy parte de tu vida, pero te conozco lo suficientemente bien como para entender el sentido de tus palabras, ¿es eso?

Si hubiera tomado una rama de árbol y le hubiera dado con ella en la cara, Law sabía que habría sido bien merecido.

—Solo porque tengas acceso a mi cuerpo no significa que lo tengas a mi mente.

Law tiró de la rienda izquierda de Coriander para que diera la vuelta y lo hizo avanzar hasta que sus cuerpos quedaron alineados.

Marlowe tenía los nudillos blancos y los labios pálidos.

—A mi modo de ver, no puedes separar los sentimientos de la razón. Quien no se dé cuenta de eso no merece tu atención.

—Gracias, doctor Law —dijo con sarcasmo.

La miró y sintió el mismo magnetismo que le había hecho imposible apartar la vista la primera vez que la había visto. Aunque sabía que era un error a todos los niveles, decidió decirle lo que pensaba.

—Te mereces algo mejor. Sé que no puedo ser esa persona, pero por el amor de Dios, no dejes de luchar ni que nadie te convenza de que es suficiente.

Cuando habló, su voz sonó segura y calmada.

—¿Qué te importa a ti eso?

Aquello era algo que Law se había estado preguntando y optó por darle la respuesta que creía más segura para ambos.

—Tengo una sobrina y si algún hombre la tratara como te han tratado a ti, le aplastaría el cuello con el tacón de mi bota. No me gustaría ir a la cárcel, así que prefiero asegurarme de que no tenga que soportar algo así.

—No soy tu sobrina.

—Tienes razón —dijo él—, pero mi sobrina quiere parecerse a ti.

—Entiendo —replicó.

Su gesto cambió. La vulnerabilidad parecía haberse evaporado.

—Todavía no me has dicho dónde vamos —añadió mientras los caballos tomaban la senda que se abría ante ellos.

—Porque ya casi hemos llegado.

Cabalaron en silencio durante diez minutos más hasta que Law tomó un pequeño camino que se adentraba en el bosque. El último tramo los llevó por una colina con una suave inclinación.

—Ten cuidado con las piedras —le advirtió—. Ambos saben muy bien cómo esquivarlos, pero les falla la visión.

En lo alto de la colina llegaron a un pequeño claro con un estanque cristalino al pie de unas rocas.

—¿Un manantial? —preguntó Marlowe.

—Un manantial de aguas termales.

Law se agarró a la silla y pasó una pierna para desmontar. Al hacerlo, sintió una ligera molestia en las caderas.

—Es una de las cosas que más nos gustó de estas tierras. El agua que usamos en la destilería es de un acuífero de la zona.

Después de atar a Coriander a un árbol, dejó la mochila en el suelo y se acercó a Rosemary.

Miró a Marlowe y le ofreció la mano.

Esta vez, enseguida la aceptó y, con su ayuda, desmontó con la misma elegancia. Sus miradas se cruzaron unos segundos antes de que Law atara la yegua a Coriander cerca del manantial para que pudieran beber.

Law abrió la cremallera, buscó en la mochila y le dio a Marlowe una bolsa con zanahorias y manzanas cortadas. Ella la tomó y se acercó alegremente a los animales para repartirlos.

Mientras estaba ocupada, Law extendió la manta de pícnic que Mira y Grant le habían proporcionado y dispuso encima una botella de cabernet, una barra de pan, pollo ahumado, un racimo de uvas, aceitunas, queso y una pequeña tarta de arándanos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Marlowe, volviendo con la bolsa vacía.

—La comida. ¿Tienes hambre?

—Estoy muerta de hambre.

Conocía muy bien la sensación. Tras la intensa actividad de la noche anterior se había despertado con el estómago encogido y apenas había desayunado una tostada.

—Siéntate.

—¿Tienes platos en esa mágica bolsa tuya? —preguntó sentándose de lado.

—No —contestó mientras abría y colocaba los diferentes recipientes.

—¿Cómo que no?

—No hacen falta.

—¿Voy a comer sobre el regazo?

—Se me ocurren peores opciones —contestó Law y bajó la vista hasta donde sus piernas desaparecían bajo el vestido.

—Hablo en serio —insistió ella.

—Yo también.

—¿Puedes al menos pasarme un tenedor?

—Nada de tenedores.

—Entonces, ¿cómo se supone que...? —dijo y se detuvo al ver la expresión de Law—. Ah, no, de ninguna manera. Si crees que voy a comer con las manos...

—Claro que no —la interrumpió—. Vas a usar las mías.

Capítulo Nueve

Marlowe se quedó mirando aquella variedad de alimentos que tenía extendida ante ella. Su estómago rugió y la boca se le hizo agua al percibir los distintos aromas. Parecía el banquete de alguna bruja o gigante de cuento, tentador y completamente prohibido.

—¿Me estás sugiriendo que te deje darme de comer... con tus manos?

Había pensado que al repetir aquella proposición en voz alta acabaría por verla razonable.

Pero no había sido así.

—Así es.

Law se recostó sobre un codo y se llevó una uva a la boca. Parecía la réplica de una escultura que había en los jardines de Fair Weather Hall que de pequeña la hacía sonrojarse.

—No tengo tanta hambre.

Como si fuera una venganza, su estómago traidor rugió.

—Mentirosa.

—Digamos que no tengo tanta hambre como para comer de unas manos que acaban de tocar caballos.

Law esbozó una sonrisa traviesa y sacó de la mochila lo necesario para lavarse y secarse las manos.

Viendo aquello, Marlowe trató de convencerse de que era la comida y no la previsión de lo que estaba por venir lo que le producía aquel calor en sus entrañas.

—A ver —dijo y se quitó la camisa para tumbarse al lado de ella—. Cierra los ojos y abre la boca.

—Si acepto comer de tus manos, al menos tengo que ver lo que como.

Su bíceps rozó la piel de su brazo al apoyarse en el codo.

—¿Y si te lo cuento?

—Si vas a contármelo, ¿qué sentido tiene que cierre los ojos?

Especialmente cuando su perfecto pecho bronceado estaba disponible para deleite visual.

—Marlowe Kane —dijo acariciándole la muñeca—. Un día de estos vas a quedarte sin preguntas y entonces, ¿cómo vas a evitar conocer nuevas experiencias?

—Comer no es una experiencia nueva, teniendo en cuenta que tengo casi treinta años y estoy viva.

Law tomó el recipiente con fresas, tomó una y la mojó en el cabernet. Goteando, se la llevó a Marlowe a la boca y dejó que el vino cayera por sus labios antes de rozárselos suavemente.

—Una cosa es estar viva y otra disfrutando de la vida. No es lo mismo —sentenció Law—. Abre la boca.

Marlowe relajó la mandíbula y obedeció. Su respiración había comenzado a acelerarse.

—Bien. Ahora, cierra los ojos.

Dejó caer los párpados y como recompensa le pasó la fresa por la lengua.

—Muerde.

Clavó los dientes en la pulpa jugosa. Ya fuera por la privación sensorial o simplemente porque fuera fruta de mejor calidad que la que ella solía comprar, el caso era que Marlowe jamás había probado fresas tan dulces y la devoró de un bocado.

Cuando se la hubo tragado, sintió el borde frío de una copa presionando sus labios. Los separó y un lento goteo de vino recubrió su paladar como si fuera terciopelo líquido, llenándolo con sus notas a fruta, madera y especias.

—¿Más? —preguntó Law.

—Por favor.

Le dio otro sorbo antes de oír que dejaba la copa.

—Pan —anunció a continuación—, con mantequilla y mermelada de moras.

Le rozó el labio con la corteza de pan y ella sucumbió. Fue lo único que pudo hacer para evitar abrir los ojos como platos.

—Ese sabor... ¿es bourbon y lavanda?

—Afirmativo —respondió Law—. Es nuestro chico de las infusiones. Le gusta experimentar con sabores. ¿Otro bocado?

Habían comido aceitunas, pollo y varios trozos de manzana con queso cuando Marlowe agitó la servilleta en señal de rendición y abrió los ojos.

Parpadeó varias veces ante la repentina luminosidad. Las hojas parecían más verdes y el cielo más azul.

Law también parecía haber cambiado. Sus ojos oscuros tenían un brillo cálido y sus rasgos habían perdido aquel gesto pétreo e inflexible.

—Todavía no has probado el pastel —insistió Law ofreciéndole un trozo.

A pesar de su apetitoso aspecto, Marlowe sacudió la cabeza.

—Si como algo más, reviento —dijo acariciándose la barriga.

—Como quieras.

Se llevó el pastel a la boca y devoró la mitad del trozo de un bocado.

Otro tipo de apetito se despertó en ella al ver cómo se limpiaba el labio con la lengua.

—Deberías comer algo de pollo antes de pasar al pastel, ¿no te parece? —preguntó, arrepintiéndose al instante por su tono remilgado y desaprobador.

Law esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Quieres dármelo tú?

A punto estuvo de contestar que no por impulso, pero se contuvo antes abrir la boca.

No se lo había ordenado, se lo había pedido. ¿Quería hacerlo?

Al verlo allí reclinado, sonriendo como la serpiente del Edén, su propia respuesta le sorprendió.

—¿Pechuga o muslo? —dijo arrodillándose sobre el recipiente.

—¿Es una pregunta con trampa?

—Muy bien, pechuga —dijo Marlowe poniendo los ojos en blanco.

—Nada que objetar.

Law trató de rodearla con sus brazos, pero ella se zafó.

—Las mismas reglas son de aplicación, caballero —lo reprendió—. Ojos cerrados, boca abierta y las manos quietas.

—No recuerdo esa última regla cuando te tocó a ti —dijo Law acomodándose en la manta.

Estiró una pierna y dejó la otra doblada.

—Eso es porque sabías que tengo mejor autocontrol y no hacía falta dejarlo estipulado —observó Marlowe mientras cortaba un trozo de pollo—. Cierra los ojos.

Law suspiró exageradamente, cerró los ojos y abrió la boca.

Al hacerlo, le llamó la atención la vulnerabilidad de su postura. Un hombre como Law, siempre atento a cualquier posible peligro, mostrándose indefenso ante ella.

Era todo un privilegio observar a un hombre sin que la mirara, dedicar todo el tiempo que quisiera a estudiar sus rasgos.

—Si sigo más tiempo con la boca abierta se me van a meter moscas.

Salió de su ensimismamiento y le puso un bocado en la boca. A continuación le ofreció un sorbo de vino y después un trozo de pan con mantequilla y mermelada.

—Un momento. Voy a necesitar una servilleta para lo siguiente.

Law la agarró con una precisión sorprendente a pesar de su falta de visión.

—Eh —protestó ella—. ¿Cómo has...?

Entonces, Law tomó su mano, se la llevó a los labios y besó cada uno de sus dedos.

—Sujetas con demasiada fuerza los bolígrafos —murmuró él.

—¿Cómo lo sabes?

Al llegar al meñique, volvió al índice y pasó la punta de la lengua por la huella dactilar.

—Si no tienes cuidado, te afectará al nervio.

El corazón le latía con fuerza en los oídos.

—¿Y se acabarán mis días como lanzadora de hachas?

—Entre otras cosas.

Law le llevó el dedo a la pronunciada hendidura entre sus labios y su nariz. ¿Se habría dado cuenta de que había estado fijándose en aquel punto en concreto?

—¿Qué otras cosas?

Le dobló los dedos y le pasó la lengua por el pliegue que unía el índice y el corazón, acariciando la fina piel que los unía. Cuando se dio cuenta de lo que estaba simulando, Marlowe se ruborizó. Inexplicablemente, la sensación despertó un cosquilleo entre sus muslos.

Entonces Law deslizó un par de dedos entre sus labios y succionó mientras Marlowe trataba de mantener la respiración.

¿Dónde demonios había aprendido a hacer aquellas cosas?

Law apartó la boca con un sonoro «pop».

—¿Algo más que quieras que me coma? —preguntó con los ojos aún cerrados.

—No, pero hay algo que me gustaría.

Animado por su audacia, Law se hundió en la manta con las manos detrás de la cabeza a modo de almohada. Su corazón empezó a bombear sangre para engrosar su pene.

Marlowe acarició la piel desnuda de encima de su cinturilla. Al desabrocharle la hebilla del cinturón se oyó un clic, seguido del sonido de la cremallera al bajarse. Con las manos le instó a levantar las caderas y luego le bajó los calzoncillos para liberarlo.

Al sentir la brisa en aquel rincón sensible, entreabrió un ojo y la vio arrodillada a un lado, con la camisa de franela quitada, el vestido subido y un bote de miel en la mano.

—Eh, nada de mirar.

—¿Qué estás haciendo con eso? —preguntó, levantando la cabeza con las manos.

—Ya lo verás —dijo con una sonrisa enigmática.

Law suspiró y volvió a su posición anterior.

—¿Sabes que hay osos en Virginia, verdad?

—Entonces, supongo que tendré que comerte antes de que lo hagan ellos.

Sintió que se movía y soltó un suspiro cuando su lengua cálida siguió el rastro que había creado hasta dibujar un círculo alrededor de su pezón. Luego, lo mordisqueó en el centro. El dolor aumentó su excitación como si lo estuviera atravesando un rayo, y sintió sus labios sobre el esternón bajando hacia sus abdominales.

Su pelo le hizo cosquillas en la punta de su erección y a continuación sintió el calor de sus labios mientras soplaba suavemente sobre su piel delicada y sensible.

Inquieto por el deseo de controlarse, hundió la mano en su pelo sedoso.

—Nada de manos, ¿recuerdas?

—Esa regla la has puesto tú.

—¿Y quién crees que está al mando ahora? —dijo rodeándolo con fuerza para demostrárselo.

Law soltó su pelo y se aferró a la manta.

—¿Estás intentando volverme loco?

—Sí, y no creo que tarde mucho.

En cuanto lo tomó con la boca y empezó a moverse, Law no pudo soportar el deseo de tocarla, de sentirla.

Incapaz de resistir más, su mano fue subiendo por el muslo de Marlowe hasta apartarle el tanga a un lado. Buscó sus pliegues y descubrió que estaba húmeda.

Ella lo amonestó con un sonido que él interpretó como un recordatorio.

—No dijiste nada de dedos —dijo acariciándole el sexo.

Sus gemidos hicieron vibrar su piel, uniéndolos en un circuito cerrado. Su placer se convirtió en el suyo, y ambos se sumergieron cada vez más en una corriente profunda hasta que sintió sus palpitaciones. Era el aviso de la tormenta que se avecinaba.

—Abre los ojos —susurró ella y lo miró a través de la cortina de su pelo—. Quiero correrme contigo dentro.

Law le colocó un mechón detrás de la oreja para verle la cara.

—Entonces, toma lo que quieras —dijo a modo de invitación.

Un pajarillo cantaba desde lo alto de los árboles mientras el viento agitaba las hojas. Marlowe se sentó sobre los talones a escuchar. Bajo su falda, Law había ralentizado sus movimientos, pero no había parado.

—Está todo tan... tranquilo —dijo entre jadeos.

—Así se te oirá mejor gritar.

Con los dientes clavados en el labio inferior, Marlowe se desató los tirantes que sujetaban el vestido y descubrió sus pechos desnudos. Sus pezones rosados ya estaban erectos. Cuando se levantó el vestido, Law sintió que la sangre le hervía al ver a plena luz del día su mano acariciándole sus pliegues hinchados.

Antes de sentarse a horcajadas sobre él, se quitó el tanga.

—¿Estás bien? —le preguntó suavemente para no distraerla—. No tienes por qué hacer esto.

Ella apretó la mandíbula con aquella determinación que le resultaba tan adorable, y se sacó el vestido por la cabeza y lo dejó a un lado.

—Quiero hacerlo.

Law se quedó quieto a pesar de sus ganas de ponerle las manos encima. Quería que fuera ella la que llevara la iniciativa y que lo sintiera como una victoria. Quería que se liberara de las ataduras y que dejara salir su versión más poderosa y salvaje.

—Eso es, preciosa.

La tomó por las caderas y dejó que marcara el ritmo.

Marlowe se apoyó en sus abdominales y suspiró mientras se hundía en él. Law le pasó el pulgar por el labio inferior antes de seguir acariciándole el sexo.

Empezaron a moverse al mismo ritmo y ella curvó las caderas para sentirlo más adentro. Law empujó hacia arriba, buscándola, y notó cómo se contraía alrededor de su erección arrastrándolo con ella por el precipicio.

Capítulo Diez

Borrachos de placer y desmadejados, Marlowe y Law estaban tumbados uno al lado del otro, mirando el cielo, cuando un ruido llamó su atención.

Se volvieron a la vez y vieron a Rosemary y Coriander mirándolos como si se hubieran vuelto locos.

Marlowe se echó a reír al imaginarse el aspecto que debían de tener cubiertos de mermelada, tarta y migas de pan por el pelo. Sus músculos abdominales se contrajeron con las carcajadas.

Nunca antes se había sentido presa de la risa histérica, pero cada vez que miraba a los caballos, volvían las risotadas y era incapaz de parar. Las lágrimas se le saltaron de los ojos y su respiración se volvió entrecortada.

Los jadeos dieron paso a sollozos y su cuerpo se sacudió con tanta fuerza que pensó que iba a escapársele el alma.

—¿Qué pasa? —preguntó Law, testigo de aquel cambio tan repentino.

No sabía qué decirle. No encontraba explicación para aquella humillante crisis psicológica delante de alguien a quien apenas conocía.

Marlowe se limitó a llorar, encogida en posición fetal, deteniéndose de tanto en tanto para tomar aire entre aquellos sollozos que sacudían todo su cuerpo.

Law no hizo más preguntas ni intentó silenciarla. Se limitó a atraerla hacia su cuerpo y a abrazarla. Marlowe hundió el rostro en su pecho y buscó la seguridad de sus brazos con las rodillas apretadas contra sus caderas.

Poco a poco, la tormenta fue amainando.

Acurrucada contra él, los sollozos se convirtieron en respiraciones irregulares.

—Lo siento, no suelo hacer estas cosas.

—No te disculpes.

Su voz grave la ayudó a calmarse.

—No sé qué me ha pasado.

—Probablemente muchas cosas.

Tenía la mano puesta entre sus omoplatos y, aunque sabía que era imposible, juraría que podía sentir su calor hasta el corazón.

Tal vez ese había sido el problema. Se había derretido.

Las decepciones, la soledad y la rabia acumuladas durante tanto tiempo habían aflorado.

Si aquello era sanador, quería que pasara cuanto antes.

Carraspeó, estiró las piernas, se cubrió el pecho con el vestido y se incorporó.

—Bueno, ha sido embarazoso.

Law también se incorporó y estudió su rostro mientras le quitaba unas migas del pelo.

—¿Llorar?

—Llorar delante de testigos estando completamente desnuda.

Law miró a su alrededor.

—Tienes suerte. A Rosemarie y Coriander no les gusta hablar y yo he visto cosas mucho peores.

—¿Peor? —preguntó ella incrédula.

—Mucho peor.

—Lo dudo —replicó secándose los ojos con una servilleta de tela.

—Bueno, para empezar, no has intentado atropellarme con un coche. Como arrebato emocional, eso es mucho peor.

Law esbozó una medio sonrisa, se subió los pantalones y se puso de pie.

Marlowe contuvo el impulso de hacerle preguntas.

—¿Y tú eras el que te burlabas de la gente con la que salía?

—No —contestó y se agachó para meter la mano en el manantial—. Solo de los hombres.

Decidido, empezó a quitarse las botas.

—¿No se supone que hay que esperar una hora después de comer para bañarse? —preguntó Marlowe.

—No se lo diré a nadie si tú tampoco.

—¿Es profundo?

Con todo lo que había comido y la actividad que había hecho después, sentía que podía hundirse como una piedra.

—Yo toco fondo —respondió mientras se quitaba los calcetines.

—¿Crees que yo también? —dijo acercándose al borde del agua.

—Tal vez no, pero hay donde agarrarse.

Se quitó el pantalón y los calzoncillos de una vez y los dejó a un lado antes de volver a la manta. Dio un trago al vino y se metió en la boca un puñado de aceitunas.

Marlowe no se tenía por una mojigata, pero no podía ignorar que estaba desnudo.

—¿Vas a venir a bañarte? —preguntó señalando con la barbilla hacia el agua.

—Este manantial no llega hasta la destilería, ¿verdad?

Aquella mañana se había dado una ducha rápida y la idea de sumergirse en aguas cálidas le sonaba muy apetecible.

—Claro que no.

Sonrió, se levantó y saltó al manantial con las piernas por delante. Su cabeza oscura desapareció unos segundos antes de volver a salir a la superficie, mojada. De un impulso, salió y rodó sobre su espalda con la agilidad de una nutria.

Con los brazos cruzados sobre el pecho miró a su alrededor, se levantó de la manta y se acercó al manantial. Probó el agua con un pie y descubrió que estaba caliente. Así que se sentó en el borde y se dejó caer.

El calor la envolvió y relajó sus músculos. Se aferró al borde de la roca y extendió las piernas a la vez que ponía los pies en punta para tocar el fondo.

—Te cuidado, no vaya a ser que te pille Parlanga.

—¿Par... qué?

—Parlanga —repitió—. Una criatura mitad hombre mitad cocodrilo. Le gusta devorar mujeres guapas que se bañan desnudas.

Law le pellizcó el trasero por debajo del agua y Marlowe dejó escapar un chillido.

—Eso es lo que Zap solía decirnos.

—Supongo que he tenido suerte —replicó ella.

Luego apoyó los pies en el borde rocoso y se impulsó hacia el centro del manantial.

—Mis hermanos siempre me decían que no me acercara al centro de la piscina porque como era tan delgada podía irme por el desagüe. Bueno, el que me lo decía era Mason. Cuando se lo comenté a Samuel, me dijo que era científicamente imposible.

Marlowe echó la cabeza hacia atrás para mojarse la cabeza. Todavía no quería sumergir la cabeza. Cuando se llevó la barbilla al pecho, se encontró con que Law estaba sonriendo.

—¿Qué? —preguntó.

—Nunca te había visto tan... salvaje.

Sacó una mano del agua y le pasó un mechón por detrás de la oreja. Luego deslizó un dedo por el cartílago y continuó por la curva de su mandíbula hasta llegar a la barbilla.

—Esto es lo más salvaje que he hecho en mi vida.

Law ladeó la cabeza y le sonrió.

—El día no ha hecho más que comenzar.

Capítulo Once

Marlowe estaba tumbada en la manta, feliz y relajada. Después del baño, habían acabado la comida y se habían echado a dormir. Se habían despertado con la puesta de sol, el cielo teñido con un velo dorado y bermellón.

—¿Crees que habrán mandado a alguien a buscarnos? —murmuró adormilada. Law le acarició la columna.

—No creo que lo hagan hasta mañana por la mañana. Avisé de que no quería ver a ningún ser bípedo en dos kilómetros a la redonda.

Levantó la cara de su pecho. Le dolía la oreja que había estado comprimida entre sus músculos pectorales y su cabeza.

—¿De verdad les dijiste eso?

—Les dije que se mantuvieran lejos de esta zona, no que ibas a verter miel sobre mi...

—No digas más, Renaud —dijo y empezó a rebuscar entre la ropa apilada.

Cuando ambos estuvieron vestidos, ella recogió la manta mientras él volvía a ensillar los caballos.

—Creo que deberíamos ponernos en marcha —dijo él—. Supongo que a estos dos no les gustaría perderse la hora de la comida.

—A mí tampoco me importaría comer algo —replicó Marlowe.

Law acarició el lomo de Coriander mientras ajustaba los estribos.

—El apetito de alguien ha mejorado desde que llegó ayer por la mañana ¿Solo había pasado un día?

Marlowe tenía la sensación de que había transcurrido al menos una semana, incluso un mes. Tal vez porque había tenido más sexo en veinticuatro horas que en el último medio año con Neil.

Entre la hierba que rodeaba el manantial, un coro de grillos entonaba su canto vespertino mientras Law y Marlowe volvían a montar e iniciaban el camino de vuelta a la destilería. Ella inspiró hondo. Deseaba llenar los pulmones del olor del bosque y retenerlo en su interior. Quería llevarse a casa aquella sensación de paz.

—¿Qué está pasando por esa cabeza, cher?

—¿Eh?

Se volvió hacia Law y se dio cuenta de que habían pasado varios segundos desde que había hablado.

—¿En dónde estás?

—¿Qué quieres decir? Estoy aquí.

—No —replicó él sacudiendo la cabeza—. Ya estás a kilómetros de aquí.

Aquel «ya» se cernía sobre la puesta de sol como la hoja de una guillotina. El inevitable final se acercaba a toda velocidad. Creía que sentiría alivio ante la perspectiva de volver a su vida, después de lo vivido a lo largo del día. Sin embargo...

—Mira —dijo Law.

Marlowe levantó la vista y ahogó una exclamación. Ante ellos había decenas de luciérnagas, tal vez cientos, volando entre los árboles.

Ninguno de los dos dijo nada mientras los caballos se adentraban en aquel paisaje centelleante. Estaban rodeados de diminutas luces que se encendían y apagaban intermitentemente.

—¿No es impresionante? —susurró.

Al ver que no contestaba, se volvió hacia Law e instintivamente supo que no había estado mirando las luciérnagas; la había estado mirando a ella.

—Sí —convino después de unos segundos de silencio—, es impresionante.

A la mañana siguiente, Marlowe se despertó con un sudor frío. En las horas previas al amanecer, su cabeza no paraba de dar vueltas. Su padre, Law, 4 Thieves, Kane Foods, y de nuevo su padre, Law, 4 Thieves, Kane Foods...

Incapaz de controlar sus pensamientos, se dio por vencida después de una hora y se levantó de la cama. Iba vestida con un pantalón de chándal y

una camiseta que Law le había dejado para dormir. Por si acaso se despertaba, le dejó una nota.

Una vez abajo, Marlowe tomó unas botas y una chaqueta del armario del vestíbulo y salió. Había conseguido cerrar la puerta sin hacer ruido cuando vio a un hombre sentado en el balancín del porche.

—Remy —dijo sobresaltada, llevándose la mano al pecho—. ¿Qué estás haciendo aquí tan temprano?

Él se echó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Lo cierto es que esperaba encontrarme contigo.

Las primeras señales de alarma saltaron en su interior. Remy había estado muy apagado la noche anterior durante la cena a pesar de que el Blackpot había estado operando a pleno rendimiento.

El caso era que Marlowe no lo conocía tan bien como para pensar eso.

—¿Y qué esperabas que estuviera haciendo en el porche a las seis de la mañana? —preguntó cruzándose de brazos.

—Escabullirte.

—Siento decepcionarte —dijo adoptando un tono desenfadado a pesar de la acusación—, pero iba a dar un paseo.

—Muy bien —dijo él poniéndose de pie—. Vayamos a dar un paseo.

Las botas hacían un ruido sordo sobre la hierba mojada. La niebla se cernía sobre las colinas a la espera de que calentara el sol.

—¿Sabes? Cuando Law empezó a hablar de construir una destilería, pensé que estaba loco.

Remy se acercó al picadero y apoyó sus manos curtidas en el último tablón de madera.

—Es un proyecto muy ambicioso —convino Marlowe.

—Eso es lo curioso de Law —dijo Remy y esbozó una sonrisa melancólica—. Desde niños ha sido así, un soñador. Cuando las cosas se ponían feas en casa, nos íbamos al tejado y soñábamos con comprar un terreno en el futuro, con árboles y un estanque, además de sitio para uno o dos caballos.

Aquella imagen la conmocionó. Dos niños tratando de conseguir una vida mejor.

—Ser soñador es algo bueno —dijo ella—. Tener la tenacidad de hacerlo realidad es todavía mejor.

—Sí, si se aplica en la dirección correcta. De lo contrario, es una pérdida de tiempo.

Una sensación gélida se extendió por su pecho ante el cariz que estaba tomando la conversación.

Remy se volvió para mirarla. Aunque era unos centímetros más bajo que su hermano, sus hombros anchos y su torso musculoso le daban un aspecto imponente.

—Voy a hacerte una pregunta y quiero que me contestes con sinceridad.

—¿De qué se trata?

Bajó la vista unos segundos antes de mirarla directamente a los ojos.

—¿A qué estas jugando?

—No sé muy bien a qué te refieres.

—Venga, estamos solos. Deja ya de actuar.

Marlowe lo miró sorprendida.

—¿Actuar?

—Apareces aquí, te sientas en mi mesa, juegas a las princesas con mi hija y seduces a mi hermano.

—¿Hablas en serio?

Remy la miró con tanto desprecio que Marlowe se estremeció.

—Puede que no sea el clásico ejecutivo vestido de traje, pero hasta yo me doy cuenta de que eso no es lo que se hace cuando te envían a hacer una auditoría.

Aquello fue un golpe directo.

El sentimiento de culpabilidad que llevaba toda la mañana tratando de contener empezó a nublarle el pensamiento.

—Lo que haya pasado con Law no es asunto tuyo.

—Claro que es asunto mío —dijo dando un paso hacia ella y bajando la voz—. Todo lo que tengo lo he puesto en 4 Thieves, hasta el último céntimo. Y no porque quiera un yate o un avión privado. Quiero que mi

hija sea la primera Renaud que vaya a la universidad que quiera y así tenga el futuro y las oportunidades que yo nunca tuve.

El suelo que pisaba se movía bajo las suelas de goma de las botas que había tomado prestadas. Estaba perdiendo terreno ante el padre de Emily, intentando no parecer la oportunista irresponsable e inmerecidamente rica que era.

—Este último año —continuó Remy— he visto cómo Law perdía a la mujer que amaba porque se fue con Augustin, y a punto estuvo, por su culpa, de perder también el negocio que tanto trabajo le ha costado construir —dijo sacudiendo la cabeza disgustado—. Nunca en mi vida he visto a un hombre esforzarse tanto para sobreponerse a algo así.

El silencio de la mañana los envolvió durante largos segundos.

—No tengo intención de interferir.

Al menos eso era verdad.

—Es curioso cómo una persona puede pretender algo sin ni siquiera proponérselo, ¿verdad?

—Lo que no entiendo —dijo Marlowe midiendo sus palabras— es por qué, si no confías en mí, no hablas directamente con Law.

—Porque es muy cabezota como para escucharme —replicó Remy alzando las manos en un gesto de frustración—. Y en lo que a mujeres se refiere, está ciego.

—No sé qué es lo que quieres de mí —dijo mirando hacia el interior del picadero vacío.

Se moría por acariciar el hocico cálido de Rosemary y buscar esa sensación reconfortante que aquel animal tan grande y poderoso podía proporcionarle.

Remy apoyó un brazo en la valla y se volvió para estudiarla de perfil.

—Saber la verdad. Durante meses, Parker Kane nos ha estado dando largas y ahora te envía a ti, después de haber pasado por un proceso de auditoría interna, para volver a hacer otra auditoría. Mírame a los ojos y dime que solo has venido a eso.

En otra situación, habría respondido con un comentario mordaz. Pero algo en la observación de aquel hombre la impulsó a decir la verdad sin más rodeos.

—Mi padre es un hombre... —comenzó e hizo una pausa para buscar la palabra correcta, aun sabiendo que no había una— arrogante. Durante el curso de la operación, ha tenido la impresión de que 4 Thieves no apreciaba debidamente la oportunidad que Kane Foods le estaba ofreciendo. Así que pensó que, dicho con sus propias palabras, yo podría analizar la información financiera de una manera que reflejara mejor el grado de compromiso de 4 Thieves. Me dejó muy claro que era lo que esperaba de mí.

Una vez dicho aquello, a pesar de la amargura que la invadía, se sintió aliviada.

—Así que hago lo que se espera de mí —concluyó.

Remy torció el gesto. Entonces, Marlowe se dio cuenta de que sus mejillas ya no lucían la barba de tres días. Se había afeitado para aquella conversación y eso no le dio buena espina.

—Cher, si hay algo que entiendo bien es la influencia que puede ejercer un padre, ya sea para bien o para mal.

Esta vez aquel «cher» le recordó al que solía emplear cuando hablaba con Emily y, por alguna razón, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No puedo decirte qué debes hacer respecto a Kane Parker, pero sí respecto a mi hermano. Cuéntale lo que acabas de decirme y dejará de mirarte como lo hizo anoche, durante la cena.

Apretó con fuerza el tablón de la valla y la pintura se descascarilló. Era incapaz de hablar. No se le ocurría qué decir.

—Tienes lo que hace falta para terminar lo que empezaste. Ahora tienes que decidir lo que quieres hacer.

Remy le dedicó una mirada asesina, se dio media vuelta y echó a andar hacia la destilería dejándola allí plantada.

Marlowe se quedó un rato allí pensando antes de volver a la casa arrastrando los pies. Se quitó las botas en el porche para evitar llenarlo todo de confeti de hierba, abrió sigilosamente la puerta y entró.

Arriba, encontró a Law exactamente igual que lo había dejado, dormido y cubierto con la sábana hasta la cintura. Tenía un brazo debajo de la almohada y el otro estirado hacia el hueco que había dejado en la cama.

El corazón se le paró.

Remy tenía razón. De repente lo vio con absoluta claridad.

No solo por la imagen de Law, también por el olor de su piel todavía envolviéndola, una mezcla de madera, jabón y whisky.

Era un hombre que podía y sabía cuidar de sí mismo. Un hombre entregado a cuidar de los demás y que también la había cuidado a ella, aunque no lo habría hecho de haber sabido la verdad.

Law se despertó con la sensación de un sueño placentero todavía en la cabeza. Bostezó y al desperezarse, sus músculos sobrecargados protestaron.

A medida que se estiraba en la cama, se dio cuenta de que algo le faltaba. Marlowe no estaba. Dos noches y su cuerpo instintivamente echaba de menos su presencia. Y su ausencia.

Trató de convencerse de que era curiosidad y no preocupación lo que le había hecho incorporarse bruscamente y ponerse unos pantalones cortos antes de bajar la escalera. La encontró arrodillada ante Layla, como el día anterior, y se negó a pensar era alivio que lo que sentía. Esta vez, en vez de estar forcejeando por un zapato, estaba murmurando algo mientras acariciaba las orejas de la perra.

—Parece que estoy teniendo un déjà vu —dijo suavemente para no sobresaltarla.

—Ah, ya te has levantado.

Al verla levantarse, Law sintió un nudo en el estómago. De nuevo se la veía tensa. Su postura era rígida.

Como si las últimas cuarenta y ocho horas se hubieran evaporado y con ellas todo lo que habían hecho y dicho. Marlowe incluso se había vuelto a poner la ropa con la que había ido, y junto a la puerta estaba su bolso y la bolsa del ordenador. Estaba pálida y evitaba mirarlo a los ojos.

Law acabó de descender la escalera con paso firme, tratando de mantener la calma a pesar del torbellino de pensamientos que daba vueltas en su cabeza.

«Sé que no puedo ser esa persona, pero por el amor de Dios...», recordó que le había dicho, asegurándole que era capaz de enfrentarse a cualquier cosa.

Había mentido. Allí estaba otra mujer deseando salir estar al otro lado de su puerta.

«¿Qué esperabas?».

Aquella era la pregunta más amable de las que daban vueltas en su cabeza.

«¿Qué interés podía tener una mujer como Marlowe Kane en un hombre como tú? ¿De veras pensabas que tenías una oportunidad?».

No, realmente no.

Sentía la decepción como una gran carga sobre los hombros y no le quedó más remedio que admitirlo. Una parte de él había empezado a tener esperanzas. Para qué, no lo sabía. Tampoco quería saberlo.

—Te vas —afirmó en vez de hacerle la pregunta.

Agachó la cabeza lentamente en un movimiento lento y mecánico, y su mirada se desvió hacia la ventana por la que entraba aquella luz dorada que bañaba el suelo de madera.

—Sí.

Law se cruzó de brazos sobre su pecho desnudo en un claro gesto de autoprotección.

—¿Qué ha pasado?

—La realidad, Law. Cuando me he despertado, mi buzón de correos electrónicos estaba saturado y tenía docenas de llamadas perdidas. Y todo mientras ayer estábamos retozando en el bosque como un par de adolescentes calenturientos.

Mientras la escuchaba, Law estudiaba los gestos de su boca y de sus cejas, aquellos puntos que delataban sus verdaderas emociones. El disgusto era real, las razones a las que se lo atribuía, no.

—Marlowe —dijo y esperó a que se volviera, aunque evitó mirarlo a los ojos—. Puedes hablar conmigo, lo sabes ¿verdad?

La tomó de la mano, pero ella se zafó.

—Hablar es lo último que me apetece. Cada vez que lo hacemos, no paras de darme donde más duele a la espera de que me venga abajo. Bueno, pues enhorabuena, misión cumplida. Has presenciado un extraño espectáculo, pero estoy deseando retomar mi vida.

Law se atrevió a dar un paso hacia ella.

—Cuando te vayas, mi vida no volverá a ser la misma.

Sus miradas se encontraron y supo que había entendido lo que había querido decir.

—No hagas esto, Law —dijo suavemente—. Por favor.

Quiso seguir hablando, pero se contuvo.

«No lo digas. Si se lo dices y se marcha, ¿sabes lo estúpido que te sentirás? ¿De veras quieres volver a pasar por lo mismo?».

—¿Sabes lo que distingue un buen whisky de otro mediocre? —preguntó y no esperó respuesta para continuar—. No es la cebada ni la primera destilación ni la segunda. Es saber reconocer cuándo dejas de usar la cabeza y te dejas llevar por el corazón. Es saber cuándo has llegado al punto que quieres darle el licor. Lo sé Marlowe, sé que a pesar de todo lo que estás diciendo ahora, hay algo entre nosotros que merece la pena intentar mantener.

—No es eso lo que me prometiste —replicó, dedicándole una mirada acusadora.

Era una acusación justa. En aquel momento, había pensado que podría quitársela de la cabeza.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de que me diera cuenta de que prefiero arrepentirme de decirte lo que siento que lamentarme de no haber sabido nunca lo que podría haber pasado si lo hubiera hecho.

La decepción se evidenció rápidamente en su rostro. Arrugó la frente, apretó los labios y su mirada se volvió vidriosa.

—Law —dijo dando un paso atrás y se dejó caer en el sofá de cuero—, no sientes por mí tanto como crees.

Él permaneció de pie, sin confiar en que sus piernas pudieran llevarlo al otro lado de la habitación sin revelar su nerviosismo.

—Creo que soy yo el que debe juzgarlo, ¿no te parece?

—No, no me parece —dijo negando con la cabeza.

—¿Por qué dices eso? —preguntó él.

Marlowe se quitó un hilo de la camisa.

—Creo que esta conversación no nos lleva a ninguna parte.

—Quiero saberlo —insistió Law.

Cuando lo miró a la cara, la expresión de Marlowe se había suavizado.

—Tu madre se fue cuando eras solo un niño y tu padre demostró no ser muy de fiar. Pasaste la mayor parte de tus años de adolescente tratando de sobrellevar la situación cuidando de la gente que tenías a tu alrededor. Personas que, aparentemente, deberían haber cuidado de ti. Ya de mayor tuviste una colección de novias que se aprovecharon de tu carácter amable. Fueron relaciones breves hasta que diste con Jessica. Con ella estuviste varios años —continuó Marlowe—. Llegaste a pensar que por fin habías encontrado a alguien que te apoyaría de la misma forma en que habías apoyado a los demás. Entonces te apuñaló por la espalda mientras luchabas por conseguir un futuro para ella y para toda tu familia.

Law se quedó clavado en el sitio.

—Entonces me conociste —prosiguió ella—. No necesito que me ayudes económicamente, así que si acepté quedarme unos días lo hice por cómo eras y no por lo que podías hacer. Te gustó esa sensación y eso te hace pensar que sientes algo por mí.

En su intento por comprender cómo la familia Renaud había terminado de la forma en que lo había hecho, Law había llegado a algunas de esas conclusiones. Pero nunca le habían sabido tan amargas.

Sintió que había perdido el control de la versión calmada que había conseguido construir durante el último año. El dolor ya no ocultaba la verdad sino una ira volcánica.

—Eres una cobarde.

Marlowe se enderezó en su asiento, dispuesta a defender su punto de vista.

—¿Cómo dices?

—Estás haciendo todo lo posible para convencerte de que la única razón por la que accediste a quedarte fue para quitarte una espina, cuando la verdad es que una parte de ti se siente tan abatida que lo arriesgaría todo para evitar volver a una vida claustrofóbica.

Se quedó con la boca abierta. Sus ojos brillaban como dos trozos de hielo.

—No sabes nada de mi vida.

—¿Ah, no? Hablemos de tu padre y de cómo todos los hombres que han pasado por tu cama han sido una decepción. Hablemos de cómo llevas toda la vida haciendo lo que se espera de ti, a pesar de que te está matando por dentro y robándote toda oportunidad de ser feliz.

—No quiero oír nada más.

Pero Law no podía contenerse. No podía seguir soportando la presión que había acumulado en su interior.

—La noche en que nos conocimos me acusaste de desnudarte con la mirada. Al menos yo admití que lo estaba haciendo. No has dejado de provocarme desde que llegaste aquí y te he seguido la corriente. Quería complacerte. Quería que pensaras que me estabas haciendo un favor cuando realmente te estaba dando la oportunidad de hacer lo que querías. Todo eso lo admito. Lo que no admito es que metas el rabo entre las piernas y huyas, y que luego finjas que no hay nada de lo que huir. Porque lo que he sentido mientras has estado aquí me asusta, pero al menos yo sí tengo las agallas de decirlo.

Unas lágrimas escaparon de sus ojos y empezaron a correr por sus mejillas. En un intento por contener el temblor de su barbilla, apretó los labios.

Maldición. La había hecho llorar.

No era más que otro matón en la larga y retorcida dinastía de los Renaud.

Pero algo en él no se doblegaba, no podía doblegarse a pesar del remordimiento. Ya había desnudado demasiado su alma y sabía que ella nunca haría lo mismo.

—Voy a necesitar que me lleves hasta mi coche —dijo secándose las lágrimas con un pañuelo de papel.

Demasiado cansado para discutir, Law se puso una camiseta y unos vaqueros y volvió con las llaves.

Marlowe se había levantado del sofá y permanecía como una estatua junto a la puerta. Tenía la bolsa del ordenador colgando de un hombro, y el bolso y la gabardina en el otro brazo. Las mejillas estaban secas y alzaba la barbilla desafiante. Todo rastro de vulnerabilidad había desaparecido.

No podía negar su admiración, a pesar de lo dolido que se sentía. Aquel orgullo era su armadura de guerra. La valquiria había vuelto.

El trayecto al ahumadero se hizo eterno. Ambos permanecieron en un silencio sepulcral.

Cuando llegaron al BMW de Marlowe lo encontraron cubierto de polvo y manchado de gotas de lluvia secas. Ella se levantó del asiento

antes de que el coche se detuviera completamente, como si no pudiera esperar a alejarse de él.

—Gracias —dijo bruscamente dirigiéndose hacia su coche—. Tendrás noticias en cuanto revise toda la información.

Apuntó con el mando hacia su coche y sonó un pitido al desbloquearse las puertas.

—Marlowe...

Su nombre le ardía en la garganta, y su voz sonó más grave y ronca de lo que le hubiera gustado.

Con gesto altivo ella se volvió. Law contempló por última vez los elegantes ángulos de su perfil.

—Te mereces algo mejor.

Entonces se metió en el coche, encendió el motor y salió de su vida.

Capítulo Doce

Law subió furioso la escalera que llevaba a la oficina y se encontró a Remy en su mesa, con gesto de preocupación y un montón de órdenes de pedidos en la mano.

—¿Qué ocurre?

Law arrojó ante su hermano el puñado de papeles con el membrete de Kane Foods que acababa de llegar en un sobre.

—Léelo tú mismo.

Se quedó observando a Remy mientras leía los documentos y, por su expresión, supo el momento exacto en que había llegado a la línea que le había disparado la presión sanguínea. Su hermano se puso rígido como si se estuviera preparando para recibir un golpe. Luego miró a Law entre sorprendido y consternado.

—¿Kane Foods cancela el acuerdo con 4 Thieves?

Al oírlo en voz alta, la ira le nubló la visión a Law. Cerró los puños con fuerza, deseando romper algo.

—Eso parece.

—¿Nos marean durante meses para acabar dándonos una patada en el trasero?

Dejó caer los papeles de golpe, haciendo saltar la taza vacía de café que había sobre la mesa.

Aunque a Law no le sorprendía tanto el giro de los acontecimientos, sí lo enfurecía. Patear traseros parecía dárselo muy bien a los Kane.

Remy se hundió en su asiento. En cuestión de minutos parecía haber envejecido una década. Si hubiera roto los papeles y los hubiera tirado por la barandilla, habría sido un alivio.

Pero la mirada apagada que su hermano dirigió a los alambiques hizo que una sensación de remordimiento invadiera a Law.

—Adelante.

Se armó de valor. Estaba preparado, casi ansioso, para el inevitable enfrentamiento.

En las siete semanas que habían transcurrido desde la visita de Marlowe Kane, Remy había seguido un horario extraño. Llegaba antes del amanecer para ocuparse del papeleo y se inventaba tareas en cualquier rincón de la finca para no coincidir con Law.

Sospechaba que ya conocía el motivo y confiaba en que aquel nuevo acontecimiento los obligara de una vez a abordarlo.

La silla chirrió cuando Remy se echó hacia atrás. Su gesto era inexpresivo.

—¿Qué? —preguntó en tono moderado.

Law echó atrás los hombros, llevado por la necesidad inconsciente de convertirse en objetivo y no en oponente.

—Adelante, dilo.

Remy tomó la taza de café, se la llevó a los labios y, al comprobar que estaba vacía, volvió a dejarla en la mesa.

—¿Decir qué?

Law buscó algo que hacer y se acercó a la cafetera para preparar más café.

—Dime que soy un idiota por aceptar la oferta de Kane Foods, que soy un hipócrita porque te advertí de que no tocaras a Marlowe Kane y fui yo el que le puso las manos encima. Ahora tendremos que salir a buscar otro inversor.

Empezó a salir vapor de la cafetera, la apartó y pulsó el botón de apagado.

Una sombra cayó sobre la mirada gris de Remy.

—No puedo decirlo.

Law atravesó la estancia y fue a sentarse en el sofá de cuero.

—Pero lo estás pensando.

—Lo que pienso es que es una suerte que esto sea una destilería porque ahora mismo necesito una copa.

Con ayuda de la navaja que siempre llevaba en el bolsillo, abrió una de las cajas y volvió a su mesa con una botella de whisky. Después de echar un buen chorro a su café, le ofreció la botella a Law.

Aunque todavía no eran las diez, la aceptó y bebió en solidaridad. Sintió el frío del cristal en los labios y el ardor del licor bajando por la garganta. A su cabeza volvió el recuerdo de la última vez que había bebido directamente de la botella, durante la tormenta, con Marlowe Kane. El repiqueteo de la lluvia sobre el tejado de hojalata mezclado con los jadeos sensuales de ella resonaban en sus oídos.

—¿Lo echas de menos? —preguntó Remy, devolviendo a Law al presente.

—¿A quién, a Augustin?

Era tan solo una suposición, ya que la malversación de fondos que había llevado a cabo era lo que los había llevado a buscar inversor.

Remy tomó su taza y le dio otro sorbo al café.

—A Zap.

Law miró a su hermano, sorprendido por el inesperado cambio de conversación.

—¿Por qué lo traes a colación? —preguntó.

—Era un ladrón y un mentiroso, y la razón por la que todos nosotros acabamos en el trullo antes incluso de tener edad de beber —explicó Remy.

Todos, menos Law. Y no porque no hubiera participado en algunos de los robos, sino porque sus hermanos se habían asegurado de que, por ser el menor, nunca fuera pillado.

—Todavía estoy esperando el pero —dijo Law y bebió otro sorbo de la botella.

—Pero —continuó su hermano—, Zap siempre tenía un plan.

No recordaba que Remy se hubiera dirigido a su padre como papá, tal y como hacían el resto de hermanos. Por primera vez en su vida se preguntó por qué.

—Creo que se habría metido en camisa de once varas para salir de nuestra actual situación.

—Seguramente —convino Remy, esbozando una medio sonrisa.

Luego apuró su café y dejó la taza a un lado.

—¿Esto es todo lo que han mandado? —preguntó, volviendo la atención al montón de papeles.

—No lo he comprobado.

Su mundo se había venido abajo al leer la línea que decía: En nombre de Kane Foods International, lamentamos comunicarle...

Remy palpó el sobre y sacó del interior otro azul más pequeño.

—¿Qué es esto?

Sacó la navaja y la pasó por debajo del sello de lacre con la letra K que sellaba la solapa. Dentro había una elegante tarjeta con letra cursiva.

—Pone tu nombre —dijo y le lanzó la tarjeta a Law como si fuera un disco volador.

La recibió en la mano, sintiendo una mezcla de curiosidad y temor.

¿Sería de ella?

Se trataba de una invitación al convite de la boda de Samuel Kane.

Los ruidos habituales del ajetreo diario de la destilería desaparecieron. De repente solo oía el retumbar de sus pulsaciones. Al ver una pequeña flecha dibujada con tinta azul en la esquina, volvió la tarjeta y leyó la nota que había manuscrita.

—¿Qué demonios...?

—¿Qué pasa? —preguntó Remy.

Law se acercó a la mesa de su hermano y le tendió la tarjeta.

—Míralo tú mismo.

—¿Por qué Samuel Kane te invita a su boda?

Remy levantó la vista y miró a Law, que había empezado a dar vueltas por la habitación.

—Al banquete —le corrigió y, dándose la vuelta, clavó los ojos en Remy—. Lee la parte de atrás.

Remy entornó los ojos y leyó la nota: Por favor, ven. Tenemos que hablar. MK.

—¿Qué demonios significa esto?

Law no tenía ni idea de qué quedaría por decirse. Había revivido su última conversación un millón de veces. A veces cambiaba algo, pero

siempre terminaba de la misma manera, con él disculpándose y ella marchándose.

—Significa que Marlowe Kane quiere que vaya al banquete de la boda de su hermano.

Remy dejó la tarjeta en la mesa y sacudió la cabeza.

—Hermanito, esta es la mejor muestra de lo que ha pretendido todo este tiempo.

Law se obligó a tomar aire para evitar ponerse a la defensiva.

—No sé muy bien adónde quieres ir a parar.

—Durante casi dos meses has estado alicaído como un adolescente enamorado sin una maldita palabra de ella. Ahora piensa que irás corriendo como un perrito faldero. ¿No podía haberte llamado o enviado un mensaje? Podía haber usado otro medio para invitarte a la boda de su hermano y no mandarte la invitación en el mismo sobre en el que nos comunican que Kane Foods no va a invertir en nuestro negocio —dijo Remy furioso.

—No sabemos si ella...

—¡Espabila, Laurent! —exclamó dando una palmada en la mesa—. Su padre es Parker Kane. Si todavía no te has dado cuenta de que Marlowe ha hecho exactamente lo que su padre le envió a hacer aquí, eres más tonto de lo que pensaba.

Habría preferido que le llamara cualquier otra cosa en vez de tonto. Aquel era el peor insulto en el vocabulario de Zap Renaud. Que su hermano lo hubiera usado con tanta naturalidad implicaba que no era la primera vez que se le pasaba por la cabeza.

—¿Qué es exactamente lo que ha hecho?

Law sabía que era una pregunta peligrosa.

—¿De veras necesitas que te lo cuente?

—Sí.

Remy se acercó a la barandilla y se aferró a la madera con sus manos agrietadas.

—Parker Kane estaba furioso. Esperaba que nos mostráramos más entusiasmados de que Kane Foods se fijara en nosotros, así que mandó a Marlowe para que buscara algo para rebajar su oferta inicial y darnos así un baño de humildad.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo ella la mañana que se marchó.

—¿Hablaste con ella esa mañana? —preguntó Law.

Las piezas empezaban a encajar.

Poco después de que el BMW de Marlowe desapareciera, había vuelto a su habitación con intención de quitar las sábanas y deshacerse de su olor. Al tomar la almohada, una nota había caído a sus pies.

Voy a estirar las piernas. Volveré para el desayuno.

M.

P.D.: Tú serás mi desayuno.

Se había quedado allí parado, preguntándose qué había cambiado desde que había escrito aquella nota hasta que había vuelto del paseo con gesto sombrío.

Ahora ya lo sabía.

Law hundió los hombros y deseó liberar la tensión que sentía en el pecho. Respiró hondo tres veces seguidas antes de hablar.

—¿Qué le dijiste? —preguntó.

No tenía ninguna duda de que su hermano le había dicho algo.

—Le conté la verdad —respondió desafiante—, que estaba dispuesto a soportar que la marioneta de Parker Kane metiera sus narices en nuestros informes, pero no sus manos debajo de los pantalones de mi hermano.

Law tuvo una sensación tan intensa de déjà vu que se sintió mareado.

Las peleas a puñetazos habían sido un rito de iniciación para los hermanos Renaud. Medían sus fuerzas entre ellos antes de salir al mundo exterior, donde todo era mucho peor.

Law y Remy solo se habían peleado una vez. Y todo por una mujer: su madre.

Al igual que aquella primera Navidad después de su marcha, las sensaciones eran las mismas: brazos inquietos, nudo en el estómago, tensión en la cara, sabor metálico en la boca...

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

Esa había sido la frase que Remy había pronunciado aquella mañana gris de hacía veintidós años. Ahora, la repetía Law.

—¿Te vas a quedar ahí defendiéndola?

—No la estoy defendiendo —dijo Law.

No podía hacerlo, pero tampoco podía soportar oír a su hermano hablar de ella de esa manera.

—Vino aquí, te fastidió a ti y nos fastidió a todos —dijo desde la barandilla, abarcando con un gesto toda la destilería—. Si quieres admitirlo o no, depende de ti.

Law se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos antes de hablar.

—Hermano, tú y yo hemos pasado por muchas cosas juntos, así que quiero que entiendas que lo que voy a decir lo hago con la mejor de las intenciones.

—Te escucho —dijo Remy e hizo una leve inclinación de cabeza.

—Si vuelves a decir una cosa así sobre ella, vamos a tener problemas.

—Ya tenemos un problema.

Law se volvió para mirar hacia la destilería, incapaz de enfrentarse a un físico tan parecido al suyo.

—Aceptaremos una de las otras ofertas para la ampliación...

—No se trata de la maldita ampliación y lo sabes —bramó Remy.

No solo lo sabía. Había cargado con el peso de ese conocimiento en su conciencia.

Sentía remordimientos por haber confiado en Augustin cuando Remy le había expresado sus dudas. Por no haber escuchado a Remy cuando había tratado de prevenirle sobre Jessica. Por los años de vida que su hermano había perdido a causa de su propia estupidez.

Remy se acercó a Law con los brazos cruzados, y ambos se quedaron mirando los alambiques. Habían compartido sangre, sudor y lágrimas para poner aquello en marcha.

—¿Sabes que no cambiaría nada de esa noche, verdad?

No lo preguntaba en tono triunfal sino de apoyo fraternal.

No hacía falta que Remy le dijera a qué se refería. Se trataba de la noche en que habían huido o, al menos, lo habían intentado.

Por entonces, Law tenía dieciséis años y Remy dieciocho. La frontera entre la adolescencia y la edad adulta entre ellos.

Había sido idea de Law dar un golpe en Robichaud's Salvage y robar el dinero suficiente para comprar billetes a Virginia en vez de gastar lo poco que había conseguido despistar.

Habían accedido al remolque con facilidad. Remy se había dispuesto a reventar la cerradura del cajón de la mesa de Blue Robichaud donde le habían visto guardar el dinero. Law estuvo vigilando los alrededores hasta que vio aquella foto pegada a la pared, justo al lado del viejo aparato de aire acondicionado.

Law se había quedado tan absorto que no se había dado cuenta del haz de luz que se filtraba por las venecianas hasta que Remy lo tomó por el cuello y tiró de él hacia la ventana que había al otro lado del remolque.

A pesar de las protestas de Law, su hermano lo había empujado fuera a la fuerza y le había gritado que corriera.

Y eso había hecho, dejando a Remy cargar con las culpas.

—¿Aunque te costara cinco años de tu vida? —preguntó Law.

—En especial por eso —replicó Remy mirándolo—. Cuando volví a estar en libertad, viví como un loco tratando de recuperar el tiempo perdido y ¿sabes lo que aprendí?

—No, pero estoy seguro de que vas a contármelo.

Remy apoyó una mano en la barandilla.

—No podemos huir de un pasado como el nuestro, hermano. Ni con alcohol ni con motos. Ni con planes de negocios ni con herederas millonarias. Hasta que no aceptes lo que llevas en la sangre, siempre serás ese chico asustadizo del pantano que busca su sitio.

—Voy a ir al banquete —anunció Law.

Lo había decidido nada más leer la nota y las palabras de su hermano solo habían servido para confirmar su decisión.

—Supongo que da igual lo que diga, no conseguiré convencerte de lo contrario.

Law sacudió la cabeza.

—Así es.

—Pase lo que pase... —comenzó Remy.

—Estamos solos tú y yo.

Como habían hecho muchas veces y en diferentes situaciones, hicieron aquel saludo con las manos que llevaban años sin hacer. Acabaron dándose con unas palmadas en la espalda y Law se fue a la casa a meter unas cuantas cosas básicas en una bolsa.

El traje lo compraría en Nueva York, algo acorde con el tipo de boda que imaginaba que sería.

Estaba decidido a ir porque necesitaba saber. Necesitaba mirar a Marlowe a los ojos y hacerle aquellas preguntas que rondaban en su cabeza sobre la auditoría, la inversión y todo lo demás.

Positivo.

En prácticamente cualquier otra circunstancia de la vida de Marlowe Kane, aquella palabra era bienvenida: teoría positiva de la contabilidad, ratio de endeudamiento positivo...

Miró la tira blanca que sujetaba entre sus dedos temblorosos y cerró los ojos con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, la pequeña ventana rectangular en el centro de la tira no había cambiado. Había un pequeño signo positivo y dos letras en mayúsculas.

Sí, estaba embarazada.

Se sentó en el escalón de mármol de la enorme bañera frente al ventanal. Al otro lado del cristal, millones de personas disfrutaban del sábado en el centro de Manhattan sin que ninguno de ellos supiera que una vida acababa de cambiar para siempre. La suya.

Una parte desesperada de su cerebro intentó pensar en alguna amiga que hubiera tenido un falso positivo. Al fin y al cabo, las pruebas de embarazo que se vendían en las farmacias no eran infalibles.

Aquella pequeña llama de esperanza enseguida se apagó al sentir que las náuseas le revolvían el estómago y la boca se le llenaba de saliva. Se levantó del escalón y fue dando tumbos hasta el inodoro, donde vomitó lo poco que había conseguido meter en el estómago desde esa mañana.

En los últimos días, aquello se había convertido en un ritual. Al principio, Marlowe se había convencido de que era consecuencia del estrés por el ajetreo de la inminente boda. Por eso se había escabullido del hotel esa mañana, para comprar una prueba de embarazo y así quedarse tranquila y poder concentrarse en la boda de su hermano.

Al menos, esa había sido su idea.

Cuando acabó de vomitar, cerró la tapa y apoyó la cabeza en la pared.

¿Qué demonios iba a hacer?

La pregunta era de aplicación no solo al resto del día sino al resto de su vida.

A pocas horas de la ceremonia, no podía permanecer abrazada a un inodoro en la suite presidencial del hotel St. Pierre.

Al otro lado de la puerta, Arlington Banks, que pronto se convertiría en Arlington Banks-Kane, y sus damas de honor charlaban alegremente mientras se ponían sus vestidos.

Pronto sería el momento de las fotos.

—¿Va todo bien ahí dentro?

Marlowe reconoció la voz cálida y melosa de Kassidy Nichols, la mejor amiga de Arlie. Aunque Kassidy había ido un año por delante de ella en la academia Lennox Finch, Marlowe recordaba su larga lista de logros académicos a pesar de que era frecuente que anduviera metida en líos. Siempre dispuesta a dar una explicación inteligente para una ausencia injustificada, Kassidy había desarrollado una frialdad natural que Marlowe admiraba en secreto desde una respetuosa distancia.

—Sí, enseguida salgo.

—Muy bien.

Bajó la cabeza y empezó a hacer cálculos.

Desde que se había implantado un anticonceptivo varios años antes no había tenido un ciclo regular, por lo que no sabía cómo calcular cuándo habría sido la concepción.

Lo que sí sabía era que solo había estado con dos hombres en el último año, y que esos encuentros habían estado separados por un lapso de tiempo de dos meses. Lo que significaba que el padre solo podía ser Law.

Lentamente buscó el toallero y se agarró a él para levantarse. Le ardían las mejillas y una fina capa de sudor cubría su espalda. Se apoyó en el mueble del lavabo y buscó su mirada en el espejo.

«Estás embarazada de Law Renaud».

Un escalofrío la recorrió. Se llevó la mano al vientre, aún liso bajo la túnica de seda verde que se habían puesto para la primera sesión de fotos.

Embarazada.

Unos golpes suaves en la puerta la sacaron de su ensimismamiento, y rápidamente recogió la prueba de embarazo y la guardó en el bolso de seda que Arlie había regalado esa mañana a cada una de sus damas de honor.

—¿Puedo pasar? —preguntó Kassidy en un tono de voz que casi parecía conspiratorio.

Se retocó el maquillaje a toda prisa y abrió la puerta.

Kassidy se apresuró a entrar y cerró la puerta antes de dejar un enorme neceser sobre la reluciente encimera del tocador.

Al comparar sus reflejos en el espejo, Marlowe no pudo evitar reparar en la diferencia de sus siluetas.

Kassidy era una obra maestra de curvas perfectamente proporcionadas. Marlowe, más alta, era bastante más plana.

¿Cómo le cambiaría un embarazo?

Kassidy abrió la cremallera del neceser y empezó a sacar cosas.

—A ver, cuéntame. ¿A qué nos enfrentamos? Resaca, intoxicación, ataque de ansiedad, náuseas matutinas...

Al ver el brillo pícaro en su mirada, Marlowe se dio cuenta de que la amiga de Arlie hablaba en tono burlón. Sin embargo, no pudo evitar palidecer.

—Cielo santo —exclamó Kassidy y la tomó del codo para acompañarla hasta el taburete de terciopelo que había junto al tocador—. Pareces un fantasma.

—Esta mañana... se me olvidó desayunar —mintió una vez sentada—. Es solo que estoy un poco mareada.

—Tengo el remedio.

Volvió a donde tenía el neceser, abrió el bolsillo lateral y sacó una barrita energética y una bebida isotónica.

—Anda, tómate esto —le ordenó.

Marlowe obedeció y en cuanto aquel líquido azul empezó a bajar por su garganta, se sintió más animada. La barrita energética parecía serrín con sabor a mantequilla de cacahuete, pero no le revolvió el estómago.

—Gracias —dijo con la boca llena—. ¿No me has oído, verdad?

—Ni pío.

Kassidy buscó en su bolso y sacó un frasco de pastillas naranjas.

—Entonces, ¿cómo has sabido...?

—¿Que estabas vomitando? —preguntó Kassidy mientras rebuscaba en una bolsa llena de medicamentos—. A mí me pasa lo mismo. Todo esto de hacer de dama de honor me revuelve el estómago.

Marlowe apuró lo que le quedaba de bebida, arrugó el envoltorio de la barrita, lo metió en la botella vacía y los tiró a la papelera.

—¿Qué llevas ahí, una farmacia entera?

—Solo algunas ayudas farmacológicas que pensé que podrían venir bien en un día como este. Tengo paracetamol, antiácidos, vitamina V...

—¿Vitamina V? —preguntó Marlowe.

—Valium —dijo Kassidy—. Esta mañana he tenido la tentación al menos en cuatro ocasiones de echárselo en el café al organizador de la boda.

Marlowe sonrió, aliviada de poder pensar en otra cosa que no fueran las consecuencias de la catástrofe que se cernía sobre su cabeza.

—¿Quieres algo para las náuseas? —preguntó Kassidy ofreciéndole otro frasco de pastillas.

Marlowe abrió la boca para decir que sí, pero de pronto se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué medicamentos podían ser perjudiciales en un embarazo.

—¿Qué tal unas pastillas de jengibre? Son naturales, veganas y orgánicas.

—Muy bien —dijo Marlowe.

Le dio una en la mano y dejó un puñado en la encimera.

—Te dejo unas extras.

Aquel pequeño gesto hizo que la tensión de sus hombros se relajara.

—Arlie ha hecho una buena elección —comentó Marlowe mientras se guardaba las pastillas en el bolso—. Eres una estupenda dama de honor.

Kassidy le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—¿Acaso esperabas otra cosa?

—Desde luego que no —dijo y se apoyó en la encimera de mármol para levantarse—. Creo que voy a ir a cambiarme, ya me encuentro mejor.

Kassidy la detuvo suavemente, poniéndole una mano en el hombro.

—No hasta que te arregle esa cara.

—A estas alturas, no creo que tenga arreglo.

Marlowe se volvió hacia el espejo y reparó en la palidez de su piel y en sus ojeras.

—Ya verás como sí. Espera, por favor.

Kassidy salió y volvió al cabo de unos minutos con un elegante maletín azul que parecía la versión en miniatura de una maleta antigua. Aquello le trajo a Marlowe el recuerdo nostálgico de su madre, un alma dulce y bondadosa con los ojos verdes de su hermano y el mismo pelo rubio que ella. Una mujer sabia que escuchaba pacientemente sus penas de adolescente y resolvía sus preguntas razonando sus respuestas.

¿Qué sabio consejo le daría su madre si aún siguiera viva?

—Muy bien —dijo Kassidy alzándole la barbilla—. Pongámonos manos a la obra.

Abrió el maletín y sacó una variedad de cosméticos. Luego se inclinó sobre Marlowe y le pasó una esponja de maquillaje por debajo de cada ojo.

—Arlie y Samuel, ¿quién lo habría pensado después de tanto tiempo? —comentó y suspiró.

Marlowe desde luego que no. Jamás habría imaginado que Samuel acabaría casándose. Durante años, Kane Foods había sido lo único que le había interesado. Tampoco habría imaginado que Mason sería su padrino después de tantos años llevándose mal.

—Increíble, ¿verdad? —convino Marlowe.

Tomó una gragea de jengibre, la desenvolvió y se la metió en la boca.

El sabor intenso enseguida despejó su nariz, calentó su garganta y calmó su estómago como por arte de magia.

—¿Crees en almas gemelas? —preguntó Kassidy.

Había pasado de la esponja a una brocha grande que embadurnaba en un recipiente de polvos sueltos antes de deslizarla por el rostro de Marlowe. La tensión de sus hombros se fue aflojando gracias a aquellos suaves toques por su frente, sus mejillas, su mandíbula...

No se sentía tan relajada desde... Ni siquiera recordaba desde cuándo.

—Si eso existe de verdad, la probabilidad de encontrarlo es de una entre mil. Y eso suponiendo que hayan nacido en la misma franja de edad. Si no, las probabilidades disminuyen.

—Ya veo que este ambiente romántico también te está afectando.

La agradable sensación de la brocha fue sustituida por unos toques a lo largo de sus pómulos.

—¿Y tú? ¿Crees en las almas gemelas?

—Creo en la energía y en que cada persona vibra a un nivel diferente. Creo que cuando conoces a alguien cuya energía complementa la tuya, esa atracción es lo más parecido a un alma gemela.

—Hmm —murmuró Marlowe.

—Lo mismo ocurre con el amor a primera vista —continuó Cassidy—. Más que amor es euforia, consecuencia de la descarga de dopamina y norepinefrina.

Bajo sus párpados apareció la imagen de Law apoyado con gesto arrogante en la pared del otro lado del salón de baile.

—¿Qué pasa si te sientes atraído por alguien físicamente pero no lo soportas cuando abre la boca?

—Uf.

—¿Qué? —preguntó Marlowe.

—En ese caso, pueden pasar dos cosas —contestó Cassidy aplicando el delineador con mano firme.

—Te escucho.

Era una verdad a medias. La mente de Marlowe había empezado a divagar. Estaba fuera de la suite presidencial, del hotel y de la ciudad. Había regresado a aquel claro tranquilo y frondoso donde había dejado escapar unas lágrimas estando en brazos de Law.

—Puede que pases un buen rato sin más complicaciones o que la cosa acabe buscando casa en las afueras y eligiendo guardería.

No pudo evitar imaginarse en una guardería, con el coche aparcado en la puerta mientras esperaba la salida de diminutos seres humanos al final de la jornada escolar.

—Muy bien —anunció Cassidy—. Creo que ya estás lista para la sesión de fotos.

Marlowe abrió los ojos. Cassidy le había dado vida a sus mejillas, borrando aquella palidez enfermiza. Incluso había conseguido que sus párpados no se vieran tan hinchados.

—¿Eres un hada madrina, verdad?

—Sí, de las que disfrutan de martinis y de fines de semana con algún atractivo empresario —dijo y dio un paso atrás para comprobar su obra—. Espera, falta algo. Ya sé.

Mientras rebuscaba en el neceser, Marlowe aprovechó para tomarse otra gragea.

—¡Aquí está!

Apartó el pelo de la frente de Marlowe y lo sujetó con un pasador de forma triangular e incrustaciones de piedras preciosas.

—Es de 1930, pero parece hecho para ti —dijo apretándole el hombro.

Unos golpes urgentes en la puerta precedieron el anuncio de Charlotte de que el organizador de la boda llegaría en quince minutos para acompañarlas hasta la azotea donde se celebraría la boda.

—¿No crees que deberíamos salir ahí fuera y vestirnos? —preguntó Cassidy—. Si no estamos vestidas cuando llegue, le dará un infarto.

Marlowe respiró hondo y se puso de pie.

—Vamos.

Una vez Cassidy hubo salido, Marlowe recogió su bolso de la encimera. Lo abrió y se quedó mirando la prueba de embarazo confiando en que el resultado fuera negativo y que los últimos quince minutos no fueran más que un extraño sueño.

El signo positivo continuaba.

Rápidamente cerró el bolso. En su interior, Marlowe guardaba un secreto que cambiaría su vida.

Capítulo Trece

El gran salón del hotel St. Pierre había sido transformado en un bosque otoñal para el banquete de Samuel y Arlie. Había adornos de cristal y velas por todas partes, creando un ambiente íntimo. Marlowe tomó asiento en la mesa asignada. Se sentía como si acabara de cruzar la meta de un maratón. Había soportado la ceremonia entera sin tener que salir corriendo por el pasillo para vomitar en alguno de los arreglos florales. Menos suerte había tenido a la hora de contener las lágrimas.

Primero, al salir del cuarto de baño y ver a Arlie con su vestido de novia. Más tarde, cuando Samuel, muy guapo con su esmoquin, se había emocionado al ver a Mason acompañando a Arlie hasta el altar ocupando el puesto de su padre fallecido. También cuando había pillado a su padre, entre el maremágnum de rostros, mirando hacia el altar con un gesto tierno que hacía años no le veía. Desde entonces, sus ojos se habían humedecido a cada rato a lo largo de la noche.

Si lograba superar la cena podría mezclarse entre la gente cuando empezara el baile y retirarse discretamente a su habitación a pensar qué haría con su vida. Pero cuando todo el cortejo nupcial se hubo sentado en la mesa presidencial, no tuvo muy claro que pudiera hacerlo.

Una gran mesa redonda colocada al frente del salón daba la oportunidad a los recién casados de interactuar con todo el grupo. Solo la silla al lado de Marlowe estaba vacía, a la espera de que la ocupara su padre, que no paraba de ir de mesa en mesa.

Un camarero impecablemente uniformado apareció con una botella de vino blanco de las bodegas de Willow Creek pertenecientes a la familia Kane. Marlowe permitió que le sirviera para no levantar sospechas, pero estuvo bebiendo agua.

Arlie se inclinó hacia el jarrón que decoraba el centro y le hizo un gesto para preguntarle si estaba bien. Se había quitado el vestido de novia y

se había puesto otro igualmente espectacular de encaje, más cómodo para bailar.

¿La respuesta breve? No. Decididamente no estaba bien.

La mezcla de olores que anunciaba el comienzo de una comida de seis platos le estaba provocando náuseas.

Contestó a su cuñada con una inclinación de cabeza, tomó el tenedor y empezó a hurgar en la ensalada de col crujiente y tubérculos asados. Se llevó a la boca un trozo de batata y lo masticó lentamente, confiando en que su estómago no protestara.

Después de la ensalada llegó la sopa. Se trataba de una crema de calabaza, el plato favorito de Samuel de los que les solía cocinar su difunta madre. Su recuerdo llenó sus ojos de lágrimas.

Parpadeó repetidamente, esbozó una sonrisa y miró a Arlie, que se había quedado de piedra, con la cuchara a medio camino hacía su boca. Marlowe sintió que el vello se le erizaba.

De repente, lo supo. Antes incluso de que el olor a jabón, humo de madera y ropa limpia llegara a su nariz. Antes de que su voz grave retumbara en sus oídos. Law Renaud estaba detrás de ella.

Uno por uno, todos en la mesa fueron volviendo la cabeza.

—Buenas noches —dijo a modo de saludo.

Aquellas dos palabras fueron suficientes para que sus pezones se endurecieran contra su sujetador a la vez que una sensación cálida se extendía por todo su cuerpo. Era la reacción a su cercanía, a pesar del tiempo que hacía que no se veían. No se atrevió a volverse para mirarlo por miedo a estallar en llamas.

Todas las miradas se fijaron en Marlowe, a la espera de lo que pudiera acontecer.

Con el corazón desbocado, rápidamente consideró las opciones que tenía y se aferró a la única que creía posible para evitar una escena.

—¿Nos disculpáis un momento?

Hizo amago de levantarse, pero una mano grande y cálida se lo impidió.

—No hace falta que te levantes —dijo Law, retiró la silla que estaba libre y se sentó—. No veo razón para que no podamos hablar aquí.

Al mirarlo de reojo, comprendió por qué su cuñada se había quedado de piedra.

Estaba impresionante con aquel traje azul oscuro, con chaleco y corbata a juego. Con aquella perilla y el pelo oscuro peinado hacia atrás, más parecía un atractivo villano de película que un invitado a una boda.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella bajando la voz.

—Tú me has invitado —contestó frunciendo el entrecejo.

Aquellas palabras la desconcertaron. Miró a sus hermanos. Todos tenían la misma expresión. ¿Qué demonios estaba pasando?

—No sé de qué estás hablando —replicó sin apartar la vista del centro de mesa.

—De esto.

Law se echó mano a la chaqueta, sacó una tarjeta del bolsillo y se la dio. Marlowe reconoció la invitación que Arlie había insistido en enviarle a pesar de sus protestas para que se la diera en mano. En el dorso, había una nota: Por favor, ven. Tenemos que hablar. MK.

MK. En seguida cayó en la cuenta.

—¿Qué has hecho? —preguntó volviéndose hacia su hermano.

Mason levantó las manos en señal de rendición.

—Antes de que te asustes...

—No te he mandado esto —dijo arrugando la tarjeta y lanzándosela a Law—. Mi hermano Mason hizo que pareciera que fui yo.

—Técnicamente, no hice que pareciera nada —terció Mason, y con una inclinación de cabeza, agradeció al camarero que le retirara el plato—. Supongo que vio las iniciales y dio por sentado que era yo.

—Has hecho muchas idioteces en tu vida, ¿pero esto? ¿Mandarle por casualidad una invitación a Law Renaud para la boda de Samuel y Arlie?

—Así que ese era nuestro invitado misterioso —intervino Cassidy, sentada al otro lado de Law, y le tendió la mano—. Soy Cassidy Nichols, dama de honor.

—Law Renaud —dijo estrechándosela—. No tengo ni idea de lo que está pasando.

Mason se recostó en su silla y puso la mano en el muslo de Charlotte, bajo la mesa.

—Te aseguro que no fue una casualidad —dijo contestando a la pregunta de su hermana.

Marlowe estaba superando el desconcierto inicial y empezaba a darse cuenta de que los demás no parecían demasiado sorprendidos. Incluso la forma en que Kassidy había empleado la expresión «invitado misterioso» adquiriría un nuevo significado.

—¿Sabíais esto? —preguntó sin poder dar crédito—. ¿Todos lo sabíais?

Miró a Samuel y luego a las mujeres que acompañaban a sus hermanos. Charlotte se volvió hacia Arlie y esta hacia Kassidy. Unas gotas de sudor perlaron la frente y el labio superior de Marlowe. El vestido de seda se le pegó al cuerpo como una segunda piel.

—No puedo creer que...

Respiraba entrecortadamente y le costaba hablar.

Aquello era culpa suya porque nadie en la mesa sabía lo que realmente había pasado durante el tiempo que había estado en 4 Thieves. Ni lo que había pasado después.

A su vuelta, Mason había hecho el intento de compensarla por haberla tenido desatendida. Le había hecho preguntas y ella le había dado respuestas sin entrar en detalles. Sí, Law le parecía agradable. Sí, lo había pasado bien. Sí, tal vez volviera a verlo si el trabajo se lo permitía.

Pero no se lo había permitido.

Sintió tensión en los hombros y se enderezó. Se sentía aturdida.

—Respira —le dijo Law al oído.

—Tengo un abanico.

Kassidy tomó el bolso de seda y empezó a rebuscar. Desesperada, lo vació sobre la mesa.

Marlowe vio el contenido desparramarse: la polvera, el lápiz de labios, la prueba de embarazo...

El signo positivo y la palabra «Sí» quedaron a la vista de todos.

En algún momento entre la interminable sesión de fotos, el cóctel y el banquete, Kassidy debía de haber tomado su bolso por error. De haber estado en otra mesa, habría recogido todo y lo habría vuelto a meter en el bolso.

Todos se quedaron mirando la prueba de embarazo como si fuera una granada de mano. El mundo a su alrededor pareció encogerse. Sentía miedo.

Arlie fue la primera en romper el silencio. Se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación.

—¿Kass? —dijo mirando a la dama de honor.

—Ah, no —replicó negando con la cabeza mientras volvía a guardar todas las cosas en el interior del bolso—. Esto no es mío.

Sus hermanos se volvieron con gesto preocupado hacia sus parejas y hablaron al unísono.

—¿No estarás...? —dijo Mason.

—¿Estás...? —comenzó Samuel.

—Estoy embarazada —terció Marlowe, reacia a que la descubrieran por descarte.

A su lado, Law dio un respingo, como si hubiera recibido una bala.

Marlowe se volvió y, por primera vez desde su llegada, lo miró a la cara. Él no dijo nada, ni tan siquiera parpadeó. Se quedó mirándola con un montón de preguntas reflejadas en su mirada, aunque la principal era evidente.

—Sí, es tuyo. Lo he descubierto esta mañana, justo antes de la ceremonia. Por eso no he tenido tiempo de... Pensaba...

—Tal vez —la interrumpió Samuel—, esta conversación debería continuar en otro sitio.

Marlowe siguió la dirección de su mirada y vio que su padre había llegado a la mesa de al lado. Estaba de espaldas a ellos.

—Vete —le instó Arlie—. Si alguien pregunta, diremos que ha surgido un imprevisto.

Law se levantó a la vez que ella. Marlowe tuvo que hacer acopio de fuerzas para que las piernas no le temblaran.

Al pasar a su lado, Samuel le tomó la mano y se la apretó, en un pequeño gesto de apoyo.

Se abrieron paso entre las mesas y salieron del salón. Luego recorrieron un pasillo lujosamente alfombrado y atravesaron el vestíbulo hasta el ascensor. Las puertas se cerraron y se quedaron a solas. Marlowe Kane, una heredera multimillonaria y Law Renaud, padre de su futuro hijo.

Capítulo Catorce

Law se quedó mirando el botón iluminado del piso treinta y nueve, furioso por la lentitud con la que avanzaban los números mientras subían. Ocho, nueve... Tuvo que contenerse para no empezar a dar vueltas como un animal enjaulado.

Estaba encerrado con una mujer cuya cercanía hacía que le hirviera la sangre, una mujer que literalmente le dejaba sin respiración.

Se había quedado merodeando nada más llegar al banquete, escudriñando las mesas a la espera de ver hacia dónde se dirigía antes de exponerse al escrutinio del resto de invitados. Cuando la vio sentada sola en una mesa, la imagen le hizo perder todo el aire de los pulmones.

Era exquisita, mucho más guapa de lo que recordaba. Sus labios gruesos, sus ojos azules, su brillante pelo rubio, la elegancia de sus movimientos...

Había tenido que tomarse un par de chupitos antes de atreverse a dar un paso en su dirección. A la vista de lo que había pasado, se alegraba de haberlo hecho.

Su corazón no había dejado de latir con fuerza desde que Marlowe había dicho que estaba embarazada. El estómago le había dado un vuelco hasta que se había dado cuenta de que no tenía ninguna razón para pensar que aquel embarazo tenía que ver con él.

Entonces la había mirado a los ojos y, antes de que se lo dijera, lo había sabido.

Ninguno de los dos había dicho nada desde que se habían levantado de la mesa, como si estuvieran de acuerdo en que lo que tenían que decirse no pudieran hacerlo en un pasillo o en un ascensor.

Aunque tampoco sabía qué decirle. Aquella noticia bomba lo había dejado sin palabras, dando vueltas a una serie de preguntas para volver

siempre a las mismas. ¿Habría decidido seguir adelante con el embarazo? ¿Qué quería él?

El ascensor se detuvo y un sonido musical anunció su liberación de aquel cubículo.

Un fuerte deseo carnal se acumuló en sus entrañas al ver cómo el vestido de seda se ceñía a su trasero al caminar. El escote de la espalda dejaba entrever que no llevaba sujetador, al menos no de los normales, lo que avivó las llamas de su interior.

Marlowe se detuvo a medio camino, buscó en su bolso la llave magnética y la introdujo en el panel de la puerta.

La siguió al interior y de repente deseó que la habitación fuera más lujosa. Una suite habría estado bien, con una zona de estar independiente en la que poder hablar lejos de la cama.

—Ponte cómodo.

Se quitó los zapatos de tacón y dejó la llave en la mesa de la entrada, junto al bolso.

Su mirada se detuvo por unos segundos en la seda verde y sintió el repentino impulso de comprobar lo que había debajo.

Estaba embarazada, a pesar de tomar anticonceptivos. No le había preguntado de qué tipo, pero teniendo en cuenta de que se trataba de Marlowe, estaba seguro de que sería eficaz en un noventa y nueve por ciento.

Marlowe se acercó al mueble de madera de debajo de la televisión y abrió las puertas, descubriendo un minibar.

—¿Quieres un trago de algo?

—Lo mismo que tú vayas a beber —contestó.

Se odió por aquellas palabras. Sabía muy bien lo que estaba haciendo. Era su forma de adivinar la respuesta a su primera pregunta sin hacerla en voz alta.

El corazón se le encogió al ver que dirigía la mano hacia una botella de vodka y respiró aliviado cuando tomó otra de agua mineral con gas.

—¿Esto cuenta como trago? —preguntó mientras se servía el contenido en uno de los vasos del mueble.

—Esa pequeña botella debe de costar unos veinte dólares, así que supongo que sí.

—¿Qué quieres tomar?

A pesar de que necesitaba coraje para aquella conversación, no quería beber algo más fuerte delante de ella.

—¿Hay agua sin gas?

—¿Quieres agua de manantial de los Alpes suizos —preguntó ofreciéndole una botella de cristal—, o el caballero prefiere agua del grifo?

—Tomaré la de los Alpes —dijo—. Solo para que no quedes como una presuntuosa.

—¿En vaso o directamente de la botella?

—¿Me estás diciendo que hay gente que se sirve agua de una botella de cristal en un vaso de cristal?

—Alguna gente sí —contestó y, decidiendo por él, abrió la botella y la vació en un vaso—. Es una experiencia sensorial completamente diferente.

—¿Gente como tú?

Era una conversación absurda, pero se sintió aliviado de que sirviera para rebajar la tensión.

—Te equivocas. Jamás habría abierto el minibar.

—¿Y eso?

—Soy contable, Law. Odio los minibares por principios. La idea de pagar quince dólares por una chocolatina me resulta ofensiva.

—¿Esta noche vas a hacer una excepción?

—Creo que lo merece.

Marlowe se sentó en el banco que había a los pies de la cama y Law lo hizo en una butaca que había en el rincón.

—Bueno, Law Renaud —dijo dedicándole una sonrisa lánguida—. ¿Qué demonios vamos a hacer?

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que la prueba pueda estar equivocada?

—Si no fuera porque llevo varios días vomitando sin parar, lo consideraría una posibilidad.

—Lo siento.

—No es culpa tuya —replicó encogiéndose de hombros—. Bueno, supongo que sí, aunque no lo hiciste a propósito.

Law se mordió en interior del carrillo. Cualquiera cosa con tal de que su mente no recordara aquella parte de su situación.

—¿De cuánto estás? —dijo y fingió calcular, a pesar de que ya lo había hecho—. ¿Siete semanas?

—Nueve —lo corrigió.

—¿Nueve? —repitió extrañado.

—Se calcula desde el primer día de... ¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—El primer día de la regla es cuando se empiezan a contar los nueve meses, aunque la ovulación no tiene lugar hasta unos doce o catorce días después. Entonces, durante un periodo de doce a veinticuatro horas se es fértil. Eso no debería ocurrir si se tiene implantado un DIU.

—Así que estás de poco más de dos meses.

Marlowe se apoyó en las manos y se cruzó de piernas. La apertura del vestido dejó al descubierto su muslo.

Law apretó con fuerza el vaso hasta que los nudillos se quedaron blancos. Recordaba lo suave que era su piel y cómo se había estremecido cuando le había acariciado las curvas de sus caderas.

—Tendré que hacerme una ecografía para estar completamente segura, pero teniendo en cuenta la fecha de la... auditoría, no creo que ande muy descaminada.

Aquellas palabras despertaron ciertas dudas en su cabeza, permitiendo que se filtrara una idea sospechosa.

«Te fastidió a ti y luego nos fastidió a todos».

Aquella cantinela le asaltó, pero no en la voz de Remy sino en la de su padre, lo que le recordó las preguntas que había querido hacerle antes de que el descubrimiento de su embarazo lo desviara. Esas preguntas todavía necesitaban respuesta.

—¿Vas a hacerte una?

—En cuanto me dé cita mi ginecóloga. ¿Me lo preguntas porque quieres acompañarme?

Su tono burlón le hizo sentirse más imbécil. Le daba más crédito del que merecía. Bajo su deseo de mostrarle su apoyo, aquella voz seguía susurrando.

«Entérate bien de cuándo se produjo la concepción. Entonces podrás tomar una decisión, si es que hay algo que decidir».

—Sí, si no te importa —contestó, tratando de ignorar sus pensamientos.

—En absoluto. ¿Cuánto tiempo pensabas quedarte en la ciudad?

—No mucho —dijo Law mirando el contenido de su vaso.

—¿Habías venido solo para ver qué tenía que decirte? —preguntó Marlowe y dejó el vaso después de apurarlo.

—No del todo. Yo también quería hablar contigo de algo. Cuando llegó la invitación, no venía sola —dijo y se quedó mirando su expresión antes de sacar una hoja doblada en cuatro.

—Ese traje está lleno de sorpresas.

Se inclinó hacia delante, tomó el papel y lo desdobló. Law vio el momento exacto en que su sonrisa desapareció.

La primera página de la carta en la que se informaba de la decisión de cancelar la inversión de Kane Foods pasó de su mano al banco donde estaba sentada.

—Remy me contó la conversación que tuvisteis la mañana en que te fuiste. Sé que tu padre te mandó a 4 Thieves a descubrir algo que le permitiera rebajar la oferta inicial que nos había hecho y darnos una lección.

Marlowe palideció. No sabía qué decir.

Aquella no era la situación que Law había ensayado mientras conducía desde Fincastle. Algo había cambiado en la hora que había transcurrido desde que había entrado en el vestíbulo del St. Pierre. Había vuelto a ver a Marlowe por primera vez desde el verano, se había sentado a su lado en la mesa, la había mirado a los ojos y había descubierto que en su interior llevaba una vida que habían creado juntos.

En ese pequeño espacio de tiempo, por fin se había dado cuenta de la verdad. Esa era la única respuesta que había ido a buscar. Quería saber si realmente era un tonto o si lo que le decía su cabeza lo sentía en el corazón. Quería convencerse de que compartían algo real y auténtico.

—Voy a apoyarte en lo que decidas hacer con este embarazo. Quiero que lo entiendas. Pero antes de marcharme de esta habitación, quiero que conozcas mi postura.

Marlowe respiró hondo y se puso de pie. Se abrazó por la cintura y se acercó a la ventana dándole la espalda.

Law la oyó sollozar y se levantó de la silla. Atravesó la habitación y se quedó a cierta distancia. No estaba seguro de tener la fuerza para hacer aquello dos veces.

—Han pasado dos meses desde que te fuiste y todavía no he conseguido olvidarte. He hecho todo lo posible para acabar con esta ridícula atracción que siento por ti, y nada ha funcionado. Lo peor ha sido después de enterarme de que Kane Foods había perdido el interés por nosotros. Mi hermano llegó a insinuar que te acostaste conmigo para crear una cortina de humo y ocultar tus verdaderos motivos —dijo tratando de mantener la calma—. Y entonces, paso una hora contigo esta noche y todo se me olvida. Ese es el tipo de poder que tienes sobre mí.

Marlowe respiró entrecortadamente y se volvió hacia él. Unas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Law...

—Deja que termine lo que quiero decirte —dijo alzando la mano para hacerla callar—, y no volverás a oírlo nunca más.

—Si decides tener el bebé, quiero estar ahí. Da igual lo que tenga que hacer para conseguirlo.

Era lo que deseaba. Quería que un hijo suyo disfrutara de todo lo que nunca había tenido: seguridad, formación, cuidados, el cariño incondicional de una madre y un padre, una familia...

Apretó el puño contra el dolor que sentía en el pecho.

—Pero si Remy tenía razón y todo lo que ha pasado entre nosotros ha sido parte de un plan, necesito que me lo digas. Necesito oírlo directamente de tus labios porque creo que es la única forma de que me entre en la cabeza que tengo que olvidarte de ti.

No podía engañarse pensando que se lo estaba pidiendo. Le estaba suplicando una respuesta.

Marlowe se abrazó con más fuerza mientras las lágrimas escapaban de sus ojos cerrados. Law no pudo seguir conteniéndose. A pesar de que

estaba deseando estrecharla contra él y abrazarla hasta que las lágrimas cesaran, se conformó con acariciarle suavemente la barbilla y levantársela.

—Por favor, Marlowe.

Ella buscó su mirada y separó los labios para hablar.

Tres golpes sonaron en la puerta.

Pensaron que sería el personal del servicio de habitaciones y al ver que nadie decía nada, se quedaron en silencio pensando que quien fuera que estuviera al otro lado de la puerta se marcharía.

De pronto, se oyó el pitido de una llave magnética pasando por el sensor.

Law ya estaba a medio camino de la puerta cuando se dio cuenta de que se había movido.

—¡Eh! —exclamó al ver que la puerta se abría—. Esta habitación está ocupada.

—Ya lo sé —resonó una voz potente desde la penumbra de la entrada antes de que un hombre entrara.

La furia y la adrenalina se le dispararon, y cerró con fuerza el puño al reconocer aquel rostro.

Era el rostro de Parker Kane.

Capítulo Quince

Miró alternativamente a Law y a su padre a través de sus ojos llorosos.

El día la había dejado agotada y tan emocionalmente hundida que la idea de que se hubieran encontrado por casualidad en su habitación del St. Pierre no le producía ningún temor.

En aquel instante, ambos hombres se batían en un duelo de miradas. Por un lado, la insurgencia abrasadora de Law frente a la superioridad gélida de Parker Kane. El primero, con un porte físico evidentemente superior a su oponente. Por su parte, el poder del patriarca de los Kane residía en su aura, como solía pasar con los emperadores.

—Padre —dijo ella—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a ver cómo estabas —contestó inclinando la cabeza—. Llevas todo el día alicaída y no concibo qué, aparte de una enfermedad, podría impedirte estar celebrando la boda de tu hermano. Ahora veo que me faltaba imaginación —dijo mirando a Law, que se había quedado rígido como un soldado en su intento por mantener el control.

Habría preferido que no usara el verbo concebir. Una elección desafortunada en una respuesta que mezclaba una falsa preocupación, una crítica velada y un desafío.

Impresionante y muy efectivo.

El hecho de que supiera reconocer las artimañas manipuladoras de su padre no implicaba que fuera inmune a sus consecuencias.

Se sentía culpable por perderse un momento tan importante en la vida de su hermano, a la vez que herida, enfadada, confusa y aterrorizada.

Aterrorizada por lo que sabía que debía decirle a los dos hombres que tenía ante ella. Asustada porque sabía que las preguntas que necesitaba

hacerle a su padre contestaría las de Law, y no en el sentido que le gustaría.

Se le hizo un nudo en el estómago y decidió volver a sentarse en el banco al pie de la cama. Una vez allí, sacó la hoja desdoblada y se la tendió a su padre para que la leyera.

—¿Por qué se mantuvo en secreto la cancelación de la inversión en 4 Thieves?

—¿Es por eso por lo que se ha colado en la boda de mi hijo? —preguntó arqueando una ceja y mirando a Law—. ¿Acaso es una manera torticera de revertir mi decisión?

—No se ha colado, padre. Mason lo invitó.

—Todos sabemos que Mason es muy impulsivo...

—Con el permiso de Samuel —lo interrumpió Marlowe—. Así es como he sabido que él también desconocía la carta de cancelación. Samuel nunca se lo hubiera permitido si lo hubiera sabido y dentro de Kane Foods, él lo sabe todo. ¿Por qué les pediste a nuestros abogados que enviaran esa carta sin decir nada?

—Creo recordar que a tu vuelta de la auditoría pediste que todos los asuntos referentes a 4 Thieves los llevara otra persona.

—Una auditoría cuyos resultados sugerían que 4 Thieves tenía un valor bastante superior a lo establecido en un principio —dijo, arrojando el papel al banco—. ¿Por eso querías cancelar la inversión, verdad? ¿Porque sabías que no podrías convencerlos de que te dieran un mayor porcentaje a cambio de tu generosa inversión?

—No estaba del todo seguro de que las cifras de tu informe fueran...

—No hagas parecer que no sé de lo que hablo —estalló, encendida por el cóctel de hormonas y la adrenalina disparada, y se puso de pie—. Sabes que se me da muy bien hacer las cosas en tu propio beneficio. Al fin y al cabo es lo que suelo hacer.

Se hizo un silencio ensordecedor.

Buscó el rostro de Law. No tenía ni idea de qué estaría pensando ni si tendría oportunidad de explicarle que lo que había hecho había sido a petición de su padre.

Nunca había cruzado los límites legales. Sin embargo los éticos...

—¿Creo que esa es la verdadera razón por la que querías salir de esto, verdad? No por algo que hiciera 4 Thieves, por algo que no hice yo.

—Marlowe —dijo su padre con aquella forma que hacía que su nombre sonara frívolo—. Creo que las emociones del día te tienen alterada. Quizá deberías quedarte aquí y descansar.

—No.

La voz potente de Law la sobresaltó. Hasta ese momento había permanecido en silencio, observando. Dio un paso al frente, apretando los puños.

La ternura que había visto en los ojos de su padre durante unos segundos, desapareció.

—¿No qué?

—No la desprecié así —dijo cruzándose de brazos—. Le ha hecho una pregunta, conteste.

El aire se había solidificado y era imposible que entrara en sus pulmones. Jamás en su vida había visto a nadie hablarle así a su padre.

Aunque Parker Kane fuera más bajo en estatura, se las arregló para mirar por encima del hombro a Law.

—Todavía no sé por qué está aquí.

—Porque estoy esperando un hijo suyo.

Su padre echó la cabeza hacia atrás como si le hubieran echado el contenido de un vaso a la cara. Parpadeó rápidamente varias veces seguidas y palideció.

—Supongo que lo has sabido hace poco, ¿no?

—Esta mañana.

—Sé que esto puede parecer una catástrofe —dijo en tono casi conciliador—, pero tienes varias opciones entre las que elegir.

—Ya lo he decidido —replicó Marlowe.

Law dejó caer los brazos a los lados. Sus ojos se encontraron y mantuvieron las miradas.

—Voy a tener el bebé.

—No puedes hablar en serio.

Por el rabillo del ojo vio que su padre permanecía rígido como un espantapájaros.

—Hablo muy en serio —dijo mirando a Law, que parecía sentir un gran alivio.

—No hace falta que seas tan impulsiva —terció Parker Kane agitando una mano en el aire—. Decisiones como esta requieren su tiempo. Hay que analizarlas detenidamente. Habíamos hablado de nombrarte directora financiera. ¿Has pensado cómo se vería afectada tu carrera?

—Muchas veces.

Era verdad. Estaba convencida de que nadie pensaba más rápido y con mayor claridad que una mujer con una prueba de embarazo positiva en la mano.

—También tienes que considerar tu vida personal —continuó su padre—, tu futuro. Dar con alguien dispuesto a criar al hijo de otro puede ser tan difícil como criarlo tú sola.

Marlowe apretó los puños hasta clavarse las uñas mientras la ira la invadía. No podía soportar aquel desprecio hacia Law como padre y como socio, aquella ironía repugnante, aquella arrogancia.

—¿Cómo se atreve a darme lecciones de cómo ser un buen padre? —preguntó con voz temblorosa por la emoción.

—Tú, que ignoraste, criticaste y degradaste a Samuel hasta que pensó que lo mejor que podía hacer para conseguir tu atención era apartar a su hermano de la compañía familiar. Tú, que prodigaste a Mason con toda clase de elogios para que ocupara el puesto que más te convenía, pero que lo deprimió tanto que a punto estuvo de quemar su mundo para salir de él. Tú, que a pesar de todos los trofeos y reconocimientos que gané jamás me dedicaste un momento hasta que me comprometí con Neil Farnsworth Campbell —dijo inyectando veneno a cada sílaba de aquel nombre—. Por eso estuve comprometida con él tanto tiempo, no porque temiera perderlo, sino porque temía perderte a ti —añadió con lágrimas rodando por sus mejillas—. Puede que no sepa cómo va a afectar esto a mi carrera o a mi vida, pero de algo estoy segura. Con Law como padre, mi hijo nunca conocerá esa clase de dolor.

Parker Kane parecía que había recibido un puñetazo, a diferencia de Law, que estaba más calmado aunque igualmente sorprendido.

—Puede que esto haya sido un accidente, pero no es un error —añadió.

Su padre suspiró, entrelazó las manos en la espalda y se acercó a la ventana, tal y como solía hacer cada vez que sus hermanos o ella le fallaban de alguna manera irreparable.

—Por favor —dijo ella con una vehemencia que los sorprendió—. No me dejes. Ahora no.

Se quedó petrificado, tan elegante e inmóvil como las esculturas que adornaban los jardines de Fair Weather Hall.

—Llevo todo el día pensando en mamá. Seguro que habría estado muy guapa y habría disfrutado bailando con Samuel.

Se le hizo un nudo en la garganta e hizo una pausa para respirar.

—No he dejado de pensar en las cosas que le habría preguntado, empezando por qué se siente estando embarazada —dijo y dio un paso hacia su padre—. Nunca me lo contó. ¿Tú te acuerdas?

Parker parpadeó un par de veces. Tenía los ojos vidriosos.

—Estaba trabajando como encargado en el almacén de Kane Confections en Hoboken cuando lo descubrió. Me trajo la comida en una cesta de pícnic y nos sentamos en una mesa de piedra que miraba al Hudson. Sacó un termo de café y a continuación una taza que decía... —su voz se quebró y tragó saliva—. Decía: El mejor padre del mundo.

No podía haber sido mayor ironía.

—¿Cuándo descubristeis que esperaba gemelos? —preguntó deseando conocer todos los detalles.

—Cuando estaba de cinco meses. Por entonces estaba releendo El halcón maltés. Cuando descubrimos que eran niños dijo que quería que el primero que naciera se llamara Samuel y el segundo Mason. Perry le parecía un nombre muy estirado.

Marlowe sonrió para sus adentros ante la intuición que había guiado su elección.

—Cerezas recubiertas de chocolate, ese fue su único capricho. Solía llevarle cajas del trabajo.

Imaginarse a sus padres tan jóvenes y enamorados le resultaba tan extraño como imaginarse a su padre de encargado de la división de confitería, a pesar de que la fortuna de los Kane ya llevaba dos generaciones bien asentada.

—No es esto lo que esperaba que ocurriera ni cómo pensaba decírtelo, pero...

Marlowe miró a Law. Su expresión beligerante había dado paso a otra más dulce, más triste y nostálgica.

—Quiero hacer esto —prosiguió ella—. No sé cómo va a resultar, pero sé que quiero hacerlo.

Con aquello, el hechizo del recuerdo se rompió.

—Has sido excepcional en todo lo que te has propuesto, Marlowe. Estoy seguro de que ser madre no será diferente.

Aquel hombre que siempre había sido un tirano permaneció rígido mientras ella se abalanzaba sobre él y lo abrazaba.

—Gracias, padre —dijo apoyando la mejilla húmeda en su camisa.

Parker le dio unas palmaditas en la espalda antes de romper el abrazo y rápidamente recuperó la compostura.

—Bueno, creo que pronto comenzarán con los brindis.

Marlowe le ajustó la pajarita del esmoquin.

—Enseguida bajamos.

Su padre dio media vuelta y enfiló hacia la puerta. Entonces, para su sorpresa, Parker Kane se detuvo ante Law y le tendió la mano.

Marlowe vio contradicción en los ojos ámbar de Law al bajar la mirada. No tenía ningún motivo para estrechársela después de la forma en que su padre lo había tratado, conspirando contra él e insultándolo directamente.

Aun así se la estrechó.

Porque ese era el tipo de hombre que era, el tipo de padre que sería, y necesitaba estar seguro.

Una vez liberada la adrenalina, Law se quedó físicamente agotado y mentalmente aniquilado a pesar de no haber hecho otra cosa que permanecer quieto en el sitio durante quince minutos. Había visto cómo Parker Kane le hablaba a su hija y se había quedado callado cuando le había cuestionado a él el aire que respiraba.

Había tenido que hacer un gran esfuerzo por contenerse, aunque no tanto como cuando Marlowe había anunciado que esperaba un bebé suyo. Había deseado abrazarla, protegerla a ella y a la vida que albergaba en su interior del resto del mundo.

Todavía lo deseaba, pero tenía que ser ella la que lo eligiera.

—¿Estás bien?

Law se alejó de la pared, pero mantuvo la distancia entre ellos.

—Tenías razón cuando dijiste que era una cobarde —dijo sin contestar a su pregunta.

—No quise decir eso.

—Sí —insistió—, tenías razón. Estaba asustada. Estoy asustada, la verdad sea dicha.

Él asintió lentamente. ¿Estaba también asustado?

—Tener un bebé es...

—Estoy asustada de ti, Law. Asustada por lo que has hecho que viera de mí misma.

—Marlowe, no...

—Tú ya has dicho lo que tenías que decir —afirmó levantando la mano para interrumpirlo—. Deja que ahora hable yo —añadió sin dejar de abrazarse.

—Adelante —dijo, tratando de mantener una expresión neutral.

—Me preguntaste sobre lo que pasó entre nosotros cuando estuve en 4 Thieves. Fui allí con la intención de hacer exactamente lo que mi padre me había mandado hacer. Con la información que reuní, podría haberlo hecho. Remy tenía razón en eso.

Law entrecerró los ojos al oír mencionar el nombre de su hermano.

—Todavía me gustaría partirle la cara por lo que te dijo aquella mañana.

—Intentaba protegerte, Law, proteger la destilería y a sus empleados. Lo que hice... fue algo egoísta e irresponsable.

—Creo recordar que fuimos dos los que participamos —dijo con voz ronca.

—Pero las consecuencias no son las mismas para los dos, por eso me marché. Lo que sentía contigo, lo que sentía por ti, era auténtico. Y no quería ser una persona más en tu vida que te quitara algo que no podría devolverte.

—Tú no...

—Lo habría hecho. Sin intención, pero lo habría hecho. Eso es a lo que me refiero cuando digo que me has ayudado a ver cosas de mí misma. Al darme cuenta de eso, también te entendí mejor. No sé si te das cuenta de lo maravilloso que eres.

Dejó caer los brazos a los lados y Law no pudo evitar clavar la vista en su vientre, todavía imperceptible bajo su vestido. Luego se acercó a él, tomó su rostro entre las manos y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Cada vez que pienso lo que soportaste de niño, lo que tuviste que superar de adolescente, lo que has construido de adulto... Es increíble que después de todo el dolor que tu padre te hizo sufrir encontraras la manera de perdonar al hermano que te traicionó y que puso en riesgo el negocio que tú mismo construiste. ¿Te das cuenta de lo peculiar que es eso, de lo peculiar que eres?

La espalda se le cubrió de sudor y la camisa se le pegó. Se soltó la pajarita y se desabrochó el cuello, convencido de que despedía vapor.

—Lo que quiero decir es que cualquier niño se sentiría muy afortunado de tenerte como padre. Yo lo estaría, Law —dijo bajando la mirada, sus ojos llenos de lágrimas—, si todavía me quieres a tu lado.

Law le acarició la mejilla y acercó los labios a los suyos.

—Ya eres mía.

Deslizó los dedos entre su pelo sedoso, tomando su cabeza mientras reclamaba su boca con avidez. Ella le correspondió con tanto ansia que ambos acabaron jadeando.

—Tenemos que hacer acto de presencia ahí abajo —dijo ella.

Law se atusó el pelo, en un intento por distraerse para que la sangre no se acumulara en su entrepierna.

—¿Cuánto tiempo tenemos que estar?

—Lo suficiente para hacer el brindis y pillar un trozo de tarta —respondió ajustándole la pajarita—. Luego, podemos ir a tomárnoslo a la cama —añadió mirándolo con picardía.

—Tenía pensado disfrutar antes de la cena —afirmó y la besó suavemente en los labios—. Postdata: tú serás mi cena.

—¿Los seis platos? —preguntó ella tomándolo del brazo.

Law abrió la puerta y juntos se dirigieron al ascensor.

—El siete siempre ha sido mi número de la suerte.

Epílogo

Marlowe contuvo la respiración al sentir el gel frío sobre la piel de su vientre. Tenía los dedos entrelazados con los de Law.

—¿No podía haberlo calentado antes?

Law, sentado junto a la camilla, observaba atento la preparación de la ecografía. Su pregunta le valió una mirada reprobadora por parte de la médico.

—Relájate —le dijo Marlowe acariciándole la mejilla.

—Estoy relajado —insistió él y a punto estuvo de tirar la bandeja con instrumentos al cruzar un tobillo sobre la otra pierna.

Marlowe intercambió una mirada significativa con la doctora, antes de que esta tomara la sonda y se acercara a la camilla.

—¿Listos?

—Sí —se apresuró a contestar Law y clavó la vista en el monitor.

En los cuatro días que Law llevaba en Filadelfia, apenas habían salido de la cama. En parte, por el cansancio después de la boda, pero también por el deseo insaciable de ella. Law no había puesto ninguna objeción para complacerla, a pesar de las náuseas matutinas.

Una imagen en blanco y negro apareció en la pantalla cuando la doctora comenzó a mover la sonda sobre el vientre abombado de Marlowe. De repente apareció una sombra oscura en el centro.

—Ahí, ¿lo veis? —preguntó la doctora.

Marlowe enseguida se dio cuenta. En el centro de aquella sombra se adivinaban dos pequeños embriones del tamaño de una judía.

—Son gemelos —añadió al ver que no contestaban.

Marlowe se llevó la mano a la boca mientras Law le tomaba la otra mano y se la besaba.

Entonces se oyeron los latidos. Dos corazones diferentes latiendo a un ritmo sincopado.

Se quedó mirando fijamente, paralizada. Primero al monitor y luego al hombre que tenía al lado.

—¿Te quieres casar conmigo?

Law desvió lentamente los ojos del monitor a su cara.

—¿Qué has dicho?

—¿Quieres casarte conmigo? —repitió.

—¿Hablas en serio? —preguntó gratamente sorprendido.

—¿Acaso no hablo siempre en serio?

La doctora dejó la sonda, limpió el gel del vientre de Marlowe y salió discretamente de la consulta.

—No se supone que fuera así —dijo Law—. No hay anillo. Ni siquiera he podido...

—¿Pedirle la mano a mi padre?

—Eso es ir demasiado lejos —replicó con cierta animosidad.

Después de enterarse del embarazo de Marlowe, Parker Kane había resultado ser un aliado inesperado. Había ofrecido a Law el avión privado de Kane Foods para cuando necesitara viajar a la destilería y así ahorrar tiempo. Law no había aceptado, pero le había parecido un bonito gesto.

Marlowe todavía no sabía qué hacer con su carrera, pero respecto a Laurent Renaud, no tenía dudas.

—¿Te mudarías a vivir a Fincastle o prefieres estar yendo y viniendo?

—Siempre he pensado que el campo es un buen lugar para formar una familia —respondió y se quedó atenta a su reacción.

—¿De veras lo harías?

—Por ti, claro que sí —contestó llevándole la mano al vientre—. Y por ellos, para que jueguen a subirse a los árboles, naden en estanques...

—...y aprendan a montar a caballo —la interrumpió.

—Y jueguen con su primo —concluyó Marlowe, añadiendo un nuevo detalle a aquel sueño al que Law y Remy se aferraban de niños, cuando el futuro era el único lugar tolerable para vivir.

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Law se inclinó sobre ella y le dedicó la misma mirada ardiente que la primera vez que la había visto en el vestíbulo de la casa de sus padres.

—Marlowe Kane, estoy deseando casarme contigo.